VOLUMEN
53

Antonio Guzmán Blanco

Biblioteca Biográfica Venezolana

María Elena González Deluca

EL NACIONAL

BANCARIBE

María Elena González Deluca

Licenciada en Historia por la Universidad Central de Venezuela, recibió su título de Master of Science en la London School of Economics, habiendo completado luego su Doctorado en Historia en la misma UCV.

Actualmente se desempeña como Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela, Coordinadora de la Maestría en Historia de América, Profesora de la Escuela de Historia y del Postgrado en Historia (UCV), Representante Principal del Área de Historia en la Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, y miembro del Comité del Doctorado en Historia, CEP-FHE-UCV. Es, asimismo, miembro del Comité Editorial de la Revista Akademus del CEP-FHE-UCV.

En distintas oportunidades ha sido profesora invitada a dictar cursos y seminarios en el Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Colombia (Bogota), el Doctorado en Humanidades y la Maestría en Historia de la Universidad del Zulia, la Maestría y el Doctorado en Historia en la Universidad Católica Andrés Bello, así como de Especialización en Relaciones Internacionales (Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV), la Maestría en Historia Republicana de Venezuela (Facultad de Humanidades y Educación, UCV), y en el Department of History, de la University of West Indies, Cave Hill, Barbados.

Ha recibido el Premio Nacional de Historia "Francisco González Guinán" (2005), otorgado por la Academia Nacional de la Historia, así como el Premio Anual Conicit al mejor trabajo científico en el área de Ciencias Sociales y Humanidades, en 1996. En 1994 fue becaria del Programa Fulbright.

Aparte de sus numerosas monografías especializadas en la época de Antonio Guzmán Blanco y, en general, sobre temas de historia económica, así como sobre aspectos de la vida política y social norteamericana, tiene bajo su autoría dos libros que han sido fundamentales dentro de la bibliografía venezolana reciente: *Negocios y política en tiempos de Guzmán Blanco* (Caracas,CEP-FHE, 2001) y *Los comerciantes de Caracas* (Cámara de Comercio de Caracas, 1994).

Biblioteca Biográfica Venezolana

Antonio **Guzmán Blanco**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi
Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor
Ramón J. Velásquez
Eugenio Montejo
Carlos Hernández Delfino
Edgardo Mondolfi Gudat
Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero
Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre
Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi
Gerente de Arte: Jaime Cruz
Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic
Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón
Coordinación de Nuevos Productos:
Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI
Fotografías: Archivo de *El Nacional* (portada); Biblioteca Nacional (p. 9); Archivo de la Fundación John Boulton, y *La idea política de Venezuela, 1830-1870*, de Diego Bautista Urbaneja (1988).
Impresión: Editorial Arte
Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf7892007920307
ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)
ISBN: 980-395-109-2

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo "afirmativo venezolano". Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy
Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero
Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Antonio **Guzmán Blanco**

(1829-1899)

María Elena González Deluca

Personaje, personalidad, persona **e historia**

Terminada la Guerra Federal, los vencedores intentan construir una nueva hegemonía política. Comienza otro capítulo de la historia venezolana en el que ya no cuenta el liderazgo de la Independencia, aunque tampoco se sabe bien si el país de Bolívar y Páez está desapareciendo o se toma un descanso. Pero es claro que prevalecen grandes tensiones sociales, fraccionalismo político y disputas caciquiles. Antonio Guzmán Blanco se proyecta entonces como el cuestionado nuevo líder que en pocos años dominará al país, pertrechado de tres armas poderosas: talento político, experiencia militar y fortuna personal.

Buscando claves para entender a Guzmán Blanco, se encuentran en las raíces de la genealogía y del país que le tocó vivir algunas señales que parecieran fijarle muy temprano un destino, si no inexorable, al menos de trazos muy claros. Por sus antecedentes familiares es el único Presidente de prosapia en toda la historia republicana, lo que dice algunas cosas de la política venezolana. Pero si puede aceptarse que los genes y el ambiente que lo rodea marcan su vida, son su propio talento y sus decisiones personales los que le dan relevancia. Porque ninguno de sus dos apellidos es determinante a la hora de construir su poder.

Antes de convertirse en factor principal de la política venezolana, Guzmán cumple un progresivo aprendizaje informal, al paso que madura

la particular combinación de su raíz política y la mantuana. En ese tiempo se va haciendo al calor de la intensa y variada vida pública de Antonio Leocadio Guzmán, su padre. La Guerra Federal fue su primera experiencia directa, indispensable en una época en que la pólvora era infaltable en la política, más valiosa aún porque le permite salir de los estrechos círculos de la sociedad urbana capitalina; en los sesenta adquiere experiencia de gobierno, echa las bases de su fortuna personal, y en el plano personal forma su propia familia. Hasta que se convierte en el gobernante más poderoso del siglo XIX y, por casi dos decenios, ejerce una resistente capacidad de hacer y deshacer que le gana apoyos interesados y rechazos viscerales.

Guzmán Blanco construye su propio itinerario de vida a la medida de su fascinación por el poder y de su singular capacidad para ejercerlo. No hay influencias ni imposiciones más que las que él consiente y las que convienen a sus ambiciones y a su proyecto. "No hay en Venezuela quien crea que en mis planes influye persona nacida", escribe a su padre en 1879. Fueron pocos los amigos de verdad porque el exceso de poder, la vanidad, la ostentación, los abusos, no despiertan simpatías genuinas. En sus años como gobernante se rodea de un séquito numeroso de políticos, funcionarios, gente de negocios, adulantes, a la vez que crecen sus enemigos y el cansancio de sus amigos.

Las circunstancias de su vida van mostrando las distintas facetas de su personalidad: disciplinado y devoto cumplidor de sus deberes filiales en su juventud; eficiente militar, comedido en su don de mando y leal en su relación subordinada con Falcón en la Guerra Federal; metódico, sagaz, calculador y atento a los tantos detalles de su persona y de su entorno mientras construye las bases políticas y económicas de su poder; y en los tiempos de la autocracia, abiertamente autoritario, arrogante, fachendoso, con un exagerado gusto por la pompa y los símbolos del poder, que pierde en los diez años de su exilio parisino.

Pero ¿hay otro Guzmán Blanco, además del político? La dinámica del poder lo absorbe durante un período que abarca casi un cuarto de siglo y tal parece que toda su vida, que termina a los setenta años de edad, se resumiera en esos veintitantos años. Pero, ¿qué otros intereses, qué otras actividades, qué pesares, afectos y desafectos ocuparon su vida antes, durante y después de su paso por el poder?

Raíces que marcan. **Linaje y país**

En 1828, Antonio Leocadio Guzmán volvió a Caracas desde Bogotá, adonde había viajado el año anterior acompañando al Libertador después de su última estadía en su ciudad natal. Esta decisión lo devolvió al tinglado de la política caraqueña, a sus relaciones con Carlota Blanco, y a la empresa de conquistar la confianza de María Antonia Bolívar, que ejercía una especie de tutela moral sobre las "Blanquito", como las llamaba El Libertador. Pobres y huérfanas, pero de impecable abolengo colonial, en contraste con los brumosos antecedentes familiares de Guzmán, las hermanas Blanco eran familia de Bolívar, y Carlota era la hija menor del matrimonio entre Bernardo Blanco Strickland y una de las famosas "nueve musas", María Antonia Petronila Xerez de Aristeguieta y Blanco y Herrera. De la combinación genealógica del político y de la mantuana nació Antonio Guzmán Blanco.

Musas rebeldes y caballeros

Las "musas" eran hijas del segundo matrimonio de Miguel Xerez de Aristeguieta y Lovera Otañez con Josefa María Blanco y Herrera, procedentes de los sesenta linajes unidos por la posición social y lazos de parentesco que formaban un círculo exclusivo entre los blancos de la provincia de Caracas. Las dos ramas entroncaban con lo más rancio de la aristocracia cacaotera que se hacía más endogámica y poderosa con

el crecimiento del comercio del cacao y de su patrimonio de tierras y esclavos.

Una bisabuela de Carlota Blanco, Ana Francisca de Lovera Otañez y Bolívar, hija del matrimonio entre Gabriel Lovera y Josepha de Bolívar y Villegas, descendía de Simón Bolívar, el viejo. El bisabuelo, Gabriel Lovera Otañez y Pérez de Valenzuela, contaba entre sus antepasados al legendario Alonso Andrea de Ledesma, el "Caballero de Ledesma", compañero de Diego de Losada, que había perdido la vida en la defensa de Caracas, atacada por el pirata Amyas Preston en 1595. Entronques de prestigio por donde se hurgara.

Del primer matrimonio del abuelo de Carlota, Miguel Xerez, con su prima, Petronila de Bolívar y Ponte, habían nacido dos hijos, uno de los cuales se unió en matrimonio con una sobrina, Josefa María de Lovera Otañez y Bolívar.

Los Blanco y Herrera también venían de viejas familias prominentes: los Blanco, los Herrera, los Liendo. Una de las hermanas de Josefa María -Francisca- casó con Feliciano Palacios y Gil de Arratia, los abuelos del Libertador. Del matrimonio de Miguel Xerez y María Josefa Blanco nacieron catorce hijos, de los cuales sobrevivieron hasta la edad adulta dos varones y las "nueve musas", todos bautizados en la catedral de Caracas.

El patrimonio de la familia era uno de los más importantes de la aristocracia criolla: el trapiche "El Palmar" en Aragua, haciendas de cacao en los valles del Tuy, un hato de ganado en Aragua, casas en Caracas, entre ellas la residencia principal entre las esquinas de Gradillas y Sociedad, y cientos de esclavos. La riqueza de la familia no pasaba desapercibida. Don Miguel Xerez gustaba ostentar su fortuna en su vestimenta y en joyas, y en las costumbres tanto domésticas como de su vida social.

En 1747, el abuelo de Carlota Blanco solicitó admisión en la Orden de los Caballeros de Santiago, una de las órdenes de caballería de mayor prestigio y más antiguas, de orígenes que remontaban al siglo IX. El ingreso requería probar algo más que pureza de sangre, también se examinaban con meticulosidad las pruebas de hidalguía debidamente documentadas. Seis años duró el proceso, y en 1754 fue notificado

de la cédula real del año anterior que disponía armarlo caballero de la Orden de Santiago.

La ceremonia de armadura e imposición de los hábitos e insignias de la orden en el convento de San Francisco, fue una ocasión para que los grandes cacaos blasonaran en público de su poder y presumieran de los símbolos de su jerarquía social; después del ritual se ofreció un banquete en la residencia familiar, otra oportunidad para pavonearse y exhibir posesiones y posiciones. El trato social distinguía a don Miguel Xerez de Aristeguieta por su especial rango y al morir en 1782 llevaba el hábito de los Caballeros de Santiago. Según la historiadora Elizabeth Ladera, su funeral en la catedral, oficiado por el obispo de la provincia de Venezuela Mariano Martí, fue un acontecimiento social en la época.

A la muerte de Miguel Xerez los bienes, incluyendo 319 esclavos, fueron valorados en más de 300 mil pesos, fortuna considerable entonces. La viuda manejó casa, familia y bienes por sí sola, lo que da una idea del tipo de mujer que era, sin duda de un temple poco común para la época. En esta familia, las mujeres tenían una figuración social dominante, pero no sólo porque eran sólo dos los hijos varones sobrevivientes del matrimonio Xerez Blanco.

Las hijas, de celebrada belleza y comportamiento muy liberal, herederas de la fortuna de don Miguel, criadas en los privilegios de la época, apreciadas por su talento musical y su atractivo social, eran frecuentes anfitrionas de visitantes extranjeros y de los personajes más importantes del pequeño mundo caraqueño. El afrancesamiento de la época, que abría la puerta a las modas en el vestir y en las costumbres y a un cierto relajamiento y liberalidad, permitía el despliegue de la riqueza y un marcado alivio del recato y modestia anteriores, más expresión de los aprietos pecuniarios que de la moralidad o la pacatería colonial. Las nueve hermanas se distinguían por su independencia de criterio en asuntos públicos y domésticos. Su renombre nos asoma a un mundo colonial menos convencional en los asuntos de género que el presentado tradicionalmente.

Ante el conflicto de la Independencia, tres de las hermanas –María de las Mercedes, María Begoña y Francisca Fulgencia, casadas con comerciantes de origen vasco-, tomaron partido por la causa realista y emigra-

ron a España; fueron las más apegadas a las tradiciones de la época. Las otras fueron el centro de sonados escándalos y murmuraciones, no tanto por sus inclinaciones liberales favorables a la Independencia, como por sus conflictos conyugales ventilados ante la justicia civil y eclesiástica, Rosa María, María Belén y María Josefa, la única casada con un mantuano de la misma rama familiar, fueron acusadas o acusadoras de infidelidades y reclamaron sus bienes aportados al matrimonio. En el caso de María Josefa, el enfrentamiento era también político porque ella era patriota y él realista. Otra hermana, María Teresa, se casó con Antonio Soublette Piar, padres del que después fue el general Carlos Soublette, y de la esposa de Daniel Florencio O'Leary, Soledad Soublette.

Los abuelos de Antonio Guzmán Blanco, María Antonia Petronila y su segundo esposo, don Bernardo Blanco Strickland, nacido en Canarias y descendiente de español e inglesa, fueron padres de cuatro hijas: Antonia, Ramona, Isabel y Carlota. La abuela también pidió en 1809 el divorcio ante las autoridades eclesiásticas y reclamó el derecho a disponer de sus bienes, alegando malos tratos y abusos.

Carlota Blanco, nacida el 6 de noviembre de 1807, vivió desde sus primeros años en circunstancias azarosas y poco ordinarias, tanto por los conflictos familiares como por los que sacudieron al país desde 1810 y abatieron la posición social y económica de la familia. Con su madre y sus hermanas había viajado en el año terrible de 1814 a las Islas Canarias, en procura del amparo de la familia paterna ante la agudización del conflicto de la Independencia, pero tanto el padre como el abuelo de las niñas habían muerto y poco después murió la madre. Las cuatro hijas regresaron a Venezuela desvalidas.

Al terminar la guerra, las hermanas no tenían ni fortuna ni padres que las protegieran. Conservaban su apellido, las apariencias y las relaciones, y sobrevivían con decoro gracias a la familia Bolívar y a la ayuda financiera que recibían del Libertador. Aparte de esto, sólo les quedaba buscar la protección de un buen matrimonio.

De la lealtad monárquica a la fe republicana

La impecable genealogía aristocrática de la joven que pretendía Antonio Leocadio Guzmán contrastaba con su incierto origen familiar. Según versiones aceptadas, era hijo nacido fuera del matrimonio de

un granadero español del regimiento de la Reina destacado en el cuartel San Carlos de Caracas, Antonio de Mata y Guzmán, y de una modesta mujer de nombre Agueda Josefa García, conocida con el sobrenombre de "la tiñosa", por sus manchas en la piel, que fabricaba y vendía dulces a los soldados del mismo cuartel. Esta es la única información que se tiene de quien habría sido su madre.

El documento que certificaría el origen de Antonio Leocadio es una fe de bautismo de los archivos de la Curia de Caracas del "párvulo" "Antonio Joseph Zacarías". El nombre Leocadio no figura, pero todo indica que se trataba del mismo personaje, hijo de Doña Agueda García y D. Antonio de Mata y Guzmán, nacido el 18 de noviembre de 1801. Los nombres quedaron confirmados en 1882 en el testamento dado por Antonio Leocadio Guzmán. Estos eran los abuelos paternos de Antonio Guzmán Blanco. José Gil Fortoul refiere que su matrimonio se celebró el 4 de diciembre de 1810.

Antonio de Mata y Guzmán, el abuelo español de Antonio Guzmán Blanco, sirvió a la causa realista, y después del 19 de abril de 1810 estuvo prisionero en el Castillo de Puerto Cabello hasta la reconquista española del general Domingo Monteverde. Desde la prisión, Antonio de Guzmán le pedía el 3 de abril de 1812 al obispo Narciso Coll y Prat que visitara a su familia, de la que no había tenido noticias en los diecisiete meses que llevaba en prisión. Según Tomás Polanco Alcántara, la madre de Antonio Leocadio pudo haber muerto en el terremoto de Caracas pocos días antes de esa carta, junto con su pequeña hija Juana de Mata que sí aparece en el Registro de Defunciones de la Iglesia de Altagracia.

Ascendido por sus servicios al rango de capitán, Antonio de Mata habría peleado contra Simón Bolívar que defendía la plaza de Puerto Cabello. Según versiones que vienen de una pluma antiguzmancista, la de Manuel Briceño en *Los Ilustres o la estafa de los Guzmanes*, el capitán Guzmán habría sido un eficiente brazo ejecutor de la represión contra los patriotas de la Primera República, y su hijo Antonio Leocadio, de once años entonces, un inocente colaborador; aunque años después, en una carta a Ramón Azpúrua, afirmó que era el mandadero de los patriotas presos, entre ellos de Francisco de Miranda. Bajo el mando de Monteverde, Antonio Leocadio ingresó al cuerpo de cadetes al servicio de España.

La situación familiar cambió con el nuevo matrimonio del capitán de Mata y Guzmán en 1816, esta vez con una viuda, propietaria de tierras y madre de hijos pequeños: Josefa Mirabal de Quintero. En 1821, Antonio de Mata y Guzmán fue ascendido a segundo jefe militar de Caracas al ser nombrado Teniente Rey, posición que mantuvo hasta el triunfo definitivo de la causa patriota.

Con la derrota española comenzó para los Guzmán el exilio definitivo en Puerto Rico. Una nueva experiencia de expatriación. Sin embargo, en estos años Antonio Leocadio ya no vivía en Caracas con su familia. La agudización de la violencia había alertado al capitán Guzmán sobre el riesgo que corría su pequeño hijo huérfano de madre y decidió entonces enviarlo a educarse en España. Ambos, padre e hijo, vivían en estos años como expatriados.

Antonio Leocadio vivó hasta su juventud en la península. Las referencias sobre su vida en esos años no son explícitas ni claras. Aparentemente estudió en Sevilla y, tal vez, en Madrid, bajo la influencia de algunos liberales de la época. A juzgar por su actuación posterior en Venezuela, las ideas liberales moldearon definitivamente su pensamiento.

A fines de 1822, Antonio Leocadio regresó a tierra americana, a Puerto Rico, donde vivía su padre. "Mi cabeza venía toda republicana", escribiría años después en correspondencia a Ramón Azpúrua. Después de unos meses, aparentemente en términos poco amables con su padre, sigue viaje a Venezuela. Por ese mismo tiempo también volvía María Antonia Bolívar de su exilio voluntario en Puerto Rico, para satisfacción de su hermano Simón, quien consideraba una deshonra para su nombre y una vergüenza que su hermana viviera en la isla entre sus enemigos.

Caracas, una gran aldea, pero bien complicada, era centro de intensos debates políticos, en los que asomaba el descontento de la comunidad política local con la posición subordinada del país en la estructura grancolombiana, pese a que los grandes héroes y los proyectos políticos de la Independencia habían salido de Venezuela. A los ojos de la elite, Caracas ocupaba una injusta posición secundaria, y resentían que las autoridades locales actuaran según las órdenes que recibían de la capital en Bogotá, que había suplantado a Madrid.

En 1823 cayeron los últimos baluartes del poder español en Maracaibo y la fortaleza de Puerto Cabello, que los españoles dominaban desde 1812, vencida gracias a una astuta maniobra del general José Antonio Páez que sumó esta proeza a su fama formidable de guerrero. Antonio Leocadio Guzmán se incorporó entonces a la vida caraqueña haciendo gala de convicciones políticas claras en su fe republicana y en su orientación liberal, necesarias para ser aceptado entre los notables de la política local. Pero muy pronto descubrió que no era suficiente.

En el Perú terminaba la Guerra de Independencia en la región, aunque focos como El Callao resistieron hasta 1826. El Congreso peruano decretó honores y recompensas a los triunfadores, Antonio José de Sucre fue honrado con el título de Gran Mariscal de Ayacucho y Bolívar con una medalla, estatuas ecuestres, placas, retratos en oficinas públicas, y dos millones de pesos, uno para el Ejército y otro en su beneficio, que rehusó. Del famoso millón de pesos que Bolívar no cobró se encargaría un cuarto de siglo después Antonio Leocadio Guzmán en un sonado episodio en el que fue secundado por su hijo mayor, Antonio.

Contrario a lo que esperaban los líderes de la Independencia, después de la guerra no comenzó una era de armonía. El campo de la contienda política quedó abierto para ser ocupado por nuevos actores: las facciones, el disenso, la polémica encendida, las intrigas. Eran los inicios del debate propio de una sociedad que ensayaba reglas del juego desconocidas bajo el sistema de la exclusión colonial.

El desafío de ser aceptado

No quedaban ya en Venezuela familias que pudieran presumir de grandes fortunas, sólo el linaje como único patrimonio. En ese medio, pequeño pero complicado, Antonio Leocadio, desconocido, casi un extranjero, sin credenciales, y con referencias familiares que no eran las mejores, debía abrirse camino. Procuró no dar pasos en falso y en apenas meses logró franquear las puertas de los círculos de poder social y político, y pasó a ser centro de atención de la política local. Prueba de que las antiguas barreras sociales ya no eran tales.

En medio de la pobreza, de la ausencia de liderazgo social, de los excesos militares y de los obstáculos para las prácticas ciudadanas que

la Constitución consagraba, la desconfianza en las instituciones era general. El debate se avivaba y era cada vez más evidente el disgusto político por la subordinación de Venezuela con respecto a Bogotá y las inquietudes acerca de las miras políticas de Bolívar. Crecía el enamoramiento de las ideas federales y corrían toda clase de rumores y de noticias, indistintamente de que fueran verdaderas o falsas.

Antonio Leocadio valoraba la importancia de la herencia social y entendió que sus inclinaciones liberales no le impedían relacionarse con familias aferradas a un cada vez más vetusto y menos reconocido poder social. Eran los "godos", los arruinados descendientes de los mantuanos que intentaban conservar algo del prestigio de su linaje colonial y también las relaciones y la preparación que los hacían candidatos naturales a posiciones públicas importantes. Puesto que no podía presumir de abolengos, se abrió camino con los recursos de su personalidad y gracias a cierta llaneza propia del comportamiento venezolano, más visible ahora en estas familias con pocos motivos para darse postín. No desperdició las ocasiones sociales para codearse con los mantuanos venidos a menos, y así pudo conocer y enamorar a Carlota Blanco, agradable y de impecables ancestros. Se procuraría así una posición social que le abriría paso al respetable mundo de la gente principal.

Audaz y oportuno

En un ambiente donde no todo salía a la luz y donde lo que se veía y escuchaba no siempre era lo que parecía, Antonio Leocadio Guzmán entendió que no era fácil ni conveniente tomar partido. Se acercó a los jóvenes liberales con quienes tenía ideas afines; entre ellos, Tomás Lander, liberal también llegado del exilio en los años veinte, al que acogió como amigo. De hecho, fue aceptado en la Sociedad que editaba el primer *El Venezolano* (1822 1824), probablemente por iniciativa de Lander que era cabeza del proyecto del grupo liberal. Se dio a conocer por sus artículos de prensa, pero no en *El Venezolano* sino en *El Constitucional Caraqueño*, donde comenzó a publicar en 1824 sus desafiantes opiniones contra el gobierno local y contra el alistamiento militar que tenía alborotada a la sociedad caraqueña. Tan atrevidos eran sus artículos que se ordenó su captura y prisión en el cuartel general. Por la gestión de amigos, en especial de Lander, amigo enton-

ces del general Páez, fue liberado. Su audacia, riesgo calculado o imprudencia, le ganaron notoriedad y admiradores, puesto que el sentimiento antimilitar era muy vivo.

Los temores de ataques de los españoles desde Cuba o Puerto Rico, o de una reconquista con respaldo de la Santa Alianza, excusaban los enormes gastos militares. Rafael Baralt y Ramón Díaz en *Resumen de la Historia de Venezuela*, señalan que gran parte del empréstito externo de 1824 se fue en esos gastos, sin importar los precios exorbitantes o que los equipos sirvieran o no, o sirvieran durante corto tiempo. Las menguadas rentas no alcanzaban ni para pagar la tropa, de modo que los saqueos y otros excesos eran usuales. Las plazas fuertes –concluyen– "eran en aquella época lo que serán por mucho tiempo en las naciones de América: una servidumbre costosa que no impedirá la invasión extranjera, que servirá de apoyo al despotismo doméstico y de basa y sostén a las revueltas civiles".

Los venezolanos no querían saber nada de nuevos sacrificios de hombres y recursos, el rechazo a la cultura militar era firme. En 1825, la sociedad caraqueña tenía tal aversión al servicio militar que el general Páez no se atrevió a ejecutar el decreto colombiano de 1824 de formación de milicias; pero en enero de 1826 intentó aplicar las órdenes de alistamiento y mandó reclutar indiscriminadamente a respetables ciudadanos. Estalló entonces la rebelión de "La Cosiata", la primera manifestación oficial contra la autoridad de Bogotá.

La política era el único terreno en que las ambiciones de Guzmán podían realizarse, y en ese terreno hizo valer sus únicas armas: personalidad, inteligencia, presencia agradable, audacia, verbo, pluma y olfato, y la capacidad de estar donde le conviniera estar, o donde creía que le convenía. Tal vez eso, más que la simple curiosidad, que le atribuye Ramón Díaz Sánchez, lo acercó a los Bolívar, los Clemente, los Toro, al general Pedro Briceño Méndez. También, pese al incidente creado por sus críticas en la prensa, logró acercarse al general Páez, que aunque no pudiera presumir de pasado linajudo, era el personaje más poderoso del momento.

Gracias a esas relaciones obtuvo un empleo en la Comandancia General, y luego pasó a la Secretaría de la Intendencia de Venezuela. Otra prueba de la rápida inserción de Guzmán era el periódico que comen-

zó a publicar en marzo de 1825, *El Argos*, que pronto se aseguró buena circulación. El periódico ventilaba los temas centrales de la política: el supuesto proyecto monárquico de Bolívar; el personalismo político; los temas electorales. En sus páginas campeaban los ataques al vicepresidente Francisco de Paula Santander y, desde luego, el apoyo a Páez. Aunque las notas eran anónimas, era Guzmán quien las escribía, a veces con consecuencias indeseables.

Así, una carta firmada por "Unos granaderos" atacaba las aspiraciones al cargo de jefe de Estado Mayor de Venezuela del teniente brasileño José Ignacio Abreu y Lima, a quien María Antonia Bolívar detestaba por "calavera" y porque "le tenía el juicio trastornado" a Benigna, su sobrina, hija de Juana, "Juanica" Bolívar, ya comprometida con el general Pedro Briceño Méndez. La carta le valió a Guzmán unos sablazos de Abreu y Lima. El feroz asalto nocturno, el 8 de septiembre de 1825, dejó fuera de circulación por unos días al periódico y al periodista, pero le ganó cierta solidaridad en Caracas.

Poco después fue invitado a la boda de Benigna con Briceño Méndez en la casa de María Antonia. Ser recibido por la distinguida familia era un ritual de iniciación en la sociedad caraqueña de alta prosapia porque no había apellido más ilustre que Bolívar; tanto María Antonia como Juana eran altamente respetadas, aunque quizá no estimadas en la misma medida, habida cuenta de su fama de arrogantes y del trato desconsiderado a sus sirvientes y esclavos, según rumores que refiere el cónsul británico Sir Robert Ker Porter en su *Diario*.

El emisario

La fe republicana de corte autoritario de Bolívar provocaba confusión y polémica sobre sus intenciones políticas. Corría la especie de que intentaba adoptar la Monarquía, María Antonia le advertía sobre esto en su carta del 30 de octubre de 1825: "Mandan ahora [los politicos de Caracas] un emisario a proponerte la corona". El emisario era Antonio Leocadio Guzmán.

Bolívar recibió más advertencias. El vicepresidente Santander le prevenía sobre este "bicho de cuenta, atrevido, sedicioso" y le aconsejaba: "Guárdese mucho de él, porque entiendo que se lo mandan de espía", lamentaba que Bolívar lo acogiera porque "es [Guzmán] un hombre

muy inmoral"; igual pensaba Daniel O' Leary: "Los verdaderos amigos del Libertador lamentaban que él hubiese empleado un mensajero que tan poco merecía la confianza pública". Y Fernando Peñalver le comentaba sobre el viaje del "revoltoso de Guzmán, después de haber sufrido un machetazo que le dio De Lima". En cambio, la carta de Páez que aparentemente contenía la propuesta monárquica, que después negó en su autobiografía, presentaba a Guzmán como "un joven fogoso y de buena fe".

Entre otras cartas de presentación, la del general Briceño Méndez, a quien Bolívar estimaba de modo especial, era muy favorable: "No hallo razón para que se dude de su patriotismo", pese a ser [Guzmán] educado en España e hijo de "godo rancio". Comenta que se había separado de su familia en Puerto Rico "porque era patriota" y que se trataba de "un joven de bella educación, y de sentimientos nobles y sería una lástima dejarlo perder". Y agregaba: "El temía que Ud. lo recibiese mal por sus pasadas opiniones", con el ruego de "que lo reciba y oiga con bondad y aun me atrevo a aventurar que Ud. lo estimará luego que lo conozca y se confirme en mi juicio de que ofrece las mejores esperanzas".

En Venezuela y en Colombia, las supuestas ambiciones monárquicas de Bolívar iban de boca en boca en la calle y en las tertulias privadas. Constaba su admiración por la Monarquía británica a la que consideraba la forma de gobierno ideal. Su modelo político, condensado en la Constitución de Bolivia, limitaba la elección de autoridades a quienes hubieran servido a la Independencia, establecía un poder legislativo de tres cámaras con facultad para elegir y reelegir a sus propios miembros, y consagraba la Presidencia vitalicia y el derecho del Presidente a nombrar el sucesor. Muchos consideraban que este sistema institucional, fuertemente centralizado, despojaba a la República de algunos principios fundamentales.

Obsesionado por los riesgos de una República débil, por el peligro de los desbordes sociales, por la desunión ocasionada por los disensos internos, y la falta de una dirección única y estable de los procesos de construcción de la nación, Bolívar apoyaba una República autoritaria que no disimulaba su admiración por la Monarquía. De allí que, si bien rechazaba hasta con disgusto la idea de encabezar una Monar-

quía, en esos años no descartaba la posibilidad de que el gobierno lo ejerciera un príncipe europeo. Por eso escribía, el 8 de agosto de 1829, al Encargado de Negocios británico Patricio Campbell, su interés en la idea de "nombrar un sucesor de mi autoridad que sea príncipe europeo", pero veía un obstáculo en la reacción internacional, especialmente por la oposición de Estados Unidos "que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad". De modo que la polémica no carecía de base. En 1826 Caracas era un hervidero de rumores, reuniones y discusiones.

En febrero de 1826, Guzmán se reunió con Bolívar en Lima y se sumó a su círculo cercano. Pudo entonces observarlo, hablarle, escucharlo y halagarlo. Aprovechó para presentarle su "Ojeada al proyecto de Constitución que el Libertador ha presentado a la república Bolívar", un elogio del líder y de su proyecto constitucional para Bolivia, *la boliviana*, "el resumen de todo lo bueno que los hombres han sabido en la ciencia de gobierno, y el germen de una felicidad inmensa, que se desarrollará en medio de las sociedades que tengan la dicha de aceptarla". También lo puso al tanto de lo que pasaba en Venezuela, las tensas relaciones con Colombia y el rechazo a Santander, a quien humillaba e insultaba en *El Argos*, según las quejas del General colombiano.

Así se ganó la confianza de Bolívar, que le otorgó el grado militar de coronel y le dio la misión de comunicar su palabra y sus ideas a sus compatriotas en Caracas. Guzmán llegó el 28 de octubre de 1826, portador del mensaje del Libertador y de su correspondencia; también de un retrato que su hermana María Antonia le había pedido en su carta del 30 de octubre, "me mandas o traes un retrato tuyo, que no tengo". No sólo era portavoz de Bolívar, sino conocedor de sus íntimos sentimientos con respecto a Venezuela, según escribía el mismo Libertador a Páez el 15 de noviembre: "Guzmán debe haber visto [ya] a Ud.; no dudo que le haya descubierto hasta el fondo mi corazón; él lo ha visto hasta en sus últimos repliegues; lo ha visto todavía más de lo que en el día es".

La misión que traía era explicar el proyecto político de "la boliviana" y proponer su adopción en la República de Colombia. De los labios de Guzmán, decía la carta circular de Bolívar, escucharán "las ideas que se me ocurren" y que de ser apoyadas frenarían el incendio político que parecía extenderse en estos territorios. La llegada de "este señor

Guzmán –escribía Robert Ker Porter en su *Diario*– ha ocasionado considerable sensación". Pero en las reuniones convocadas para discutir el asunto se voceaban consignas: ¡No a la constitución de Bolívar! ¡No a la presidencia vitalicia! ¡No al senado hereditario! Eran las manifestaciones del antibolivarianismo las que cobraban fuerza en Caracas.

No era tanto un rechazo a la figura de Bolívar, como a su idea del centralismo bogotano, a la autoridad de Bogotá. En abril y mayo de 1826, el episodio de "La Cosiata" representó la primera gran manifestación del movimiento separatista. Páez fue aclamado entonces como máxima autoridad del territorio, mientras que fracasaba la misión del general Daniel O'Leary enviada por Bolívar y Santander para lograr un entendimiento.

La oposición a "la boliviana" desconcertó a Guzmán. Puesto en el dilema de optar entre Bolívar o Páez, e incapaz de tomar una decisión, se retiró hacia oriente con el general Santiago Mariño, quien lo tenía como amigo. Su vacilación reforzó las sospechas sobre sus verdaderas intenciones. Décadas después, en 1890, Antonio Guzmán Blanco manifestó en París que esperaba escribir con documentos en mano sobre la actuación de su padre en Lima, la verdadera historia en homenaje al "nombre de Bolívar y la honra de mi progenitor".

La tabla de salvación

El anuncio de que Bolívar estaba en camino a Caracas en diciembre de 1826 creó expectativas y un genuino entusiasmo popular que bajó la temperatura política y el conflicto quedó en suspenso. Bolívar venía dispuesto a hacer respetar su autoridad y a defender sus ideas que no habían contado con buena difusión: "Yo no sé que Guzmán ha hecho durante su comisión: en unas partes ha hecho demasiado; y en Venezuela ha hecho bien poco, según se ve", escribía el 11 de diciembre desde San José de Cúcuta.

Y el 23 de diciembre, desde Coro prevenía a Páez contra la infamia de desconocer su autoridad, más grave por la ingratitud que por la traición porque, "¿Qué no me deben todos en Venezuela, y hasta Ud. No me debe la existencia?" Y reafirmaba que: "No hay más autoridad legitima en Venezuela sino la mía, se entiende suprema", en tanto que "El origen del mando de Ud. [Páez] viene de municipalidades, data

de un tumulto causado por tres asesinatos. Nada de esto es glorioso, mi querido general".

Guzmán se trasladó a Puerto Cabello, vía Curazao, en diciembre de 1826, para recibir al Libertador, y se convirtió en su fuente de información: "Todo lo demás que digan a Ud. [Santander] es mentira; siempre me refiero a lo que me dice Guzmán como muy positivo; y yo tengo a Guzmán como amigo seguro y fiel que ha trabajado divinamente en todo esto". Era la opinión de Bolívar sobre Guzmán, que recuperaba así la confianza en sí mismo.

Todo parecía volver al cauce. Caracas recibe al Libertador "como a su salvador", y en los siete meses que pasó en Caracas lo llenaron de lisonjas y agasajos que disiparon los nubarrones. Guzmán estaba desconcertado por la repentina conversión de los antibolivarianos. Pero al mismo tiempo lo sobrecogía la comprobación de que la sola presencia del líder era capaz de lograr el sometimiento a su poder. Sentimientos que se mezclaban con la satisfacción de saber que contaba con la protección del gran padre de los venezolanos, a quien además ya consideraba como el suyo propio.

Seguramente asimiló entonces una lección sobre la cruda realidad política, sobre el personalismo en un medio sin sociedad e instituciones fuertes, sobre el juego de varias caras de la elite política, y de quienes tenían posiciones que perder. También pudo entender la política más allá de las apariencias y de los discursos y escudriñar detrás de la máscara de los actores políticos, siempre atento a las diversas lecturas posibles. La sabiduría política así adquirida reforzó su pragmatismo y la conveniencia de no dejarse amarrar por posturas rígidas, una experiencia que tal vez su primogénito apreciara como legado mucho después.

En marzo Guzmán fundó un nuevo semanario, *La Lira*, que defendía las ideas de Bolívar y confrontaba con los santanderistas en Colombia, aunque la poesía intentaba equilibrar los contenidos de la política dura. Poco pudo ayudar a la causa del Libertador.

La comprobación de que Bolívar no tenía intenciones de hacer compromisos y de ceder en su proyecto dio paso a la decepción y reavivó la desconfianza de la elite local. Por otra parte, rumores de Bogotá mencionaban su renuncia, aunque se sabía que era un recurso que El Libertador ya había usado para inclinar la opinión en su favor.

Desanimado por el rechazo a su proyecto, Bolívar anunciaba su partida el 5 de julio. Sin embargo, escribía que se iba tranquilo porque "dejaba a Venezuela en las mejores circunstancias". Lo acompañaron 700 hombres de la guarnición de Puerto Cabello y Antonio Leocadio Guzmán, quien estuvo a su lado como secretario hasta enero de 1828. Pero Guzmán era un extraño en Colombia y los liberales, que reclamaban una reforma constitucional y confrontaban a Bolívar, a quien los conservadores tenían como líder, también lo rechazaban. En esos meses conoció a Manuelita Sáenz quien mucho después, en 1854, le escribe recordándolo como al "amigo íntimo y leal al Libertador".

Como en otras oportunidades, Guzmán regresó a Venezuela portador de cartas de Bolívar. Al doctor Cristóbal Mendoza le pedía por Guzmán porque "hasta ahora me ha acompañado y se ha manejado muy bien" y lo recomendaba como redactor de la *Gaceta de Caracas*. Pero no encontró en Caracas un clima más amable que en Bogotá. Los partidarios de Páez lo tenían por un bolivariano a ultranza, y Páez parecía decidido a excluirlo y a no darle oportunidad en cargos oficiales. Fue designado en la jefatura de redacción en la *Gaceta de Caracas*, un puesto secundario y mal remunerado. Sin apoyos, Guzmán desconfió de sus posibilidades de alcanzar una posición acorde con sus ambiciones.

Díaz Sánchez sugiere que Antonio Leocadio Guzmán pensó entonces en los Bolívar como su tabla de salvación. Pese al ánimo antagónico hacia Bolívar y la resistencia contra su autoridad, su familia en Caracas era poco menos que intocable. De modo que vincularse con ella podía ser su salvación. Y la única posibilidad de lograrlo era a través de Carlota Blanco, una vez vencido el ánimo desconfiado de María Antonia, quien ya le había dado muestras de alguna consideración a su regreso de Lima en 1826, aunque no parecía contenta con la idea de tenerlo en la familia. Sin embargo, los hechos se impusieron.

La relación con Carlota fue breve y efusiva, tal que no quedó otra alternativa que el matrimonio. La novia esperaba su primer hijo cuando se celebró el enlace el martes 30 de septiembre de 1828, sin pompa ni festejos en un día en que Caracas estaba inundada por un gran torrente, después de ocho horas de intensa lluvia. La ceremonia quedó registrada en la Catedral de Caracas, pero por concesión especial se

celebró como un acto privado en la residencia de María Antonia Bolívar que fue testigo junto con el general Pedro Briceño Méndez.

Según constancia del testamento de 1882 de Antonio Leocadio Guzmán, la novia no aportó bienes al matrimonio. Desde luego toda su riqueza la traía en la sangre, aportaba el prestigio del apellido materno. El novio indicaba que por el despojo de los cuantiosos bienes de su padre a causa de su lealtad a la causa española, no había heredado nada, pero aportaba al matrimonio algunos bienes adquiridos por él mismo y la hacienda Caucagüita, confiscada a su padre y recuperada en la fecha de la boda. El correo todavía no había traído la noticia del frustrado atentado contra Bolívar en Bogotá ocurrido dos días antes. Tampoco sabían que el 15 de septiembre de 1828, el padre de Antonio Leocadio había muerto en Puerto Rico.

Nace el político. **Y se hace**

La unión Guzmán Blanco fue vista por algunos como un proyecto calculado de Antonio Leocadio, que competía en desventaja con los sentimientos. A juzgar por la postergación de sus deberes familiares, tal vez fuera así. Carlota Blanco, aunque al margen de la política, no fue indiferente a ese mundo que afectaba la vida familiar, restándole tranquilidad y provocando apremios económicos y temores constantes. El 28 de febrero de 1829 llega el primer hijo al hogar de los Guzmán Blanco, quien recibe el mismo nombre de su papá, Antonio Leocadio Guzmán Blanco. Muy pronto llegaron otros hijos, mientras su esposo se afanaba por ubicarse ante las circunstancias del país y corría detrás de la aventura política.

El hogar que recibe a Antonio Leocadio Guzmán Blanco descansa desde el comienzo en la resistente fibra que construye el afecto y la responsabilidad materna. Como en tantos hogares venezolanos, la madre es la mujer-fortaleza que mantiene serena e impávida los lazos familiares por encima de las dificultades y las frecuentes ausencias del esposo y padre. De la niñez de quien sería el gobernante más poderoso del siglo XIX hay poca información comprobable, pero todo indica que la vida familiar y la política vivida a través de la figura paterna fueron las influencias decisivas.

Antonio Leocadio, hijo, crece con el ejemplo de la madre ocupada y preocupada por mantener la familia unida. Tal vez por eso demostró siempre devoción familiar y constantes manifestaciones de atención a sus miembros. Sin abuelos y sin otros familiares directos que no fueran su madre y hermanos más pequeños, además de sus tías, desarrolló desde joven un resaltante sentido de protección de la familia, sobre todo cuando, ya adulto, lo absorban los compromisos del poder. Pero es también algo que podría entenderse como parte de su voluntad de tener un completo control de todo lo que afectaba su vida.

La entrega del padre a la política le muestra al hijo un camino que lo seduce desde muy joven. Al mismo tiempo, observa los reveses y vive las tribulaciones e infortunios familiares y la desatención en que quedaban cuando, perseguido o en prosecución de alguna meta, el padre se alejaba del hogar. Esas condiciones familiares marcarán su particular andadura, como diría Mariano Picón Salas. Al mismo tiempo se iniciaba la andadura del país, en el proceso de desprenderse del proyecto bolivariano.

A partir de 1830, se reasume el proyecto de construir la estructura institucional del Estado y de formar la ciudadanía independiente de la realidad colombiana. Antonio Leocadio Guzmán comienza entonces su accidentada carrera política entre altos puestos de gobierno, correrías militantes y persecuciones. Entre 1830 y 1858 gobierna la generación de los guerreros de la Independencia en alianza informal con sectores de la elite civil, dividida por diferencias que finalmente hacen crisis y desembocan en la Guerra Federal, un acontecimiento que tendrá una importancia decisiva en la carrera política de Guzmán Blanco.

El país de la niñez

Al tiempo del nacimiento de Antonio, el país todavía vive una gran tensión política que no se manifiesta en forma clara y abierta, todo se ventila en conciliábulos y en círculos de confianza pero nunca herméticos. Antonio Leocadio ejerce la secretaría del cuerpo de policía, un puesto subalterno que lo deja al margen de lo que se trama en niveles más altos. Además, su cercanía a Bolívar automáticamente crea recelos hacia él y lo excluye de las discusiones. Por eso anda nervioso y en

guardia por lo que pueda pasar. Trata de mantener equilibrio entre las fuerzas antagónicas, pero no es fácil. Carlota observa.

En esos meses cree tener oportunidad de un nombramiento en la aduana de La Guaira por recomendación de Páez, pero El Libertador escribe el 22 de noviembre de 1829 que ya ha nombrado a otra persona y comenta que "no lo considero [a Guzmán] tan apto para ejercer aquel destino". No sabemos si se refería a su aptitud intelectual o a su probidad.

La unidad grancolombiana conservaba el nombre y la fachada institucional pero era cada vez menos sostenible. El pronunciamiento de separación del gobierno de Bogotá se realiza en el Convento de San Francisco, de Caracas, el 26 de noviembre de 1829, y en el acta de la reunión figura Antonio Leocadio Guzmán junto con Andrés Narvarte, Félix Alfonso y Alejo Fortique como uno de los cuatro secretarios de la asamblea. Guzmán deja atrás la indecisión, apoya el separatismo y hace causa común con los que piden impedir la entrada de Bolívar a Venezuela, aunque no respalda que hasta su nombre fuese borrado de la memoria.

Antonio Leocadio no se define como antibolivariano y sigue en comunicación con Bolívar: el 6 de diciembre le escribe con franqueza que el separatismo va. Bolívar envía esa carta al general Rafael Urdaneta para que la lea y la rompa. Fastidiado, exclama: "Divídase el país y salgamos de compromisos: ¡Nunca seremos dichosos, nunca!" Y en la misma fecha responde a Guzmán y le reitera que nunca se coronará rey de Colombia.

Aunque su posición era contraria a la del Libertador, es probable que la admiración y el respeto, y quizá también el afecto de Guzmán, fueran genuinos, si se juzga por la voluntad que expresó en su testamento, en él que legaba a su hijo mayor –Antonio– unas cuantas pertenencias que había recibido de Bolívar, "mi segundo padre". Este es sin duda otro legado que Antonio Guzmán Blanco recibe de su padre, la admiración y el fervor bolivariano que posteriormente adoptará como parte de su estrategia política.

El proceso que se inicia en 1830 abre oportunidades para las ambiciones políticas de aspirantes como Guzmán. La elite política la forman los guerreros de la Independencia, José Antonio Páez, Carlos Soublette, Santiago Mariño, José Tadeo Monagas, Rafael Urdaneta,

Bartolomé Salom, Pedro Carujo. Son los caudillos que tienen la mayor cuota de poder, los que se hacen sentir con la fuerza de las armas y el resonar de las espuelas.

Pero también están los civiles que militan en las parcialidades políticas de tinte conservador o liberal; algunos destacan por sus dotes intelectuales, son los que escriben en la prensa, los que proponen leyes, ocupan cargos ministeriales y organizan y dirigen la rutina burocrática. La nueva institucionalidad requiere talentos que se despliegan en las polémicas, en los discursos, en los proyectos, en el Congreso, en los ministerios, en la prensa, en los partidos. Guzmán es uno de esos civiles. Allí están también Santos Michelena, Diego Bautista Urbaneja, Miguel Peña, Tomás Lander, Fermín Toro, Juan Vicente González, Francisco Aranda, Alejo Fortique, Valentín Espinal, entre otros nombres.

Falta sin embargo un consenso social efectivo. Y, sobre todo, pesa en contra la economía, fracturada, arruinada y sin articulación; las finanzas apenas soportan la pesada carga de la deuda pública, y la falta de recursos se refleja en una sociedad empobrecida y acosada por las deudas. Los productores se han venido a menos, la infraestructura de vías de comunicación es precaria y atrasada, y el comercio externo alcanza niveles muy modestos, aunque suficientes para crear una pequeña elite mercantil discretamente próspera.

Antonio Leocadio Guzmán, como funcionario de gobierno, firma los decretos que excluyen a los bolivarianos y rechazan la legislación colombiana, y en diciembre de 1830 le toca anunciar la muerte del Libertador. Se cierra así la fuente de su angustiosa indefinición y de sus irresueltas contradicciones. Finalmente, su energía se concentra en el tinglado de la política venezolana y en sus actores.

El general José Antonio Páez, Presidente designado por el Congreso Constituyente, es la máxima autoridad y ejerce un poder sin competencia, pero no sin desafíos. El primero vino de la resistencia de las autoridades eclesiásticas a la orden de jurar en las iglesias la primera Constitución laica de Venezuela. Y, por su parte, los militares reclaman el fuero militar y la adopción de la religión católica como religión de Estado. Los rebeldes proclaman un Estado de Oriente autónomo, que adhiere a Venezuela y a la antigua Colombia, y el nombre de Bolívar comienza a ser enarbolado como bandera. Vencidos, los militares

vuelven a las andadas en 1835 con las mismas exigencias conservadoras e insurgen contra el único gobierno civil de la época presidido por el doctor José María Vargas. Esta vez el movimiento dura varios meses.

Sin embargo, todavía no se constituye formalmente un partido opositor. Los gobiernos, según los códigos de la política venezolana de la época, son identificados como conservadores, aunque su orientación económica es liberal. Precisamente, el rechazo a las leyes económicas liberales agrupa a un sector de la elite que pasa a llamarse liberal en oposición a los que gobiernan.

Guzmán ocupa importantes posiciones de gobierno, aunque su adhesión política es puesta en duda. Primero es Oficial Mayor de la Secretaría del Interior y Justicia y luego ejerce interinamente el puesto de Secretario. En julio de 1833 se funda la Biblioteca Nacional y Antonio Leocadio Guzmán ejerce de bibliotecario temporal en espera de que se nombre uno en propiedad. Por esa época la masonería vuelve a reorganizarse, después del cierre de sus actividades por el decreto de Bolívar de 1828, y Guzmán, como otros miembros del gobierno, forma parte de la Gran Logia de Venezuela, y en estos años es uno de sus más activos miembros. También en esto le seguirá su hijo años más tarde.

Aunque su carrera parece en ascenso, le cuesta conciliar las distintas demandas de su vida: sus ambiciones políticas, su trabajo en el gobierno, sus convicciones, su familia. Es un funcionario dedicado, pero su dudosa fidelidad al gobierno que sirve, sus vacilaciones, sus actitudes equívocas, son fuente de repetidos altibajos. Al regresar Vargas de su breve exilio antillano, Guzmán pierde su cargo de Secretario del Interior y permanece por unos años en su finca en Anauco; sus recursos económicos son suficientes para atender las obligaciones familiares por un tiempo.

No obstante, los reveses de la política se sienten en el hogar; la pasión política, las ambiciones y el temperamento de Guzmán le ganan rechazos, enemistades y desconfianza. En 1839 vuelve al gobierno, ahora presidido por el general Páez, ocupa en la Cancillería el cargo de Oficial auxiliar de Relaciones Exteriores, pero tiene un enemigo poco flexible. Es el Secretario del Interior y Justicia, Ángel Quintero, personaje de malas pulgas que detesta a Guzmán y logra en 1840 su salida definitiva del gobierno sin mayores explicaciones. A partir de

entonces, pasa definitivamente a la oposición y pierde los privilegios de su cercanía al poder. Crece su liderazgo político con su carga de fama y desventuras.

Vida familiar y obligaciones escolares

Antonio Guzmán Blanco pasa su niñez y juventud en Caracas, una aldea que le permite los juegos callejeros y cierta temprana libertad. Es una vida de aparente tranquilidad a menudo interrumpida por el agitado panorama político que se mete en la familia a través del padre. Las calles y edificios principales de las doce manzanas del "cuadrilátero histórico" de Caracas, son un escenario donde todo se sabe y todo se comenta. Y una figura pública tan controvertida como Antonio Leocadio Guzmán, siempre en boca de los que hacían corrillos en lugares públicos y privados, usualmente con ánimo poco amable, es infaltable en las grandes polémicas y en los chismes políticos. Pero nada de esto daña el nexo afectivo con su padre, que va más allá de la lealtad filial; Antoñito veía en su padre un ejemplo a seguir.

La familia Guzmán Blanco, su padre y su madre Carlota y los hermanos, lleva un estilo de vida sencillo que en otro contexto se hubiera considerado poco acorde con su posición social, pero no entre las familias venezolanas de su mismo nivel, dada la lenta recuperación económica del país. Sin embargo, se consideran ricos, según declara Antonio Leocadio años más tarde: tienen varias fincas con siembras de café y caña, la hacienda Caucagüita, herencia familiar, era probablemente la más apreciada.

La familia vive en una casa en la esquina de la Pedrera, a poca distancia de las mejores residencias caraqueñas. ¿Cómo ha obtenido Antonio Leocadio estas propiedades en tan poco tiempo? No hay acusaciones que pongan en duda la legalidad de sus bienes, seguramente adquiridas gracias a sus influencias. En los años 30 es parte de la elite gobernante y como tal frecuente invitado con Carlota a las reuniones sociales en La Viñeta, la residencia oficial en Caracas donde ahora está la sede del gobierno. Allí reside Páez con su compañera Barbarita, que sustituye como anfitriona a su esposa legal, Dominga Ortiz.

¿Cómo es la vida familiar? Antonio Guzmán Blanco tiene cuatro hermanos, tres nacen uno tras otro: Carlota en 1833, en 1834 Juan de

Mata, y en 1836 María del Rosario, "Rosarito", mientras que Bernardo, el menor, nace en la década siguiente, cuando Antonio ya es estudiante del exigente colegio "Independencia". Según los usos de la época es grande la diferencia de años entre Antonio y sus hermanos, le lleva cuatro años a su hermana Carlota y doce a su hermano menor, Bernardo. De allí que cuando apenas deja la adolescencia la relación con sus hermanos adopte un cariz paternal.

Corren rumores de malos tratos físicos de Antonio Leocadio Guzmán a su esposa Carlota, y también se menciona que su hijo salía en su defensa. Pero no hay confirmación de esto. Ciertamente, la familia a veces parece estar en un segundo plano para Antonio Leocadio porque la política ocupa un lugar demasiado importante entre sus intereses.

Bien sea en funciones de gobierno, en la oposición, o haciendo equilibrio en la delgada línea media, sus ocupaciones son sin horario. Su audacia lo pone en situaciones de riesgo, peligrosamente vinculado con distintas conspiraciones que su familia no conoce bien y que Carlota Blanco soporta con resignada desazón y a veces con gran angustia por las consecuencias económicas de los enredos de su esposo. Antonio Leocadio no parece muy atento a su relación de ingresos y egresos ya que a fines de 1839, cuando ocupa el cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores que le vale el nombre irónico de "El Diplomático", se queja del acoso de sus acreedores y de no poder pagarles.

Sin embargo, algunos rituales de la paternidad son prueba de que la sensibilidad y el afecto por los hijos no están ausentes. Antonio Leocadio conserva hasta el día de su muerte mechones de pelo de sus hijos cortados en diferentes edades y los dientes de la primera dentición del hijo mayor, de quien guarda toda su vida la casaquita que usara como parte del uniforme escolar, pertenencias que declara en su testamento.

La relativa tranquilidad de esos años se resquebraja en los 40 cuando pasa a la oposición junto con un importante sector de propietarios agrarios y de políticos con los que organiza el primer partido político de la historia venezolana: el Partido Liberal. El 24 de agosto de 1840 funda el periódico *El Venezolano*, que dirige con Tomás Lander. Los dos son las principales plumas del vocero liberal contra el gobierno acusado de representar los intereses de los "comerciantes usureros" que tienen contra el suelo a la agricultura y a los agricultores.

El Venezolano difunde la plataforma del pensamiento, dilemas y obsesiones de Antonio Leocadio Guzmán, hasta que cesa su publicación regular en mayo de 1845, y después de publicar una especie de número de despedida en abril de 1846 desaparece definitivamente. Sin embargo, la prensa de oposición se multiplica a través de numerosos periodiquitos que agitan el ambiente, *Las Avispas, El Sin Camisa, El Rayo, El Trabuco*, entre otros.

En 1840, al tiempo que comienza el liderazgo opositor de su padre, Antonio, de once años, es matriculado en el colegio "Independencia" del maestro Feliciano Montenegro y Colón. Los informes escolares indican que atiende a las exigencias de la escuela y excede lo que se espera para su edad, lo que no desmienten los resultados de los exámenes anuales que publica *El Liberal*, el periódico de José María de Rojas, el próspero comerciante dominicano, cuyos hijos Arístides y José María asisten al mismo colegio. Los hermanos Rojas son compañeros de Antonio Guzmán Blanco, y José María sería su amigo más cercano hasta el final de su vida, salvo por unos años de distanciamiento en la madurez.

Feliciano Montenegro firma, el 7 de abril de 1841, el informe sobre el rendimiento de los estudiantes en diversas materias, y en Etimología Castellana sobresale un pequeño grupo por su "mucha aplicación", y destaca a Antonio Guzmán "por el poco tiempo en que ha aprendido la materia", pese a ser un "niño mui tierno" (sic). Un comentario que tal vez se refería a la diferencia de edad con sus compañeros, probablemente mayores.

Aunque la nueva República no descuida la previsión legal del establecimiento de escuelas primarias, la política de instrucción pública avanza lentamente. En la época paecista el registro oficial menciona más de cien escuelas fundadas, pero tanto el número como la calidad de la enseñanza parecen insuficientes. Hay más escuelas privadas que del gobierno, y los mismos funcionarios confían sus hijos a las primeras. El colegio "Independencia" recibe a los hijos de altos funcionarios y de familias principales de Caracas, que estudian desde las seis de la mañana hasta el final del día, bajo régimen de estricta disciplina.

El 17 de diciembre de 1842, ya en su último año en el colegio del maestro Montenegro, Antoñito asiste a un acontecimiento que con-

movió a Caracas y en especial a los Guzmán: llegan las cenizas del Libertador Simón Bolívar. Los funerales duran una semana desde la llegada a La Guaira el 15 de diciembre hasta que la urna es depositada el día 23 en la catedral de Caracas. Fermín Toro describió la pompa y solemnidad de la procesión en su recorrido desde la capilla de la Trinidad, primera parada de los restos el 16, hasta la iglesia de San Francisco, donde se celebrarían los funerales el 17. La ceremonia se desarrolla en medio del ornato fúnebre: crespones negros, columnas, laureles, gorros frigios, banderas, e incluso un arco de triunfo hecho por artistas de París.

Antonio es uno de los cuatrocientos jóvenes de los colegios particulares que asisten, uniformados, con sus directores al frente. La fastuosa ceremonia no tenía precedentes y no volvería a presenciarse tal esplendor hasta los tiempos de su Presidencia cuatro décadas después. Por treinta años los restos estarán, junto a los de sus padres, en la catedral, hasta su reposo definitivo en el Panteón Nacional que el presidente Antonio Guzmán Blanco ordena crear en 1874. La sede escogida para este monumento sería la misma iglesia de la Santísima Trinidad que había recibido la urna a su llegada a Caracas.

A los 14 años, Antonio Guzmán Blanco inicia otro ciclo de su formación, en este caso, en la Universidad Central, donde se gradúa como bachiller en filosofía; en el registro queda asentado que es "hijo legítimo de Antonio Leocadio Guzmán y de Carlota Blanco". En 1843, es inscrito en el primer año del curso de filosofía que se inicia en septiembre. La Universidad, que contaba entonces con 425 inscritos, comienza tímidamente a introducir algunas reformas: desde ese año las clases se dictarán en castellano y no en latín como hasta entonces.

Al finalizar el primer año, el catedrático de filosofía Alejandro Ybarra firma el informe del joven Guzmán donde consta que ha cumplido sus deberes académicos y manifestado "talento mediano", "bastante aplicación" en su desempeño, aprovechamiento y buena conducta, también que tiene 8 inasistencias, sin que conste su justificación. Casi todos los informes repiten aproximadamente esta apreciación de talento mediano y buena conducta, hasta el último año de sus estudios en la Universidad en 1856.

En junio de 1846, a los diecisiete años, ya tiene edad suficiente como para dirigirse directamente al rector de la Universidad para excusar su inasistencia al examen del tercer año de filosofía por haber padecido entonces "escarlatina contagiosa". Presenta como prueba un certificado médico y solicita que se le permita la "subsanación de esta falta".

Otro registro, un mes después, señala que ha aprobado el curso y que su talento, aplicación y aprovechamiento son regulares; igualmente menciona seis faltas no justificadas. Firma uno de sus profesores más jóvenes, Nicanor Borges, catedrático de filosofía, quien en 1877 será vicerrector de la misma Universidad, siendo el antiguo alumno, Antonio Guzmán Blanco, Presidente de la República, el rector designado por la casa de estudios que lo halagaba con ese honor. En 1881 Borges sería Ministro de Fomento del gobierno de Guzmán.

En julio de 1846, el joven Guzmán solicita el grado de Bachiller en Filosofía. Es en esta época un adolescente que trata de completar su preparación, firma igual que su padre, con sus dos nombres y sin el apellido de su madre. Es todavía el tiempo que vive a la sombra de su padre.

Guzmán Blanco prosigue estudios en la Universidad Central de Venezuela. Se inscribe en Medicina, pero en cuenta de su error, se comenta que por consejo de José María Vargas opta por estudiar Derecho. Según su expediente estudiantil, que reposa en el archivo de la Universidad, su asistencia es bastante irregular y no se destaca como un estudiante muy brillante, aunque dispone de la biblioteca paterna bien provista de libros de derecho, economía política y literatura.

No es de extrañar que la dedicación a los estudios no fuera plena. Desde mediados de la década, el clima político se distinguía por fuertes tensiones y se caldeaba cada vez más con la cercanía de las elecciones de 1846.

Antoñito cabalga **junto al padre**

El año 1846, es decisivo en la vida política del país y de los Guzmán. Antonio Leocadio, que en un interrogatorio policial de octubre de ese año declara ser impresor y agricultor, es el gran caudillo del Partido Liberal. Como tal es uno de los opositores que contribuye con más empeño a crear el clima de tensión y a incitar el odio callejero a través de sus discursos y artículos de prensa. La virulencia del verbo le vale un juicio por difamación del que salió absuelto por la presión popular. Del lado conservador tampoco se escatima la violencia de los insultos y las acusaciones.

El Partido Liberal se enfrenta al gobierno de Carlos Soublette y a los que identifica como oligarcas, los godos, "hombres de corbata", expresión que emplean los opositores como sinónimo de corruptos. La agresividad de la lucha política afecta las relaciones de amistad, la armonía familiar y produce reacomodos y alejamientos. Pero Antonio hijo, Antoñito, no deja de ser solidario con el padre, es el suplefaltas de la figura paterna en la familia y un imperturbable aprendiz de la vida política a través de las andanzas del líder de los liberales.

Responsabilidad filial

Entre las primeras víctimas de la agitación antigobierno que se expresa en las calles y en otros sitios públicos figura José María de Rojas,

redactor de *El Liberal* y defensor de la política económica liberal del gobierno. El 10 de marzo de 1845 "una turba facciosa y desenfrenada", declara el mismo Rojas, lo hostiliza a él y a su familia y lo obliga a abandonar por un tiempo la política. Su hijo, José María de Rojas, estudia derecho en la Universidad Central con su amigo Antonio Guzmán Blanco, y al parecer el incidente provoca un gran disgusto que no sabemos si afecta la relación.

También Juan Vicente González, el apasionado polemista que hasta 1846 milita en las filas liberales, rompe con su amigo Antonio Leocadio Guzmán. González se convierte en su más implacable detractor a través de la prensa. Lo acusa de conspirar, de robar las rentas públicas, de incitar al odio de clases, de ser un "trastornador público, empleado sin probidad, azote de su propia familia", así escribe en el *Diario de la Tarde*.

Nuevamente salta la insinuación de que maltrata a su familia, en concreto a su esposa, pero además es expuesto como funcionario corrupto. En 1845, Guzmán, miembro del Consejo Municipal de Caracas, es diputado municipal de obras públicas y como tal tiene a su cargo algunas obras en proyecto. En esas funciones dispone compras de material y herramientas de construcción, y resuelve el pago de los peones en trabajos como los del Puente La Trinidad, del que se ocupa en los meses de marzo, abril y mayo. La acusación de un manejo poco pulcro de los fondos no llegó a fundamentarse, pero las sospechas sumaban dudas sobre la probidad de Guzmán.

Cercana la elección presidencial, con el ambiente político recargado de violencia verbal, parece inevitable una confrontación mayor. En esas circunstancias, el general Santiago Mariño propicia una reunión entre el general Páez y Antonio Leocadio Guzmán para evitar el estallido de una guerra. El 1 de septiembre de 1846 un numeroso grupo de liberales guzmancistas cabalga en las primeras horas del día hacia La Victoria, lugar de la entrevista que nadie sabía a ciencia cierta si se celebraría.

La caravana de "los espalderos de Alfarache", como los llamó Juan Vicente González en alusión a la novela *Guzmán de Alfarache* que cuenta las pillerías de un aventurero español, es encabezada por el líder liberal. En la cabalgata se agitan insignias amarillas con la consigna bordada: "Elección popular. Principio alternativo. Horror a la Oligarquía". Aunque Guzmán no lo menciona en sus posteriores de-

claraciones a la policía y en sus cartas, Ramón Díaz Sánchez y R. A. Rondón Márquez destacan que al lado del líder montaba su hijo Antonio Guzmán Blanco y del otro lado un personaje muy conocido entre los liberales de Villa de Cura, el comerciante Ezequiel Zamora.

Ramón Díaz Sánchez describe así al joven Guzmán Blanco: "Antoñito contaba entonces diecisiete años y siete meses y era un muchacho alto y delgado, de encrespada cabellera negra y grandes ojos soñadores. El rostro femenil, pálido y ardiente. Blancas y largas las manos sostenían con vigor las riendas de su cabalgadura, y los pies pequeñines, calzados con recias botas de campaña, afirmábanse en los estribos". Su presencia, de ser cierta, despertaría críticas tratándose de una marcha con armas y lanzas "que supliqué muchas veces me las quitasen de la vista", declaraba Antonio Leocadio en un interrogatorio policial. Tomás Polanco Alcántara cree poco probable la presencia de Antonio, hijo, precisamente porque siendo un momento peligroso su padre no lo expondría.

Sin embargo, distintas versiones repiten esta historia y describen de qué modo Antonio, hijo, parecía disfrutar su primera participación en un acto político público: conversa, escucha y comprueba la gran popularidad de su padre, saludado con simpatía por la gente humilde que daba vivas a la caravana a su paso por los valles de Aragua. Frente a la casa donde se reúnen en La Victoria se escuchan vivas: "¡Viva el hijo de Bolívar, el Segundo Libertador de la patria, el héroe Guzmán!". Si Antonio Guzmán Blanco era efectivamente de la partida, se sentiría orgulloso y a la vez solidario con la figura paterna.

Sucesos imprevistos se atraviesan en los planes de Antonio Leocadio. Francisco José ["El Indio"] Rangel y otros caudillos locales se levantan en armas, lo que pone a los liberales en pie de guerra contra el gobierno. Algunos miembros de la comitiva de La Victoria se suman a la rebelión, entre ellos Zamora. Pero Guzmán no se decide, no se sabe si por falta de arrestos, o por rechazo a la rebelión armada, o por indecisión. De todos modos, el gobierno lo acusa por el delito de "asonada y conspirar" y, ante la orden de arresto inmediato, opta por esconderse en Caracas, en la casa de las señoras Santana, donde, nuevamente según versiones no confirmadas, su enemigo Juan Vicente González, el publicista trocado en policía, lo descubre en un improbable escondi-

te: el fogón de la cocina. El incidente, cierto o no, es motivo de burlas y comentarios denigrantes que humillan al preso y a su familia.

A todas estas, se celebran en octubre elecciones presidenciales que perfecciona el Congreso porque ningún candidato obtiene los votos requeridos por ley. Sin sorpresas, gana el general José Tadeo Monagas, a quien los conservadores creían tener de su lado, pese a que en la década de los treinta había encabezado las rebeliones militares contra el gobierno de Páez, quien lo había beneficiado con el indulto. La votación se reparte entre nueve candidatos, entre ellos, el hermano del ganador, José Gregorio, el general Mariño, el general Páez y el mismo Antonio Leocadio Guzmán que había resultado tercero en número de votos.

La causa judicial contra Guzmán dura varios meses y el juicio de la calle y de algunos correligionarios liberales lo rebaja moralmente al reclamarle su falta de decisión. En las visitas a la cárcel, Antonio acompaña a su madre, preocupado y, además, humillado porque a los ojos del público su papá había pasado de héroe popular a cobarde. Pero no hay indicios de que en algún momento resintiera la conducta del padre, en los encuentros en la cárcel es el empeñoso colaborador del líder liberal, a quien mantiene informado de las circunstancias del país.

A los dieciocho años parece enrumbarse tras el ejemplo paterno, pero aunque la política le viene de casta y siempre ha sido parte de su vida, todavía no se lo ve en un papel activo. Es un estudiante y va haciéndose, sin soltar las amarras familiares. Las oportunidades llegarán y, tal vez con más claridad de metas, o con más talento y preparación, evitará los lances precipitados y las ambigüedades que entorpecen repetidamente el camino de su padre.

El 1 de marzo de 1847 asume la Presidencia José Tadeo Monagas y el 21 de marzo, Antonio Leocadio Guzmán es condenado a muerte, la misma decisión afecta a Ezequiel Zamora. Las circunstancias son dramáticas para la familia del líder liberal y, según relatos que repiten distintos autores al conocer la sentencia, Carlota Blanco reacciona inmediatamente y, acompañada de sus hijos, no duda en visitar al representante de España en Venezuela y al mismo presidente Monagas para solicitarle que ejerza la potestad de conmutar la pena.

Se cuenta que en las dos ocasiones una llorosa Carlota ruega de rodillas por la vida de su esposo y que el Presidente conmovido le habría

respondido: "Señora, levántese usted, por Dios, y váyase persuadida de que yo no he venido a este puesto a servir de instrumento a las pasiones de nadie!". En junio, el Presidente, en gesto de clemencia, cambia la condena a muerte por el destierro que debía ser cumplido estrictamente so pena de hacer ejecutar el castigo original. La familia respira aliviada.

Así que en la madrugada del 13 de junio, Antoñito cabalga de nuevo junto a su padre y varios amigos. Esta vez van por el camino nuevo hacia el puerto de La Guaira, rumbo al exilio de Antonio Leocadio que parte hacia Curazao, el asiento tradicional de contrabandistas y conspiradores. Su hijo regresa a Caracas, consciente de que esta primera separación del padre echa sobre su persona fuertes responsabilidades. Las de la familia, que el padre nunca había cumplido muy bien, las de conservar, más bien restaurar, las relaciones políticas del padre, y las suyas como estudiante, que inevitablemente descuida. Es, además, la primera oportunidad para probar su propia capacidad para controlar situaciones difíciles.

Un giro inesperado

Si bien Antonio y sus hermanos están acostumbrados a las ausencias del padre y a que las necesidades de la familia queden relegadas ante las urgencias de la política, es la primera vez que sienten la incertidumbre del extrañamiento de Antonio Leocadio. Después de los meses de prisión y del drama de la condena a muerte, la conmutación de la pena por el destierro les da apenas el consuelo de saber que está vivo y libre, sin poder evitar la desazón de la separación sin fecha cierta de retorno.

Ese segundo semestre de 1847 es difícil anímicamente para toda la familia que, además, enfrenta problemas económicos. Por esa razón, Antonio descuida sus estudios universitarios y, según algunos testimonios, su apariencia antes cuidada, que revelaba su interés en mostrar una presencia elegante, es ahora deslucida. La fatiga del vestido y del calzado es testimonio de las dificultades.

El exilio de Antonio Leocadio Guzmán dura menos de lo que él y su familia temían, considerando el control político de los conservadores y la dispersión de la oposición liberal y sus líderes, exiliados, presos o

fugitivos, como Ezequiel Zamora. Sin embargo, las circunstancias evolucionan en poco tiempo hacia situaciones inesperadas. En pocos meses, tanto la conmutación de la pena de muerte a Guzmán, como otras decisiones posteriores que acercaban al presidente Monagas a los grupos liberales, llevan a la ruptura con los paecistas.

Más que una ruptura política, lo que ocurre es un violento sismo, con epicentro en el Congreso de la República que se dispone a tratar una acusación contra el Presidente por conducta ilegal e inconstitucional, que le formulaba la Diputación Provincial a instancias de los conservadores. Por falta de *quorum* las Cámaras no pueden reunirse hasta el 23 de enero de 1848, mientras las amenazas crean un clima de extrema tensión y se hace inminente el estallido de la violencia callejera contra los congresistas, a quienes se presenta como representantes de la oligarquía.

Monagas astutamente deja hacer a los grupos hostiles, en tanto que las bandas armadas frente a las puertas del Congreso, que sesionaba en el antiguo convento de San Francisco, esperan la ocasión para entrar en acción. La violencia estalla el 24 cuando la multitud penetra en el recinto y en el tumulto se producen disparos que provocan heridos y acaban con la vida de varios representantes, dos hombres del pueblo y tres miembros de la milicia. Santos Michelena, uno de los políticos más preparados al servicio de los gobiernos conservadores, muere dos meses después a consecuencia de una herida de bayoneta. La desbandada de los conservadores, que piden asilo, se exilian o buscan refugio lejos de Caracas, deja al Congreso sin el *quorum* reglamentario.

Pero el mismo gobierno que había consentido la violencia, invoca la Constitución que, en palabras del Presidente, "sirve para todo". La conveniencia de respetar los procedimientos constitucionales decide la convocatoria del Congreso a sesiones y, ante la amenaza de no lograr el *quorum* de ley, los congresistas son obligados a asistir o convencidos de la conveniencia de hacerlo. Fermín Toro, invitado a reincorporarse como representante, se niega y responde con las famosas palabras: digan al presidente Monagas "que mi cadáver podrán llevarlo pero que Fermín Toro no se prostituye". La reunión del Congreso se realiza; se asegura así que el sistema, ahora bajo una nueva hegemonía, vuelva a funcionar.

Este salto sin transición de la violencia a la legalidad muestra la preocupación de la política venezolana, visible desde la Independencia, por cubrir las formas de ley y los procedimientos establecidos, aun en medio de situaciones de ilegalidad, violencia e incertidumbre. Desde 1811, varios incidentes dan cuenta no sólo del interés de los poderes de gobierno por crear una estructura y procedimientos administrativos y establecer una rutina burocrática en las nuevas instituciones, sino de un notable culto por las formas legales, manifiesto en el afán de dotar de apariencia legal situaciones creadas al margen o en las fronteras de la ley.

De la noche a la mañana el paisaje político es otro. José Tadeo Monagas es el nuevo caudillo "igual que Páez en 1830, puede pensar Monagas que él es la patria", escribe Ramón Díaz Sánchez. Ezequiel Zamora reaparece el mismo día 24 de enero y se pone al servicio del presidente Monagas. Antonio Leocadio Guzmán regresa del exilio en abril gracias a la medida de indulto general. El sangriento 24 de enero es declarado fiesta nacional.

Antonio Guzmán Blanco, más que un testigo de los hechos, es un aprendiz y en pocos años será más que un aprendiz antes de ser protagonista. Siendo su padre en estos años alternativamente alto funcionario de gobierno y líder de la oposición, es un observador privilegiado, capaz de aprovechar un compendio de valiosas lecciones que podrá aplicar en su oportunidad. Sin duda, una de las más provechosas es la que le enseña que la ley no es sólo una pieza del engranaje institucional sino un instrumento eficaz para dar respetabilidad a los actos cuestionables y facilitar la aceptación de las decisiones políticas más polémicas.

El insólito episodio cambia la correlación de fuerzas. Los paecistas ya no dominan ni tienen presencia en el gobierno, mientras que los liberales que respaldan a Monagas proporcionan los cuadros burocráticos y orientan la política o tratan de hacerlo. Pero los conservadores no se doblegan. El choque entre las dos fuerzas políticas parece inminente. Páez, en una carta a Monagas, deja caer como una lápida este juicio sobre el Presidente y los liberales a los que considera responsables:"la historia no presenta ejemplos de maldades tan fríamente ejecutadas...". Y advierte sobre los riesgos de una guerra que, dice, ha comenzado con los asesinatos.

Nadie mejor que él lo sabía, ya que poco después encabeza un levantamiento armado que a fines del 48 es derrotado por las fuerzas del gobierno; pero a mediados del 49 está nuevamente al frente de otro movimiento, la revolución "Restauradora", que finalmente rinde las armas. Después de unos meses de prisión, el veterano guerrero es expulsado del país. Vivirá en el exilio por una década larga, hasta 1861.

"Antonio Leocadio Guzmán" por Martín Tovar y Tovar.

Apremios y **reproches**

El panorama personal y familiar de los Guzmán Blanco, ensombrecido por los problemas de los años anteriores, cambia con el regreso de Antonio Leocadio en abril de 1848 y el ascenso de su estrella política.

En los 50 Antonio Guzmán Blanco da muestras de su vocación todavía no probada por la política. Es una actividad que tiene sus riesgos y demanda dedicación y talento, pero exige otras condiciones: astucia, aptitud para reaccionar y acomodarse ante lo imprevisto, capacidad de observación, audacia y voluntad de poder. En su momento, Guzmán Blanco demostrará que posee de sobra esos y otros talentos. Aun sin haber enfrentado grandes desafíos, la experiencia paterna le sirve de escuela, pero esas lecciones están llegando a su fin. En estos años deja de ser un estudiante, es un hombre que cuida los asuntos familiares, una responsabilidad que no le corresponde pero cumple con lealtad. Los papeles empiezan a cambiarse y las veleidades del padre obligan a Antonio a recordarle sus deberes.

La aventura del millón

Después del exilio, Antonio Leocadio Guzmán se incorpora a los cuadros del gobierno, primero como agente confidencial en Curazao, donde gestiona auxilios para la guerra contra los paecistas. En 1849 es designado Secretario del Interior y Justicia, y de Relaciones Exteriores,

cargos a los que renuncia al ser electo Vicepresidente de la República, para el período 1849 a 1853.

Como Ministro se ocupa de poner por escrito las recomendaciones sobre las decisiones y el rumbo que debe tomar el gobierno. Indica medidas concretas, como expulsar de sus cargos a profesores universitarios de la oposición, y da nuevas orientaciones en materia de formulación de políticas que, con apoyo de la labor legislativa, deben darle un giro completo al estado de cosas en el país.

El aprendizaje de Antonio Guzmán Blanco no se limita a las artimañas de la política, también asimila el ideario liberal a través del verbo y la pluma del padre, un ideario que tres décadas más tarde sigue vigente. La exposición que presenta Guzmán ante el Congreso como Secretario del Interior y Justicia, en marzo de 1849, compendia algunas líneas fundamentales del programa que su hijo retomará en su Presidencia: el estatuto eclesiástico que intenta crear las bases de una Iglesia católica nacional, el establecimiento del registro civil, el ordenamiento de las finanzas públicas y el fomento económico por gestión del Estado.

Por ahora, la buena estrella del padre le permite reanudar los estudios que había tenido que suspender. En 1856, finalmente culmina su formación. Se gradúa primero como bachiller en Derecho Civil, en marzo recibe el título de licenciado y al mes siguiente el de abogado, tenía entonces 27 años. Entre 1852 y 1856 el estudio de Diego Bautista Urbaneja lo recibe para cumplir las prácticas del foro que indica la ley, aunque nunca ejerció libremente la profesión.

Pero estos son años de grandes problemas y responsabilidades que se ve obligado a afrontar. La política, escribe Díaz Sánchez, "se hace más bizantina, más turbia e insincera". La crisis económica es acompañada de una gran violencia rural, invasiones, asesinatos, robos de ganado, antiguos esclavos y peones que se rebelan. La tensión política aumenta cada día, el ambiente se enrarece por los rumores de pactos y complots, y los infundios e insultos en la prensa militante proliferan.

Antonio Leocadio es designado Vicepresidente, pero está incómodo. Carece de poder, pero le preocupa que de quedar encargado de la Presidencia por ausencia temporal de Monagas, sería inhabilitado para el mismo cargo en las siguientes elecciones, ya que la Constitución pro-

hibía la reelección; sus aspiraciones se veían así en peligro. El trato –o ausencia más bien– de Monagas, pasa de hosco a hostil y la prensa de tendencia monaguista no ahorra insultos hacia Antonio Leocadio: "¡maula, cobarde, perillán!"

Presenta entonces la renuncia pero es rechazada. Aspira a un cargo diplomático en París o en Londres y queda sin respuesta. Sin la confianza de Monagas que concentra el poder y anula las facultades de sus funcionarios, siente que está en suelo movedizo. Las gestiones de amigos comunes logran cierto acercamiento, suficiente como para que Guzmán se encargue de la Presidencia ante la retirada de José Tadeo Monagas, días antes de las elecciones presidenciales. Los resultados electorales descubren la existencia de un pacto de familia cuando el escrutinio da como ganador a José Gregorio Monagas, hermano del Presidente.

Guzmán, como Presidente interino, entrega el cargo al nuevo mandatario y trata de mantenerse en buenos términos, mientras busca apoyo oficial para sus planes de reclamar en Lima, en nombre del gobierno venezolano, el millón de pesos que el Congreso peruano, en agradecimiento por la Independencia, había otorgado al Libertador y que éste había rechazado. Según la interpretación interesada que defiende Guzmán, el reclamo procede porque Bolívar habría finalmente aceptado la donación que nunca se hizo efectiva. El patrocinio del gobierno se complica y entonces decide proseguir sus gestiones a título privado en nombre de la familia Bolívar. No tiene otra excusa mejor para alejarse, y lo atrae la posibilidad de obtener una buena tajada del reclamo.

En la gestión de los apoyos familiares y de los documentos que avalarían su gestión, lo auxilia Antonio, eficiente colaborador por su talento y sus nociones de Derecho. Viajan a comienzos de 1852 a distintos lugares, Valencia y el Tuy, donde residen los sobrinos de Bolívar y la que fuera mujer de su hermano Juan Vicente. Obtienen las firmas de los herederos en los documentos preparados por Antonio con cuidado y pericia, seguramente asesorado en el estudio de Diego Bautista Urbaneja donde hace su pasantía.

En esos años Perú tiene condiciones fiscales excepcionales gracias a la exportación de guano, un recurso público que controla el Estado y explotan por contrato compañías privadas. Con el ciclo del guano se inicia en los 40 un período de auge del comercio exterior que se ex-

tiende hasta los 60. Conocida la bonanza fiscal no tarda la presión de los tenedores de bonos de la deuda peruana por cobrar sus acreencias. Guzmán aspira a entrar en el lote de los beneficiados por la prosperidad de las finanzas públicas peruanas.

Mesa sin pan y tropa sin capitán

En abril de 1852, Antonio Leocadio Guzmán viaja a Lima, provisto de la documentación del caso para hacer la reclamación. En la capital peruana se entrevista con el Presidente, el general José Rufino Echenique, y alterna en altos círculos sociales y de gobierno. El apoyo de Echenique es decisivo a la hora de desestimar el informe desfavorable del Tribunal de Cuentas peruano y ordenar a la Tesorería que expida vales de deuda por el millón de pesos en favor de la testamentería de Simón Bolívar, tal vez ajeno a las aspiraciones de Guzmán, que, sin embargo, no recibe compensación económica inmediata. En sus cartas, Antonio hijo insiste en las dificultades económicas de la familia y le aconseja que regrese porque sus recursos apenas le alcanzarán hasta fin de año.

La política es, por los momentos, un capítulo en el que ninguno de los Guzmán tiene un papel activo, uno porque está de baja y otro porque espera su hora. La familia, sobre todo Antonio, se esfuerza por mantener buenas relaciones con el gobierno, visto que la suerte de todos depende de no aparecer como enemigos de quienes tienen el poder. Para animarlo a regresar, Antonio le asegura a su padre que su estima está en alza: "no puedo explicarte cómo has crecido en concepto de todos los liberales", "Los oligarcas no ocultan el respeto que les inspira tu probidad y rectitud política".

A su regreso a Caracas, en diciembre de 1852, no encuentra el ambiente que le había descrito Antonio. El gobierno lo ejerce un clan familiar con máscara liberal que mal disimula un perverso ejercicio personalista del poder. No hay espacio para una oposición abierta y la política es arena movediza. Intenta, sin mucho éxito, hacer efectivo el pago de los vales que, por la baja cotización de la deuda peruana, representan a la hora de la verdad un porcentaje muy bajo del monto nominal. Decide entonces alejarse de nuevo, ahora como Enviado Extraordinario y Ministro con Plenos Poderes ante Perú, Bolivia, Chile y la Confederación Argentina. Esta vez el viaje se prolonga por dos

años, 1853 y 1854, durante los cuales establece en esos países contactos con gente de vara alta.

El cobro de los bonos no corre con suerte. No sólo surgen suspicacias porque hay otro reclamante de la deuda, a nombre del gobierno venezolano, sino que su amigo, el presidente Echenique, es derrocado por un movimiento militar que pone al país en pie de guerra durante casi todo el año 1854, y debilita los recursos fiscales. Con Echenique desaparece el principal apoyo para adelantar el pago total de los bonos.

En Venezuela, una de las banderas liberales –la extinción de la esclavitud-, desaparece al aprobarse la ley de abolición de la esclavitud, el 25 de marzo de 1854, casi al mismo tiempo que la misma ley en Perú. Las grandes causas del Liberalismo van quedando para las conversaciones de salón y en necesidad de renovar su potencia política.

La familia Guzmán Blanco se las arregla mientras tanto como puede en Caracas. Antonio, a veces en forma directa, o con circunloquios, reclama a su padre que no piensa en la familia. Poco antes de su viaje en 1853 se lo dice de variadas formas pero todas muy claras: "por mucho que te cueste, la prudencia quizás te mande que desde ahora empieces a pensar cómo te unes a la familia", "tu resolución no debe ser en mi concepto una resolución relativa a tu persona solamente, sino que debe comprender a la familia toda". Y le recuerda sus responsabilidades: "Las niñas no están en edad de que te mantengas separado de ellas. Tus respetos, tu dinero y tu dirección les están haciendo falta más que nunca" (...) "no basta mi cariño, ni mis cuidados producen los efectos que tú querías desear porque ellas no pueden tener por mí el respeto y el amor que por ti".

La situación económica del país es muy crítica, los precios del café están en baja, el comercio decae y en consecuencia merman los ingresos fiscales. En las cartas que cita la biografía de Guzmán Blanco de Tomás Polanco Alcántara, Antonio comenta los gastos que pesan sobre el ajustado presupuesto familiar. En 1854 él y sus hermanas requieren atención médica, pero más que de la enfermedad, Guzmán Blanco se queja de los honorarios médicos que considera exagerados y le da largas al asunto del pago. Pero el Dr. Guillermo Michelena y Salias envía al cobrador vez tras vez hasta que, por fin, escribe el 22 de mayo de 1854, "tuve que pagarle".

A fines de ese año, una epidemia de *cólera morbus*, que se inicia en el puerto de Barrancas, en Guayana, castiga a la población. Por dos años es una amenaza constante. En Caracas, los primeros casos se registran en agosto de 1855 y un año después pasan de dos mil las víctimas, entre quienes se cuentan figuras públicas como el doctor Andrés Level de Goda y José María de Rojas, el comerciante dominicano, fundador de los periódicos *El Liberal* y *El Economista*, y padre de los amigos de Antoñito, José María y Arístides. El impacto de la epidemia es tal que se habilita una nueva necrópolis: el Cementerio de los Hijos de Dios, al pie del Ávila, inaugurado en noviembre de 1856.

Pese a estos infortunios, las hermanas Guzmán Blanco, Carlota y Rosarito, acosan a su hermano Antonio con pedidos de dinero para sus gastos de ropa. Las fiestas, los bailes y el coqueteo con los jóvenes de la ciudad demandan esa inversión. No escasean las ocasiones sociales para lucir galas, como la inauguración en la noche del 22 de octubre de 1854 del teatro Caracas, entre las esquinas de Veroes y las Ibarras, el primero diseñado y construido para esa función, con un aforo para 1200 personas. Se presenta la opera *Hernani* de Giuseppe Verdi por una compañía traída de París, que llena la sala.

Antonio Leocadio alienta los gastos de sus hijas porque es una forma de exhibir prestigio social, pero Antonio, a cargo de la familia, critica la condescendencia paterna. Cada vez que piden dinero les recuerda que ya les ha dado, pero ellas "me dicen que tienen cartas tuyas para que les dé todo cuanto ellas quieran". En noviembre el presupuesto hace crisis, "debes mandarme algunos fondos para la casa" –le escribe– porque "hemos gastado mucho", y otra vez con velada recriminación agrega: "esto no depende de mí ni por supuesto soy yo quien debe remediarlo". Y le asegura que hasta que él regrese vivirán con lo estrictamente necesario "porque no hay de dónde sacar más".

Es Antonio quien, pese a su juventud, aconseja a su padre las decisiones más razonables en esos tiempos inciertos. Le recomienda que venda sus papeles de deuda depositados en Londres y le advierte sobre decisiones riesgosas; Antonio Leocadio quiere invertir en el negocio del guano "pero yo no lo emprendería" le escribe el hijo, e insiste en que "el estado en que tienes tus negocios es sumamente peligroso". Pero no le hace caso, "ojalá no te engañen". Pide a su hermano Juan de

Mata que anime al padre a tomar decisiones prudentes, que no emprenda negocios, que tenga un capital seguro como protección, y agrega: "Esto en general y luego que no debe tener ni un centavo expuesto a correr la suerte ni descansando en la fe de ningún suramericano".

Antonio Leocadio no tiene para los negocios un talento parejo con sus ambiciones políticas. El sentido de la oportunidad, tan valioso como en política, demasiado a menudo se le escapa. El millón de pesos llega apenas a 130.000 pesos, y Antonio comenta con cierta ironía que el negocio no resultó en definitiva "tan ventajoso como parecía". Eso significa que debe atender los reclamos de los herederos: Benigna, hija de Juana Bolívar; Valentina, Josefita, Anacleto y Pablo Clemente, hijos de María Antonia; Felicia, esposa del general José Laurencio Silva; y Fernando y Juan, hijos de Juan Vicente Bolívar, todos esperan su parte. Cuando logra al fin resolver el asunto, rinde cuentas al padre y resume así: "Como verás por los recibos, el asunto no salió tan derecho como lo deseaba ni tan tuerto como lo temía".

Paralelamente, las relaciones con el gobierno demandan especial atención. Los Monagas gobiernan a su antojo, pero Antonio considera que en bien de la familia y de los asuntos de su padre debe mantener buenas relaciones con el jefe del gobierno. Se ocupa de halagar al Presidente con visitas y regalos que no escatima, pese a sus pocos recursos, y aconseja a su padre que demuestre al Presidente su agradecimiento y consideraciones.

Guzmán Blanco en los inicios de su carrera política

Elocuente y **seductor**

En los años cincuenta, Antonio Guzmán Blanco ya es conocido y no simplemente como el hijo del controvertido líder liberal. A diferencia del padre, no es dado a hacer pronunciamientos polémicos, ni a actuar con la misma imprudencia. Más bien, sus cartas de estos años parecen ignorar los conflictos internos y la rebelión contra el gobierno que estalla en junio de 1854 al grito de "¡Viva el general Páez!". Es consciente de que la seguridad de su familia peligra si el gobierno duda de su lealtad, y emplea su poder de seducción en tratar de que no sea así. Pero también conoce sus límites. Su relación con el poder político es difícil, sinuosa, en el estilo de su casta mantuana.

El arte de las buenas relaciones

Pese al ambiente hostil contra el gobierno, Antonio se hace recibir por el Presidente y cordializa con él. Escribe a su padre el 7 de julio de 1854 diciéndole que tiene muy buena amistad con Monagas, quien lo distingue con un trato cordial y benévolo, que no reciben "muchos de los que tiene como amigos". Y agrega: "y esto sin injerirme en nada que tenga que ver con la política y la administración. Me ve como a un individuo que nada tiene que ver con lo público". Ese mismo año, Antonio Guzmán Blanco ingresa en la burocracia del gobierno como jefe de sección en el Ministerio del Interior y Justicia.

Aunque no se lo asocia con la política militante, es reconocido por sus condiciones de buen orador, preparado y elegante. Su apariencia es engañosa, las manos y gestos delicados, los ademanes finos, la apariencia atractiva, y el trato social cultivado; sus amigos, que son muchos y con quienes comparte ratos amables en la botica de Claudio Rocha, en Caracas, lo llaman "la dama", sin intención ofensiva. Esa apariencia, tal vez demasiado refinada para el medio, le abre puertas que aprovecha con astucia. Pero su personalidad es resistente, calculadora, pero no fría, egocéntrico pero no egoísta, es capaz de atender sus objetivos sin descuidar sus afectos.

Invitado por la sociedad católica "Sociedad de María", ofrece una conferencia sobre la literatura en Grecia y Roma, con poco de su propia cosecha y con "mucha pedantería tanto en el fondo como en la forma", al decir de Díaz Sánchez. La religión católica a la que sigue por tradición familiar y social no le impide adherirse al orden secular y racional de la masonería, la religión universal que rechaza la fe y la divinidad de las antiguas religiones. Esta contradicción nunca fue un obstáculo para los seguidores de ambos cultos. Sigue en esto los rituales de la elite política y de su padre que, en febrero de 1855, es nombrado por el Presidente de la Logia Armonía como representante ante la Gran Logia Nacional.

En septiembre de 1854, Guzmán Blanco pronuncia en nombre de la Gran Hermandad uno de sus primeros discursos públicos en la gran ceremonia de las exequias masónicas del general Santiago Mariño. El historiador Francisco González Guinán se refiere así al orador: "era un joven alto, delgado, de físico distinguido, mirada penetrante, ademanes cultos, voz robusta y estilo adiestrado [...] estaba circundado por la aureola de la juventud, como que tenía veinticinco años de edad [...] gozaba de justa fama de orador diserto y elocuente".

A fines de 1854 termina la Presidencia de José Gregorio Monagas y las cartas de Guzmán Blanco revelan, más que intuición, una capacidad aguda y flemática para analizar la política. Anuncia en octubre de 1853 que José Tadeo, entonces el candidato del gobierno, prolongaría su mandato mediante la derogación o reforma de la Constitución, "me parece que él está decidido a no entregar más el mando"; en otra carta comenta que el próximo Presidente burlaría a todos, a los oligar-

cas y a los liberales porque el país no tiene porvenir con las instituciones tal como están después de la administración de José Gregorio Monagas. La Constitución de 1830, a juicio de Guzmán Blanco, permite toda clase de engaños y eso ha engendrado "todas las revoluciones que han sucedido". Pero se equivoca al pronosticar que con José Tadeo habrá estabilidad y "después de él quedará establecida la República".

Antonio Leocadio Guzmán permanece fuera del país y planea su regreso. Nuevamente recibe los consejos del hijo que maneja con cuidado las relaciones con el régimen. Al conocerse el nombre del nuevo Presidente, el 1 de enero de 1855, Antonio integra un comité, designado por el gobierno, para comunicar al general Monagas en Barcelona su elección y escoltarlo a la capital. Pero cuando llegan, el Presidente ya había salido para Caracas.

El desencuentro aumenta las dudas de Antonio sobre el talante de José Tadeo, presume su intención de formar un círculo con nuevas caras para excluir a los amigos del gobierno anterior, aunque fueran los de su hermano. Así que cuando su padre anuncia su regreso le indica que espere para "saber qué temperamento trae el hombre". Mientras tanto él y su hermano, Juan de Mata, analizan el escenario. En febrero, los jóvenes de Caracas se reúnen en el Teatro Caracas para manifestar sus simpatías al nuevo Presidente, allí están los hermanos Guzmán Blanco. Poco después Antonio Leocadio vuelve al país.

La hora de las decisiones

Antonio había trabajado finamente para preparar una digna incorporación de su padre al tenso ambiente político de Caracas. Sabe que el veterano líder caraqueño es aceptado más que apreciado, por lo que pone empeño en evitarle situaciones incómodas. Antonio Leocadio no regresa por la puerta grande pero tampoco se le cierran las puertas. Es favorecido con un contrato para traer inmigrantes chinos, una empresa que en las condiciones que imperan no tiene muchas perspectivas, y meses después es designado Ministro Plenipotenciario en Washington para atender algunos problemas no resueltos entre los dos países. Con ese destino viaja a fines de 1855, pero su gestión, cualquiera que fuera, no se realiza, y en 1856 esta de nuevo en Caracas.

Sin duda, Guzmán se encuentra poco cómodo en el gobierno, sabe que no tiene la confianza plena del Presidente ni de la gente que lo rodea, pero no dispone de recursos económicos para retirarse como otras veces en espera de vientos más favorables. Olvidando su ambigüedad sobre el tema de la unidad grancolombiana, apoya la campaña gubernamental para recomponerla. Es el gran tema de discusión puesto sobre el tapete por el Presidente, pero ahora no se levantan voces en contra del proyecto.

Por estas fechas Antonio Guzmán Blanco pasa a desempeñar su primer cargo oficial como Cónsul en Filadelfia. Corren rumores que atribuyen esa posición, más que a sus méritos o a un privilegio del gobierno, a una especie de exilio impuesto por el presidente Monagas, disgustado porque Antonio enamora a su nieta Luisa Teresa Giuseppi, la hija de 18 años de Clara Antonia Monagas y del político Juan Giuseppi, estrecho colaborador de su suegro. Poco se sabe del romance, excepto que el abuelo de Luisita no lo aprueba. Se especula que es el gran amor de Antonio y que su afecto dura hasta la muerte temprana de Luisita en 1867. De hecho, sigue interesado en sus noticias a través de sus hermanas que aluden a ella con nombres como, "la Emperatriz" y a Clara como "la Esclarecida".

Antonio se aleja por primera vez de Venezuela y de sus afectos a fines de 1856; su madre es tal vez la más angustiada por el viaje y le pide encarecidamente que no deje de escribirle "porque sufro mucho". La correspondencia con sus padres se inicia durante la travesía, prueba del gran afecto que los une. Filadelfia le resulta poco atractiva para vivir y hace saber a su padre que no está a gusto y que haga una discreta gestión para ser trasladado a París; cuando se establece el Consulado en Nueva York busca ese cargo que finalmente le asignan. Nueva York está transformándose en gran ciudad y tiene una vida atractiva, pero Antonio sigue soñando con Europa, sobre todo imagina la vida sofisticada de París que ninguna ciudad del Norte igualaba. Permanece en Estados Unidos año y medio que aprovecha para seguir estudiando inglés y familiarizarse con la política y los pujantes negocios de ese país.

En Venezuela se vive un clima tenso tanto por el rechazo ostensible contra los Monagas que gobiernan como una dinastía monárquica des-

de 1848, como por el exclusivismo y la corrupción. La oposición al régimen no es abierta, por temor a las represalias, pero son muchos los que fuera e incluso dentro del gobierno están considerando la opción revolucionaria para derrocarlo.

Todos en Caracas disimulan y siguen atendiendo con regularidad las convocatorias de la vida social, las celebraciones privadas y oficiales, la rutina institucional, los actos electorales y las rendiciones de cuentas ante el Congreso, entre otros usos republicanos. Entre las celebraciones que van adquiriendo carácter ritual figuran las fechas identificadas con el nacimiento de la nación: el 19 de abril y el 5 de julio.

El 19 de abril de 1856 el Presidente convoca al pueblo a celebrar la fecha que "vio en su aurora al sol de Colombia, brillante y deslumbrador, disipando las tinieblas de tres siglos de opresión". También rinde homenaje a la idea de la restauración de la República de Colombia. La celebración empieza con un *Te Deum* y un acto oficial seguido de un banquete en la hacienda de café *La Guía,* de José Antonio Mosquera, al este de Caracas. Allí se reúnen unos 200 invitados que disfrutan del agasajo y atienden las palabras que acompañan los brindis. Antonio Leocadio habla en favor del restablecimiento de Colombia, el gran tema del gobierno, y se refiere a su eterna gratitud a José Tadeo Monagas que lo había salvado de la condena a muerte en el decenio anterior.

Ni el estado crítico de la política y la economía, ni el cólera que desaparece en 1857, dejando en Caracas un total de 2250 fallecidos, quitan intensidad a la vida social. En febrero de 1856 se inaugura el centro recreativo *Club Caracas* con cien socios de la gente principal de la ciudad que celebra la ocasión con un banquete servido "con lujo y abundancia ", en el que se escuchan discursos y, desde luego, no falta el de Antonio Leocadio. En el restaurante de Fausto Teodoro de Aldrey, el *Café Español,* se reúne la juventud con inquietudes artísticas y literarias para escuchar música y poesía.

Las hermanas Guzmán Blanco son asiduas a las fiestas de las familias principales, a las que asisten con su hermano Juan de Mata, y comentan en las cartas a Antonio sobre los amigos, sus amoríos y las fiestas: "anoche bailamos en casa del Dr. Sturup y el sábado bailamos en casa del Sr. Henríquez y el martes en casa del Dr. Mateo [Vallenilla]", le cuenta el 30 de abril de 1857 Juan de Mata. Y el 12 de mayo

Carlota se excusa de no haberle escrito antes porque "estábamos trasnochadas de tantos bailes que han habido en estos días", el último en casa de "Ballenilla" [*sic*], "ha sido un baile mannífico [sic]". También cuenta que han asistido a bailes en casa de los Enríquez y los Sanabria, y en el margen de la carta le cose una muestra de una seda amarilla "para que me compres cuatro baras [sic] en el Norte y en París". Encargo que probablemente Antonio cumpliría encantado porque le gustaba ocuparse de esas cosas.

La sociedad caraqueña vive ocupada de las fiestas y también de los rumores sobre la política. Desaparecida la confianza en otros métodos para cambiar la situación, de lo único que se habla es de revolución, y todo se maneja y se comenta en corrillos que, si no aseguran el secreto, al menos diluyen la responsabilidad. Los Guzmán, fogueados en el disimulo, actúan con típica conducta furtiva de indeleble raíz mantuana, aparentan apoyar el régimen pero ciertas actitudes y la correspondencia familiar revelan las distancias.

Juan de Mata comenta en sus cartas a Antonio sobre el panorama político. En junio de 1857 le escribe que "siguen los rumores de brollos pero todavía el gobierno no toma medidas; no sé si es que tiene mucha confianza en su poder o que no cree en nada", y agrega que "es muy probable que en la primera ocasión te diga algo de substancia". La carta la termina Rosarito porque Juan de Mata viaja imprevistamente a Bolívar "por la vía de Apure", aunque ella no lo aprueba "por el estado en que se encuentran las cosas". Sin embargo, Antonio nunca se manifiesta en contra de los Monagas.

Mientras en Caracas, todo el mundo habla en voz baja de la revolución, el Congreso aprueba en 1857 reformas constitucionales que asegurarían la permanencia del gobierno en el poder. Juan de Mata envía a su hermano Antonio la nueva Constitución.

Los opositores de distinto signo esperan la oportunidad y buscan al líder del movimiento. El exiliado general Páez es una opción pero no convence, aunque está dispuesto. El héroe de la Independencia y ex-Presidente del Ecuador, exiliado en el Perú, el venezolano general Juan José Flores, visita Caracas en marzo de 1857, y recibe en el hotel *León de Oro* a un grupo de emisarios de los comités conspiradores que le proponen presidir un movimiento revolucionario. Finalmente, el ge-

neral Julián Castro, gobernador de Carabobo, que poco antes publica un manifiesto de lealtad a Monagas, es aceptado como jefe.

Caracas y el país crecen tan lentamente que pocos lo notan, el progreso llega a través de las novedades tecnológicas. El telégrafo se inaugura en mayo de 1856 y la novedad llena de entusiasmo a la población que espera por enviar mensajes a La Guaira; pronto las líneas se extienden hacia otras ciudades. El ferrocarril, que es la expresión más rotunda de la modernidad industrial y la meta de casi todos los gobiernos, es materia de varios decretos que autorizan la construcción de líneas férreas a los puertos de La Guaira, Puerto Cabello, Maracaibo y Ciudad Bolívar. Pero los contratos no pasan del papel y de los planes iniciales.

Guzmán Blanco a comienzos del Septenio

La revolución como oportunidad **y escuela**

A pesar de las apariencias de normalidad, el clima revolucionario se va cargando y se concretan planes de lucha armada, se decide la compra de armas y la jefatura de Julián Castro. El alzamiento comienza en los primeros días de marzo de 1858 y el 15 renuncia el gobierno; el general Monagas y su familia se asilan en la Legación francesa. En un gesto poco usual, Guzmán Blanco escribe a José Tadeo Monagas el 28 de abril para reafirmarle su amistad y manifestarle el interés por su suerte, esperando que no sea perseguido. Le asegura su apoyo y su confianza en verlo feliz con su familia una vez que las pasiones se calmen. Prueba de su lealtad a quien salvó a su padre de la muerte, y también de que no gusta hacer leña del árbol caído.

Aparentemente, los fines del movimiento se cumplen con la salida de los Monagas del poder, el camino parece libre para una nueva etapa bajo la conducción de Julián Castro y de los liberales. Pero la dinámica de los acontecimientos, la radicalización de posiciones de los que exigían la cárcel para Monagas y sus hijos, y, sobre todo, la fuerza que adquieren los conservadores que rodean a Castro, rompen el precario consenso.

Los liberales se consideran traicionados y de nuevo pasan a la oposición. Antonio Leocadio Guzmán, que cada vez cuenta menos como líder, vuelve a publicar *El Venezolano* en defensa de sus correligiona-

rios acosados por el gobierno. Comienza a prepararse una nueva revolución que ayudará a Guzmán Blanco a definir su papel en la historia.

Tiempo de entrar en acción

Los hombres de la familia Guzmán Blanco se incorporan al movimiento en el que participan Ezequiel Zamora, el general Juan Crisóstomo Falcón, J. M. Aristeguieta, Ramón Anzola Tovar, entre otros conocidos liberales. Falcón, que se había negado a participar en el movimiento para derrocar a Monagas, por considerar que su deber de soldado y caballero era respetar el poder constituido, es ahora escogido como cabeza militar de la conspiración. No es un político activo pero su lealtad a Monagas lo había enemistado con Castro y en este momento esa era credencial suficiente para ser adoptado como líder de la rebelión liberal.

Mientras los liberales conspiran, los conservadores tratan de forzar el apoyo al frágil gobierno de Julián Castro con exhibiciones tan inútiles como el suntuoso banquete de 160 comensales que ofrecen el 9 de mayo de 1858 en honor del Presidente, en el que Fermín Toro pronuncia el discurso central. El gobierno, por su parte, intenta demostrar energía y el 7 de junio más de 20 liberales, militares y civiles, son expulsados del país por decreto. Entre ellos Antonio Leocadio Guzmán que esta vez enfrentará un prolongado exilio: seis años lejos de Caracas y de la familia y nuevas penurias para los suyos. Zamora también figura entre los expulsados y Falcón sale de Caracas clandestinamente disfrazado de cochero.

El 5 de julio siguiente se reúne en Valencia la Convención Constituyente que dominan los conservadores y preside Fermín Toro, la voz más destacada. La primera discusión revela otra vez la preocupación por darle al gobierno el respaldo de la ley. La elección del general Castro para la Presidencia, que cuenta con el voto de Toro, es precedida por una discusión en la que el mismo Toro habla de la justificada desconfianza hacia los gobiernos autoritarios y hacia los militares porque "harto fatales han sido a estos pueblos las glorias de los militares".

La Convención discute el castigo a los Monagas y Toro responde a los que piden la pena de muerte, que "todo no ha de atribuirse al dueño

del rebaño". La discusión parece superflua ya que José Gregorio Monagas, preso en el castillo de Puerto Cabello, enferma y muere inesperadamente el 15 de julio, y el 31 de agosto José Tadeo sale al exilio en Martinica.

En Estados Unidos, Antonio Guzmán Blanco se mantiene informado por las cartas que le envía Juan de Mata y sólo espera sus papeles para salir, lo que ocurre en el mes de julio cuando el Cónsul interino en Nueva York, Charles Bowles, le expide el pasaporte para que "las autoridades nacionales o extranjeras le faciliten su viaje a Venezuela y le guarden los fueros que corresponden a su cargo". Discretamente, Antonio viaja para incorporarse al movimiento. Esta primera decisión política, sin duda riesgosa, inspira temores en su madre, pero ha tenido buena escuela y sabe cómo cuidarse las espaldas.

En agosto de 1858 llega a La Guaira y es detenido sin acusación concreta; pasan varias semanas y finalmente sale libre bajo fianza, después de un alegato que difunde la prensa donde Guzmán Blanco pide que lo enjuicien si hay razón o se le dé su libertad. Poco después las autoridades lo vinculan con "la galipanada", una conspiración en la que caen detenidos numerosos liberales en Galipán. En diciembre es detenido otra vez y en enero es expulsado.

Los conspiradores están dispersos por el Caribe: unos en St. Thomas, otros en Trinidad, Guzmán Blanco se dirige a Curazao, donde están las cabezas de la conspiración. Antonio Leocadio, ya casi sexagenario, negocia el armamento con los precarios recursos de las colectas entre los exiliados y simpatizantes. Desde Caracas Juan de Mata da cuenta de que en febrero de 1859 se entregarán a su papá los 30.000 pesos reunidos en una colecta para aumentar el parque. En marzo, Antonio se entera por su madre de que Juan de Mata es detenido y, poco después, liberado, pero la persecución continúa por lo que vive escondido.

Carlota de Guzmán y sus hijas no ocultan la preocupación por las dificultades, faltan todos los hombres de la familia, y los rumores de que Antonio ha sido capturado les llena de preocupación. Rosarito, recién casada con Luis Vallenilla, siempre aquejada de dolores que los demás consideran imaginarios, tiene un embarazo muy malo, y las necesidades económicas son tan urgentes que deben vender muebles y no tienen ni para pagar el alquiler.

Antonio no puede atender estos problemas y tiene los suyos propios, económicos y afectivos, porque se entera del matrimonio de Luisita Giuseppi, pero es al hijo a quién Carlota reclama: "te digo repetidas veces que qué haces conmigo", le escribe el 3 de junio de 1859, y recalca que recordarán siempre ese año "porque hemos sufrido todo lo que hay en la vida de malo", y, aunque confía en que "algún día hemos de gozar", le indica que "si esta revolución se pierde, inmediatamente mándame a buscar porque donde ustedes no pueden vivir, no puedo vivir yo". Sin embargo, tendría que esperar hasta 1863 para ver de nuevo a su hijo.

Comenzando 1859 el conflicto armado está prendido. Coro se levanta en armas a la voz de "Viva la federación" que con otras variantes como "Dios y federación" resumen un ideario que cada sector interpreta a su modo. Comienza la guerra, Zamora, no Falcón, desembarca en febrero, con una importante partida de revolucionarios exiliados. La iniciativa, aparentemente inconsulta, distancia a los dos jefes militares, entre quienes se presume que hay una fuerte rivalidad pese a ser cuñados.

Antonio Leocadio Guzmán simpatiza con Zamora, a quien ve arrojado y decidido y en quien vislumbra un apoyo para recuperar su prestigio político y su liderazgo, al tiempo que desconfía de Falcón por lento e indeciso. Posteriormente, en su retiro de París, Guzmán Blanco desmintió en su opúsculo *En defensa de la causa liberal* que hubiera rivalidad o desacuerdo entre "el Magnánimo Falcón y el Valiente Ciudadano".

Por su parte, Antonio Guzmán Blanco es el más activo y cercano auxiliar de Falcón, quien lo envía a conversar con Zamora, pero es hecho prisionero en La Vela de Coro por fuerzas del gobierno. Liberado poco después vuelve a St. Thomas sin haber visto a Zamora. Las supuestas tensiones entre Falcón y Zamora quedan aparentemente superadas con los acuerdos que definen el papel de cada uno: Falcón sigue como jefe de la revolución y candidato a la Presidencia, y Zamora es director de la guerra y jefe del ejército.

Antonio Guzmán Blanco recibe las noticias que le envía su madre: el "general Ezequiel Zamora, desde que llegó a Coro lo que ha hecho es ganar". Falcón, según los testimonios, está indeciso sobre el momento de incorporarse a la guerra, por fin se resuelve y desembarca el 24 de julio en Palmasola, cerca de Puerto Cabello, con un parque de 1000 fusiles y 37 hombres del Liberalismo, entre ellos Guzmán Blanco, que

es nombrado auditor de guerra y recibe el grado militar de primer comandante del Ejército. Se generaliza un estado de rebelión en casi todo el país y se intensifican los movimientos de tropa, aunque los encuentros militares son menores.

El 1 de agosto una asamblea de liberales, a la que asiste Juan de Mata Guzmán Blanco, celebra el derrocamiento del gobierno de Julián Castro y proclama un gobierno popular y federal que reconoce a Juan Crisóstomo Falcón como jefe supremo de la Nación. La instalación del gobierno provisorio se complica por la reacción conservadora y el enfrentamiento que sigue deja el gobierno constitucional en manos conservadoras, con Manuel Felipe de Tovar como Presidente.

El enfrentamiento entre las dos grandes facciones, conservadores y liberales, que había amagado tantas veces, estalla en una guerra que dura cinco años. No es una guerra de grandes batallas, con excepción de las que marcan el inicio y el fin de la contienda, sino de guerrillas, escaramuzas y movimientos de tropas, sobre todo en los llanos occidentales, con focos intermitentes en el centro y en oriente. Guzmán Blanco desempeña con eficiencia sus servicios y en pocos meses es ascendido a primer comandante de los ejércitos federales; en septiembre de 1859 funda *El Eco del Ejército* destinado a exaltar la causa y las acciones militares de las tropas federales.

El 10 de diciembre de 1859 se enfrentan en el pueblo de Santa Inés, en Barinas, los ejércitos enemigos: los federales, bajo el comando de Falcón pero con Ezequiel Zamora al frente, y los constitucionales conducidos por Manuel Vicente de las Casas. La famosa batalla de Santa Inés, la más importante, y al cabo la victoria más clara de los federales, crea una gran confianza en la causa y en el liderazgo militar y la capacidad estratégica de Zamora.

Pero apenas un mes después, una bala de procedencia desconocida, acaba con la vida del héroe federal, en el momento en que se encontraba acompañado sólo por Antonio Guzmán Blanco, que le servía entonces como secretario. La inesperada muerte de Zamora representa un episodio oscuro cuyo peso sentirá Guzmán toda su vida. La circunstancia de haber sido quien sostuvo en sus brazos el cuerpo sin vida de Zamora y el único presente en el hecho, aunque no puede aportar información útil para identificar a los autores, echa sobre sí el compromiso

de enterrar el cadáver con sigilo y comunicar la noticia a Falcón. No faltan especulaciones sobre su supuesta responsabilidad en el crimen, ideas que Guzmán rechaza y sobre las que no se conocen evidencias.

Es una muy mala noticia para las tropas y para el mando federal, por lo que se trata de mantener el secreto. Antonio Leocadio recibe la noticia con desesperanza a través de su hijo. Es más terrible el impacto porque Antonio, como único testigo del asesinato, es el centro de conjeturas de todo tipo. Apesadumbrado abandona las Antillas y busca refugio en Nueva Granada, donde también se inicia una guerra civil y el gobierno pasa a manos de su amigo, el viejo bolivariano y cabeza de los liberales, Tomás Cipriano de Mosquera. Su hijo, Juan de Mata, también se establece en Nueva Granada y pasa a desempeñar una importante posición cercana a Mosquera.

Desaparecido Zamora, Falcón es la figura principal de los federales, con talentos militares discutibles y con apetencias de poder menos claras que las de su inteligente amanuense, Antonio Guzmán Blanco. En pocos meses, sin experiencia militar o política previa, gracias a su capacidad para actuar, su disposición para asistir con eficacia, su sentido de la oportunidad, su ambición y sus dotes seductoras, Guzmán alcanza una posición de primera fila en la jefatura militar de la guerra. El 21 de diciembre de 1859 asciende a coronel de infantería, aunque su hoja de servicios no muestra ninguna acción militar destacada, pero sin duda su trabajo es apreciado y, desde luego, conoce ya el plomo de las batallas.

Con la derrota en la llanura de Coplé, cerca de Camaguán, el 17 de febrero de 1860, las fuerzas federales quedan disueltas. Falcón y Guzmán escapan primero a Nueva Granada y luego a las Antillas, donde preparan la reanudación de la guerra que, en el año y medio que están fuera del país, se convierte en un escenario de guerrillas aisladas, conducidas por caudillos locales que mantienen agitado el territorio. Guzmán, en Curazao, prepara la segunda etapa de la guerra, procura aliviar la situación económica de la familia en Caracas, y atiende las demandas afectivas de su relación con la curazoleña Elvira Lobo, que le da su primer hijo, Juan Isidoro Guzmán, nacido el 4 de abril de 1860.

En Caracas, los paecistas provocan la caída del gobierno de Manuel Felipe de Tovar y el regreso de José Antonio Páez. Comienza la dictadu-

ra de Páez y casi al mismo tiempo, en julio de 1861, Falcón y Guzmán Blanco desembarcan en Coro, para reasumir la conducción de las fuerzas federales.

Hombre de pluma y de espada

En la etapa que comienza con el segundo desembarco de Falcón y Guzmán en Coro, el estado de guerra se prolonga sin encuentros decisivos y sin grandes cambios hasta mediados del año 1862. Las guerrillas siguen dominando el panorama, y algunas regiones, como las provincias de Oriente, se dan por perdidas.

Sin embargo, hay una ventaja en la nueva situación política. La guerra ahora no es por una causa vagamente definida en torno al sistema político y al reparto de tierras que tal vez no tuviera gran efecto movilizador en un país en el que la ley no era freno para la invasión de las propiedades. El nuevo objetivo es derrocar la dictadura, la tiranía de Páez, para no pocos, sencillamente la pelea es contra Páez. La vieja oposición entre paecistas y antipaecistas resurgió para atizar el rescoldo de la revolución. Por otra parte, preocupa menos la indefinición del proyecto político que las urgencias militares. Pero no las que exigen valentía y proezas en las batallas, sino las que demandan orden, organización, decisiones y disciplina, es decir comando militar.

La prolongada ausencia de una jefatura única de las fuerzas federales deja a las distintas regiones al arbitrio de los caudillos locales, que hacen lo que pueden según su talento, su entusiasmo y sus recursos, que son escasos. Los resultados de esas acciones militares dispersas y sin concierto no pueden ser otros que los de un movimiento a punto de perderse. Otros factores como las diferencias entre los caudillos, las rivalidades, la anarquía reinante entre las jefaturas del Centro, contribuyen a ese estado de cosas.

No es un problema menor de disciplina la difusión del proyecto de restaurar la unidad grancolombiana. En esto anda metido Antonio Leocadio Guzmán que desde Nueva Granada escribe en *El Colombiano*, cuya política editorial es la "Reinstalación de la República de Colombia". El presidente Mosquera lanza el proyecto en un manifiesto del que Antonio Leocadio se convierte en entusiasta propagandista. Mal momento para atender a Carlota que le escribe el 21 de mayo de

1862, a su vez en respuesta a una de las pocas cartas recibidas de su esposo, y se queja de que "la miceria [sic], es espantosa", a la vez que le pide que "te acuerdes que tienes una familia".

Antonio Leocadio tiene el tema de la Gran Colombia entre ceja y ceja. Insiste en que Venezuela debe adoptar el proyecto: "Fue Venezuela en su Congreso de Angostura, quien decretó a Colombia hace 40 años [...] Es usted, venezolano, a quien toca la reinstalación de esa obra providencial", escribe el 7 de abril de 1862 a Falcón desde Bogotá. Pero Falcón no responde a sus cartas, aunque escribe al presidente Mosquera. Esto alienta a Antonio Leocadio a anunciar a Falcón, el 28 de junio, el envío de un comisionado especial: su hijo Juan de Mata Guzmán Blanco, "teniente coronel en el Ejército de los Estados Unidos de Colombia, y ayudante de campo del ciudadano Presidente Provisorio y Supremo Director de la Guerra [Tomás Cipriano de Mosquera]", con cartas en favor del proyecto de reunificación. Aprovecha para agradecer el trato que le da a Antonio, su "hijo idolatrado".

También Antonio recibe de manos de su hermano una carta del padre sobre la comisión que lleva Juan de Mata, de parte de Mosquera. Esto colma su paciencia y decide hablarle con claridad. Con disgusto le indica su rechazo de "la anexión a Colombia" que –asevera–, todos repugnan en Venezuela. Con toda crudeza le reclama "que no percibas todos los peligros y lo costoso y dilatada que sería una lucha armada entre Venezuela y Nueva Granada, y allí nos llevaría la propaganda de Colombia". Desde luego Mosquera no hablaba de anexión, malentendido que una vez aclarado no allanó totalmente las diferencias sobre este punto.

Pero algunos federales del centro apoyan el proyecto, incluso llegan a declarar a Caracas como un estado colombiano, y reconocen la autoridad del general Miguel Acevedo, destituido por Falcón. La indisciplina toma cuerpo. De modo que a la muerte del general Rafael Urdaneta, jefe de los ejércitos federales del Centro, el ahora general de división Antonio Guzmán Blanco es el hombre escogido por Falcón para sustituirlo. Su capacidad y lealtad a la jerarquía de mando es así recompensada. Corre agosto de 1862.

Guzmán está consciente de que los caudillos que debe poner en cintura lo ven como un recién llegado, un patiquín de Caracas, en lo que

no andan descaminados habida cuenta de su inexperiencia y de que, pocos años antes, no conocía de Venezuela más que la capital y sus alrededores. Así que con mucho tino se presenta como un simple representante de Falcón, cuya confianza y apoyo es su única autoridad y afirma que sólo aspira a representarlo bien.

Sin embargo, tiene muy claro que debe ejercer el mando y hacerse obedecer, lo que aparentemente consigue, con una que otra protesta. En Caracas pone las cosas en su lugar, según escribe a su madre el 6 de noviembre. Su misión es impedir que el gobierno de Páez envíe refuerzos a Occidente, concertar el mando revolucionario en Carabobo, Aragua, Guárico y Caracas, y combatir la Dictadura. Los resultados no tardan.

Guzmán actúa en dos direcciones que responden a la tarea fijada. Promueve una organización más efectiva de las fuerzas de Occidente y del Centro, y da a las negociaciones políticas un papel más importante. El proyecto grancolombiano es frenado, incluso Juan de Mata se queda junto a Antonio que lo envía como auxiliar de confianza en varias comisiones. Todo ello para disgusto de su madre, quien le escribe a Antonio Leocadio diciendo: "demaciado [sic] tenemos con tener a Antonio en medio de la valas [sic]".

Los encuentros militares del último trimestre debilitan considerablemente la posición de las fuerzas de la Dictadura. La derrota de las tropas del gobierno por los federales, en las cercanías de Valencia, en Quebrada Seca, es también la primera victoria de fuerzas bajo el comando de Guzmán Blanco, la batalla de Buchivacoa da a los revolucionarios el control de la provincia de Coro y la hostilización constante de posiciones en el Centro y alrededores de Caracas, crean zozobra y presiones políticas sobre el gobierno.

En el gobierno hay un personaje con un papel equivalente al de Guzmán Blanco pero con mucho más poder: es Pedro José Rojas, uno de los artífices de la Dictadura, secretario y amigo de Páez, que trata infructuosamente de coordinar la tarea de la defensa del gobierno. Pero hacia fines de 1862 le resulta evidente que los revolucionarios llevan ventaja y ve la continuación de la guerra como un esfuerzo inútil.

En estas circunstancias comienzan a expresarse los deseos de paz. El general Páez habla a los venezolanos el 10 de enero de 1863 en ese

sentido. Y también Guzmán Blanco explora las condiciones para un acuerdo. Incluso Fermín Toro, uno de los llamados conservadores epilépticos, opuesto a la dictadura, aunque ya casi retirado de la política, participa su apoyo. Comenzaba el ascenso político de Guzmán Blanco.

En enero ya están en marcha conversaciones secretas para dar término al conflicto, bajo la conducción de Guzmán Blanco y de Rojas, que se entienden muy bien. Además del cese de las hostilidades, se discute la formación de un gobierno provisional y el reconocimiento de los compromisos financieros adquiridos por el empréstito de un millón de libras contratado en Londres en 1862 por la dictadura. Este arreglo, según el historiador Andrés Level de Goda, incluyó la cesión a Guzmán Blanco de una suma cercana a las 20.000 libras esterlinas.

La primera propuesta para integrar el gobierno provisorio incluye el nombre de Guzmán Blanco que él mismo rechaza. Indica, correctamente, que su posición le impide aceptar la nominación porque "La sospecha siquiera de ambición personal disminuiría mucho mi ascendiente en los trabajos previos y subsiguientes a la transformación". Pero reclama el derecho a indicar quién puede substituirlo. No es que Guzmán no tuviera ambiciones, pero sabe cuándo le conviene disimularlas y este no es momento para quemarlas.

Las negociaciones prosiguen, pero los caudillos se empeñan en una definición militar. De hecho, las gestiones de paz son aceptadas por el gobierno después de fuertes combates en las cercanías de Caracas. Ante la inminencia de una cruenta campaña final sobre la capital, Páez y Rojas ofrecen entrar en conversaciones sobre un tratado. El 23 de abril las partes se reúnen en la hacienda de Coche, cercana a Caracas, y el mismo día se acuerda un Tratado que es aprobado por el gobierno y sus mandos militares.

Al día siguiente, acompañado por Rojas, Guzmán Blanco se entrevista con el general Páez en su residencia La Viñeta. Después va a un emotivo encuentro con su madre, el primero en cinco años. Pasa la noche en la casa materna, y al amanecer se embarca rumbo a Coro para presentarle el Tratado a Falcón y obtener su aprobación. Aceptados los cambios propuestos, el Tratado de Coche es aprobado. Pese a que algunos generales, poco ganados por la idea de la paz, combaten en Oriente y Occidente, el 22 de mayo Guzmán Blanco y Rojas firman

el Convenio de Paz, y el 4 de junio Guzmán regresa a Caracas después de obtener la ratificación de Falcón en Coro.

La guerra termina con un gran acuerdo nacional que pone fin a la dictadura. Páez se marcha a Estados Unidos, con un auxilio financiero que se le concede habida cuenta de sus pocos recursos. Pedro José Rojas también sale al exilio. El 15 de junio se designa el gobierno provisorio con Falcón en la Presidencia y Guzmán Blanco en la Vicepresidencia. El 24 de junio, en el aniversario de la batalla de Carabobo, Falcón entra a Caracas que lo recibe engalanada y, con los discursos de rigor, asume con Guzmán Blanco sus responsabilidades en el gobierno de la Federación. Una nueva elite política accede al poder.

Ana Teresa Ibarra de Guzmán Blanco (c. 1870)

Construyendo **poder**

La historiografía venezolana registra la renovación cada cierto tiempo de momentos de esperanza y aparente consenso nacional que acompañan el acceso de nuevas elites al poder. Un clima parecido parece rodear al régimen de la Federación que se inicia con apoyo civil y militar generalizado, aunque no total. Pero no durará mucho esa atmósfera. No tardan en alzarse fuertes críticas que crispan el ambiente.

La actividad del gobierno es intensa en los primeros meses. Políticamente, destaca la sanción del Decreto de Garantías, del 18 de agosto, que consagra la responsabilidad del Estado en la vigencia de un amplio número de derechos humanos y políticos, unos ya incorporados por las constituciones anteriores y otros que reflejaban la intención de crear una cultura política decididamente liberal. El Decreto condensa los principios por los que se había luchado y con los que no se podía transigir. Es la convicción que anima a los federales principistas.

En las circunstancias iniciales, el triunfo federal parece ser el de la sociedad rural sobre la urbana, en apariencia la gente de alpargata desplaza a los de corbata y levita, así se representa en la pintura de Martín Tovar y Tovar, "La firma del Tratado de Coche". Sin embargo, quien en la escena del cuadro representa a los campesinos, es el general Antonio Guzmán Blanco, en botas y traje de campaña que, si bien

ha aprendido a convivir en el medio rural, no ha renegado de su culto inequívoco por los refinamientos urbanos.

Para Guzmán Blanco, el gobierno de la Federación representa la experiencia que corona el más completo aprendizaje que haya tenido un gobernante en Venezuela; es, además, la etapa decisiva en el meteórico proceso de construcción de su poder que inicia en 1859. El camino de su actuación política, aunque no libre de obstáculos, está abierto y comienza a transitarlo. Con más claridad de metas, con más talento y preparación, evitará los lances precipitados y las ambigüedades que entorpecieron el camino de su padre.

Guzmán Blanco "es otro yo"

En la nueva administración de gobierno que se estructura desde el 25 de julio, además de la Vicepresidencia, Guzmán Blanco ocupa el Ministerio de Relaciones Exteriores y Hacienda. Pero los cargos burocráticos no lo atan por mucho tiempo, el 6 de agosto se retira del gabinete para viajar a Europa como Comisionado Fiscal de la República, con la misión de contratar en Europa o América un empréstito por 2 millones de libras esterlinas. El 8 se embarca en La Guaira, lleva atribuciones tan amplias que prácticamente todas las decisiones sobre la negociación quedan a su criterio.

Sin duda, no anima a Guzmán un simple espíritu burocrático en el cumplimiento de esta misión, que se le presenta como una gran oportunidad en el proceso de construcción de su capacidad de poder personal. El viaje es un paso calculado, como todos los que ha dado recientemente, para establecer contactos importantes en el gran mundo financiero y para crear las bases de su fortuna, como confesará años más tarde.

El 23 de noviembre regresa de Europa con las bases del empréstito que debe consultar con el presidente Falcón con quien se entrevista en diciembre en Coro. Guzmán Blanco ejerce la Presidencia mientras dura la ausencia del presidente hasta enero de 1864, de modo que el 24 de diciembre le toca presidir la instalación de la Asamblea Nacional Constituyente, de la que es electo diputado por varios estados.

El clan de los Guzmán está otra vez reunido y hace oír su voz: Juan de Mata como diputado en la Constituyente, y Antonio Leocadio, que

regresa en diciembre de 1863 y se reincorpora a la política activa, agitando de nuevo el proyecto de reunificación con Colombia. Aunque ya no pesa políticamente, su presencia es bien recibida, por ser el padre del Vicepresidente y la figura más conocida del viejo Liberalismo; pero todos saben, incluso su hijo, que puede ser notablemente incómodo. Falcón lo designa entonces Ministro Plenipotenciario en Lima, para ocuparse de los temas de la unificación. Lo que es una manera elegante de quitarlo de la escena, aunque esto no pase de ser una intención.

El personaje en ascenso es Guzmán Blanco. En pocos meses pasa a ser la principal figura del régimen y uno de los políticos de más prestigio. Es agasajado, homenajeado, halagado, incluso una goleta es bautizada con su nombre, *General Guzmán Blanco*. Tiene cada vez más poder, aunque su lealtad a Falcón y su propio juicio le indican prudencia. No obstante, las prolongadas ausencias del Presidente lo obligan a ejercer el cargo. Pero, para muchos, es cada vez más evidente que con cargo o sin cargo, es el hombre. Para otros es el nuevo villano.

La contratación del empréstito del millón y medio de libras esterlinas es aprobada, y Guzmán Blanco regresa en febrero a Europa con los cargos de Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Londres y París, y el de Ministro de Hacienda que mantiene. Acompañado por el general Jacinto Pachano, cuñado de Falcón, como su secretario. Antonio Leocadio Guzmán zarpa con ellos y los acompaña hasta St. Thomas, desde donde parte a Lima.

El gobierno vive una prolongada crisis fiscal en espera del dinero del empréstito que se negocia en Londres. Mientras llegan los nuevos recursos, son los comerciantes de Caracas los que deben abrir sus cajas para aportar los fondos necesarios. El país modestamente funciona, ahora bajo la nueva Constitución sancionada el 28 de marzo, que establece el régimen federal, entre otras innovaciones del sistema político. Esto es en el papel.

En los hechos, el sistema político no hace gran diferencia, se sale de una rebelión caudillista para entrar en otra, y la agricultura crece lentamente. Sin embargo, algunas decisiones crean expectativas: se funda el Ministerio de Fomento, se aprueban proyectos ferrocarrileros, se coloca una que otra piedra fundacional, se organizan las obras públicas con las juntas de fomento, se contrata la navegación interna, se

proyectan y mejoran caminos, se inician obras de ornato y mejoras urbanas. Se renueva la esperanza de tiempos mejores.

No se espera mucho más, considerando la debilitada economía, el desinterés de Falcón por la administración pública y sus prolongadas ausencias y cortas estadías en la capital, que dejan en los hechos al gobierno sin cabeza, en vista de la poca pericia de los designados.

Las confrontaciones de diverso alcance en varios estados indican la fragilidad del orden público y del respaldo al régimen de gobierno. Los conflictos en Aragua, Guárico, Nueva Esparta, Maracaibo, Guayana, son a veces rivalidades caudillistas, pero muchas estallan por el descontento de militantes del Federalismo principista. Resalta el cuestionamiento de prácticas que para muchos tienen nombre y apellido.

En diciembre de 1864, el general José Loreto Arismendi, desde Guayana, demanda honradez y pulcritud en el manejo de los fondos del Tesoro Nacional. Esa denuncia apunta a los que Arismendi llama "federales de estómago", y a Guzmán Blanco, sobre quien ya pesan acusaciones. Se comenta su notorio interés en las negociaciones financieras, en los proyectos de obras públicas, y sus relaciones con grupos de negocio internacionales y locales.

Pese a estas críticas, Guzmán Blanco se reincorpora al gobierno a fines de 1864 y Falcón delega la Presidencia en su fiel colaborador, mientras él se refugia en Coro. Distintos sectores de la elite, decepcionados con Falcón, reconocen en Guzmán condiciones superiores para los negocios públicos, así que reciben complacidos la decisión de que será el Presidente encargado, pese a su lealtad al Presidente constitucional a quien rinde cuentas puntualmente.

Al anunciar su decisión a Caracas, Falcón escribe: "de Guzmán puedo decir lo que Alejandro [dijo] de Hefestión: es otro yo".

Milagro y ocasión

En una carta de fines de 1862 dirigida a su madre, Guzmán Blanco anticipa la proximidad de tiempos muy buenos para la patria y agrega que él está cumpliendo su parte para que así sea, de lo que cabe poca duda. Todo parece marchar bien, si no para la patria, al menos para sus fines. Sus planes de alcanzar riqueza y poder parecen a prueba de riesgos y de fuerzas en contra. Pero bien sabe por experiencia que los

mejores días tienen sobresaltos, mucho más cuando se están escalando alturas.

En el corto tiempo de su destacada figuración pública Guzmán Blanco es ya un personaje polémico, las condiciones que unos veían como virtudes excepcionales para la gestión pública, otros las consideraban expresión de los principios desviados de la Federación. Las críticas venían de los liberales y de los conservadores. El ex Ministro de la dictadura Lucio Siso, prestigioso jurista, escribía que en Venezuela "las revoluciones políticas no son en general sino el pretexto para escalar unos los altos puestos para enriquecerse, y para aprovecharse otros de la propiedad agena".

Las acusaciones contra Guzmán no son simples calumnias políticas. Efectivamente, hace nada que él y su familia tenían apremios económicos y ahora es un hombre enriquecido. La comisión del 5% del empréstito londinense de 1864, 75 mil libras esterlinas, es –como lo confesó años después– la base de su fortuna. El empréstito del millón y medio de libras esterlinas, por otra parte, es un mal negocio para Venezuela que recibe sólo el 60 %, por la alta tasa de descuento aplicada y por los compromisos y otras cargas que disminuyen los fondos. Guzmán reconoce que las condiciones son leoninas, pero no se consiguen otras mejores, así que es preciso aceptarlas.

Una vez contratado el empréstito presenta cuentas públicas de cada centavo, incluyendo su comisión, y el informe es aprobado, de modo que mal puede acusársele de ladrón. Otra cosa es aceptar que la súbita riqueza de Guzmán fuera una justa recompensa a sus servicios o un depósito para afrontar los gastos de las luchas por venir, como querían sus partidarios. En una carta de 1879 explica su riqueza: realizó el milagro del empréstito de 1864 y le quedaron 600 mil pesos que invirtió bien porque las guerras de Europa le dieron ocasión de comprar papeles devaluados para luego venderlos en épocas de normalidad.

Como parte de los contactos de la negociación del empréstito surgen varios acuerdos de negocios como el que crea el Banco de Londres y Venezuela, que abre su oficina en Caracas el 1 de enero de 1865. Además, circulan comentarios sobre otros negocios, compra de propiedades y papeles de deuda pública que benefician a Guzmán y a un pequeño grupo. Unos años después las denuncias son presentadas en

el libro de Manuel Briceño, escrito con pasión antiguzmancista, *Los "Ilustres" o la estafa de los Guzmanes*. Nada de esto es desmentido por Guzmán que, sin muchos escrúpulos, confiesa que hizo su fortuna, no robando al modo tradicional, pero sí usando los privilegios del poder: información, oportunidades, contactos. Y, sin duda, su ambición y su inusual talento para las cuentas.

No es de extrañar que en esos años no tuviera demasiado interés en tener responsabilidades permanentes de gobierno. Confiesa a su padre estar abrumado por la Presidencia, "Mis angustias son incalculables"; ciertamente, las presiones políticas y administrativas, y las limitaciones de sus pasantías presidenciales, hacen el cargo poco atractivo. Por otra parte, el ejercicio del gobierno limitaba sus posibilidades de desarrollar sus contactos en Europa y de ocuparse de establecer contactos útiles para cuidar e incrementar su fortuna.

Sin embargo, es innegable que el poder le sienta bien, disfruta la jerarquía y la pompa de la cual empieza a rodearse. El 18 de marzo de 1865, Falcón es electo Presidente y Guzmán Blanco, es el Primer Designado, pero apenas juramentado, el 7 de junio, Falcón deja la Presidencia en manos de Guzmán hasta julio, y de nuevo entre octubre de ese año y mayo de 1866.

Entretanto, en Londres, Antonio Leocadio Guzmán desempeña una misión oficial: procura rescatar 400 mil libras esterlinas en bonos de la deuda del empréstito de 1862 y trata de renegociar los términos del pago de la deuda. También debe comprar barcos y mandar a acuñar moneda. El cruce de correspondencia entre padre e hijo revela el deseo de éste de atender esos problemas personalmente, pero sus obligaciones en Caracas se lo impiden.

También es claro el cambio en sus vidas. Guzmán Blanco tiene en Londres un sastre personal, Mr. Wall, a quien encarga que le envíe ropa y calzado. También confecciona listas de compras en las tiendas de lujo europeas. Antonio Leocadio recibe una de estas listas en diciembre de 1865: muebles de sala, dormitorio y comedor "muy, muy elegante"; un aderezo "exuberante por el gusto"; un coche, "una victoria bonita y sólida", con los arneses; y un arma muy fina como regalo para el general Andrés Ibarra. Las compras tienen una razón: Guzmán Blanco confiesa que piensa casarse con Ana Teresa Ibarra Urbaneja,

hija del general Ibarra y de Anastasia Urbaneja. La prosapia familiar de la joven armoniza con las ínfulas aristocratizantes de Guzmán.

Los muebles, de estilo inglés, sólidos, elegantes, comprados en el sitio "más vasto, rico y respetable de Londres", la cristalería, la vajilla, el aderezo de la joyería más importante de Londres, la victoria, los vinos, el brandy, el té, y la pistola para el general Ibarra, todo es enviado a Caracas en cincuenta bultos. Antonio Leocadio paga las cuentas, desde luego no "de su bolsillo", y le anuncia al hijo que no compre anillo matrimonial porque él se lo lleva.

Pero los vientos adversos en Caracas no cesan, Guzmán Blanco le comenta al padre en diciembre que han tratado de asesinarlo, pero se ha salvado por la torpeza del atentado. También le pide que se dedique a su familia ahora que él se va a casar: "la familia reclama tu calor en casa ¡ha vivido casi siempre sin ti!", y agrega los consejos: "No creo que debes hacer más viajes" (...) "Cuando se llega a tu edad" es necesario evitar enfermedades porque las fuerzas disminuyen y también la capacidad para recuperarse. Antonio Leocadio replica que la razón de sus viajes es que a sus 63 años es pobre y necesita una renta independiente, a salvo de sus enemigos, que sólo podrá lograr en Europa o en el Perú.

Nadie mejor que su hijo comprendería esto. Los dos entendían que en Europa, usando la representación que tenían del gobierno venezolano, podían entablar buenas relaciones que abrían puertas para hacerse de una posición económica que los hiciera invulnerables a los avatares de la política venezolana. Pese a los riesgos, era un buen momento por las oportunidades en Inglaterra y en Francia, aunque Guzmán Blanco se sentía más cómodo en la sociedad del Segundo Imperio.

En Francia se viven los años de esplendor del capitalismo financiero y las especulaciones y negocios con acciones y papeles de deuda están a la orden del día. Guzmán Blanco trata de cultivar y ampliar sus contactos de negocios y políticos, con agasajos y regalos a gente que le conviene halagar por su posición en la corte o en el mundo económico. Conoce entonces a Eugenio Rodrígues Pereire, de la familia que domina las finanzas del Imperio, y que años más tarde, amparado por Guzmán, fue el centro de un escandaloso proyecto de inversiones en Venezuela. Guzmán debe, también, atender sus intereses que ahora son fuente de preocupación por los vaivenes de la fortuna. Tiene un

enorme temor de volver a ser pobre, de modo que controla al centavo sus fondos, pero a la vez disfruta enormemente el lujo y la buena vida y no escatima gastos. En consecuencia, está obligado a ser rico.

En mayo de 1866, Guzmán viaja de nuevo a Europa como Ministro Plenipotenciario, no lleva ninguna misión especial, aunque se supone que atenderá asuntos de interés para el país. En Caracas su alejamiento, conveniente para evitarle confrontaciones, propicia que sus enemigos ganen más influencia sobre Falcón. Esa presión provoca la suspensión del compromiso que destina parte de la renta aduanera al pago de los bonos de la deuda.

Ante esa decisión, Guzmán Blanco aclara en un aviso que publica el *Times* de Londres, del 1 de agosto de 1866, que no tiene que ver con ella. Esto aumenta la tensión y las críticas a Guzmán arrecian, sus familiares le aconsejan no regresar. El país es una marea en contra, y no hay dinero, no hay confianza, ni esperanza. "Aparte el gobierno, todo se estremece en este país", le escribe su padre. Sin embargo, la familia Guzmán se muda a una casa nueva, mejor que la anterior, entre Camejo y Colón.

La estadía de Guzmán Blanco en Europa se prolonga hasta fines de 1866, por razones que añaden más peso a las conocidas. En París lo ataca el cólera y cae seriamente enfermo, atendido por un médico venezolano, Eliseo Acosta, residenciado en la ciudad. Su recuperación es como una segunda vida y su familia y amigos de Caracas respiran aliviados. Clara Giuseppi, la madre de su antigua enamorada, se siente feliz y le desea que triunfe también "en las intrigas de los hombres". Alude así a quienes han conseguido que Falcón revoque su representación oficial de Plenipotenciario.

En el último trimestre de 1866 su salud mejora y sus preocupaciones se centran ahora en asegurar sus intereses financieros, desconfía de los ingleses y del sistema inglés, y prefiere confiar su limitado capital a los franceses. Por otra parte, le inquieta el monto de los gastos en Caracas y en Europa y la incertidumbre de su situación. Sin embargo, las cosas vuelven a su cauce en su relación con el gobierno. Se le restituye el cargo como Ministro Plenipotenciario y a fines del año está de regreso en Caracas. Al iniciarse las sesiones del Congreso de 1867, Guzmán preside la ceremonia y recibe, poco después, el nombramiento de Comandante de Armas del Distrito Federal.

Mientras volvemos a caber todos

Guzmán Blanco no tiene en 1867 otras responsabilidades formales en el gobierno que las militares y gran parte de su tiempo lo dedica en el primer semestre a dos cosas. Polemiza en artículos de prensa que firma "Alfa" con el periodista colombiano Ricardo Becerra, uno de sus críticos más serios. Y prepara su matrimonio con Ana Teresa Ibarra, una tarea que la tradición reserva a los dominios femeninos, pero su interés en controlar todo y su gusto por las ceremonias, hacen de la planificación del acto una experiencia que disfruta. El matrimonio se realiza en la catedral el 13 de junio de 1867, la novia tiene 20 años y él 38.

La relación de Guzmán Blanco con las mujeres de su familia y del círculo de amistades destaca en su biografía. Su correspondencia revela el gusto por las amistades femeninas, y también se especula sobre supuestos coqueteos, e incluso más que eso, con mujeres de la familia de su futura esposa, su hermana y su madre. No hay nada que sustente la imaginación más que frases entresacadas de la extensa correspondencia, llena de detalles y comentarios reveladores que oscilan entre el camelo y la formalidad. En todo caso, él mismo explica a su futura suegra Anastasia Urbaneja, desde París, el 15 de septiembre de 1866, que: "En general, nunca he conversado por placer con los hombres, porque aprendí desde muy temprano que jamás cultivan una relación que no aconsejen el interés y el egoísmo".

Eran reconocidas sus seductoras maneras y su conversación de amplios registros temáticos, un recurso importante de su capacidad de poder en el plano público y privado. Hasta para sus enemigos eran rasgos notables. Juan Vicente González, enemigo de su padre, lo había llamado bicho pedantesco y hablador "que ha heredado de su padre la charla empalagosa y las mañas del gitano", comentario que, ofensa de por medio, reconocía esas cualidades.

El matrimonio con Ana Teresa apenas interrumpe su dedicación a la política y a los intereses de sus finanzas, que Antonio Leocadio, a quien despide en La Guaira el 9 de julio, atenderá desde las capitales europeas. La polémica en la prensa con Ricardo Becerra sigue hasta septiembre y, al mismo tiempo, un nuevo movimiento insurreccional que prometía restaurar los genuinos principios federales, le exige ponerse en campaña.

Pero más que una campaña militar es una tediosa espera con promesas de arreglos pacíficos y desencuentros, en una especie de juego de gato y ratón, hasta que el general Luciano Mendoza, jefe de "la genuina", se rinde. Las cartas de Ana Teresa lo mantienen al día sobre los temas de la familia y también le envía cosas que hacen su ausencia más cómoda, un anteojo, té, galletitas, una chaqueta que no necesita. A su vez, ella recibe desde el campamento cartas con preguntas y comentarios sobre la familia.

Al mismo tiempo, lo acosan las preocupaciones. Una es por el tono alarmante de las cartas de su padre, y su ruego de que "te olvides de Ana Teresa" y te "vengas volando a tomar todas las medidas necesarias para poner en seguridad los fondos que tienes en Europa", porque la prioridad es "salvar lo que tienes y asegurar tu porvenir" ante la crisis de los mercados que se avecina. Además, las relaciones con Falcón se resienten por desacuerdos sobre el tema electoral y por su propia incomodidad política. Así que, seis meses después del matrimonio, viaja a Europa con el nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela. Días después estalla en Carabobo otro movimiento revolucionario, el Reconquistador.

Lejos de su esposa, a la que deja embarazada, sus cartas buscan consolarla y convencerla de que el viaje es por su felicidad futura, se preocupa porque la hermana o la madre de Ana Teresa vivan con ella como prometieron. Desde París, el 31 de diciembre, escribe que tendrá resueltos sus "negocios particulares" en un mes y su regreso sólo dependerá de la política en Venezuela. Meses después explica su dilema. No puede unirse a los revolucionarios por su lealtad a Falcón y porque no cree en una salida por las armas, y descarta seguir en el gobierno porque Falcón no acoge sus consejos y los jefes militares no lo aceptan. Por otra parte, mantenerse al margen se vería como una hostilidad disimulada contra el gobierno.

Se refugia entonces en la atención a los pormenores de la vida privada, nunca ausentes por lo demás, como muestra su correspondencia: da instrucciones precisas a Ana Teresa sobre dónde colocar la cuna, "debajo de mi retrato", y sobre la ropa de bebé que acaba de comprar, anuncia que mandó a hacer un mueblecito para el cuarto del hijo que esperan y le envía ropa para ella, sin que falten las indicaciones sobre

cómo y cuándo usarla. Insiste en que vive triste, agobiado y fastidiado en su autoimpuesto exilio, seguramente para disipar la idea de que lo está pasando bien en París, donde vive en el *Grand Hotel*, que será su alojamiento favorito (antes de tener residencia personal) y el del círculo guzmancista, y el lugar de los grandes festejos parisinos.

Los temas son numerosos y se repiten: se esfuerza por borrar las persistentes dudas de su esposa sobre su cariño, y abunda en recomendaciones y detalles cotidianos: que sea discreta, que no vea sino a sus padres y hermanos, y que no tenga tratos con ningún hombre para no dar tema a sus enemigos; que salga a caminar en la noche pero acompañada por algún miembro de la familia, que después del parto atienda cualquier lesión genital y que no le oculte nada a su médico, que no use tacón alto en la casa, que le diga si le sirven los botines que le envió, a su suegra que si nace una hembra se la regala.

Insiste en su deseo de vivir en Caracas con Ana Teresa y que, de no ser por ella, sus opciones serían claras: quedarse en Europa para siempre, o ir "en el acto a tomar un camino mío". En abril visita a Antonio Leocadio en Londres, después va solo a Alemania por un negocio con un comerciante y al regreso emprende dos viajes, ahora acompañado por su padre, primero a Roma y, en mayo, a España. Antes del viaje recibe la noticia del nacimiento de su hija Carlota, pero en junio todavía desconoce qué día nació, entre otros detalles. El día 13, cuando se cumple el primer aniversario de su boda, viaja a los baños termales en Aix les Bains, desde donde intenta disipar los celos de su mujer, a la vez que procura convencerla de que lleva una vida austera. La relación epistolar de la pareja registra el resentimiento o la tristeza de Ana Teresa: sus cartas son breves, "cuatro letras" y sin detalles, "no parece que tienes hijo, ni casa, ni que vivas sino como una mata del jardín", le reclama Guzmán.

En Venezuela, el gobierno de Falcón que sigue sin poder darle respuestas efectivas a la violencia y al estado ruinoso de la economía fiscal, tanto que el Congreso se disuelve porque no hay cómo pagarlo, entra en una fase terminal. Un nuevo movimiento revolucionario termina en junio con el gobierno de la federación, después de un combate que sigue a unas fracasadas conversaciones de paz. Es la revolución que se identifica con el único color disponible de la bandera, el azul, ya que el rojo es de los conservadores y el amarillo, de los liberales.

Preside el gobierno el veterano caudillo José Tadeo Monagas, que se instala el 28 de junio de 1868, con una oferta de unidad, paz, pulcritud administrativa y orden, de difícil cumplimiento.

Guzmán recibe las noticias de los cambios y, alentado por los anuncios de paz, decide regresar. Durante la travesía conoce a Manuel Antonio Matos, que después será su concuñado y banquero. Al llegar a Martinica se entera de una campaña contra gente del gobierno de la Federación, incluyéndolo, y decide esperar. Me detengo –le explica a Ana Teresa el 22 de julio– "hasta persuadirme de que en esa Patria volvemos a caber todos, o de que ya llegó el día para la emigración de todos".

Un mes después sigue viaje y el 28 de agosto llega a La Guaira; de inmediato instruye a Ana Teresa para que atienda los animales que trae consigo, que alimente los loros y faisanes, el gallo es para su mamá, y a los gatos hay que lavarles la cola con agua y jabón, alimentarlos con carne y soltarlos en su cuarto para que se acostumbren. Todavía lo demoran algunos asuntos, hasta que el 31 sube a Caracas. Después de nueve meses de ausencia, llama la atención la parsimonia en quien tantas veces reclamara las ausencias de su padre.

Su incorporación a la vida caraqueña ocurre oportunamente para reforzar el movimiento de reunificación de los liberales, la Unión Liberal. En tanto que el viejo ex presidente José Tadeo Monagas, que ya no puede con sus ochenta años, apenas sobrevive al triunfo de los azules, muere el 18 de noviembre de 1868. Le sigue una agria disputa por el poder entre su hijo José Ruperto y su sobrino Domingo, que finalmente se resuelve en favor del primero. En el nuevo gobierno gana influencia el sector conservador, "los santos padres", y se desborda la violencia para conformar un cuadro general de descomposición.

La tensión estalla en la rumbosa fiesta que ofrece el matrimonio Guzmán Blanco en su residencia de Conde a Carmelitas, el 14 de agosto de 1869. El generoso festejo en el que no se ahorran gastos, fue interrumpido por un ataque con piedras y palos y amenazas a la familia Guzmán y a la numerosa concurrencia de distinguidos invitados.

Como autor del asalto se señala a un grupo organizado que promovía la violencia contra la gente del régimen de la Federación: los lincheros de Santa Rosalía. Pero, para Guzmán, la responsabilidad recae en el gobierno. El ataque fortalece su figura entre los liberales, pero

los frutos no los cosecha en Caracas porque ante las amenazas de un nuevo ataque, busca asilo en la legación de Estados Unidos y luego sale clandestinamente hacia Curazao. Su padre le acompaña. Otra vez permanece fuera de Venezuela por varios meses. Pero su liderazgo ahora es incuestionable y cuando regrese será determinante.

Desde Curazao inicia otra vez una relación de tinta y papel con Ana Teresa. A dos días de su llegada envía regalos para su hija Carlota, una sillita de comer que hace juego con "su escaparatico"; y las infaltables recomendaciones: que conserve y trate bien a las personas a su servicio, que no descuide el jardín, que acomode los muebles "tal como estaban antes"; cómo tratar a los animales, los pájaros, los pescaditos, los caballos, el gatito que se murió; comenta la salud de la familia y de su esposa. Pide algunas cosas que dejó en Caracas: las medicinas, los "tomos de César, Tácito y Salustio", la ropa, blanca por el calor y negra para los funerales y los oficios masónicos. Su mujer da a luz a otra niña, Mercedes, de nuevo con el padre ausente; en respuesta a comentarios de Ana Teresa celebra que la niña no sea fea; le preocupa que sus hijas tengan buen cutis y nariz perfilada porque, afirma, el destino de las mujeres es ser bellas. La cultura mantuana rezuma en el breve comentario.

Los meses pasan, pero esta vez, si bien extraña a la familia y pide fotos de sus hijas, no tiene tiempo para el fastidio, ni para otra cosa que lo distraiga de su dedicación a preparar la revolución contra el gobierno de la oligarquía. Otra vez conspiran juntos los Guzmán, su hermano, Juan de Mata y el padre, autor del *Evangelio Liberal,* publicado en Venezuela por entregas y que, en opinión de Antonio, "entierra la oligarquía". En diciembre, el gobierno envía un comisionado de paz a negociar con Guzmán Blanco, sin resultados.

No hay olvido para la afrenta del 14 de agosto, que da más fuerza al proyecto de derrocar al gobierno por su incompetencia para controlar las bridas del país. Los oligarcas "aprenderán que a hombres como yo se respetan siempre", escribe el 29 de octubre. Guzmán Blanco calcula sus pasos y no olvida las ofensas ni los ataques. Los planes continúan, pero en enero de 1869, el gobernador de Curazao recibe órdenes de expulsar a los Guzmán antes del 15 de febrero. Esto precipita el inicio de la revolución.

El Héroe de Abril sobre **el cuero seco**

Febrero de 1870: Guzmán Blanco desembarca en Curamichate para iniciar la revolución, y el 22 lanza el manifiesto "A los Pueblos, a los Estados y al Ejército", que proclama como bandera la Constitución de 1864, y la defensa de los derechos y garantías vulnerados, particularmente la libertad electoral y la autonomía de los estados. También se dirige a distintos sectores en el mismo estilo declarativo. El país está prendido y Guzmán Blanco asegura que la revolución se impondrá en corto tiempo, gracias al parque bien dotado, al numeroso ejército y la calidad de sus jefes.

Efectivamente, los revolucionarios derrotan a las tropas del gobierno y avanzan casi sin tropiezos hacia la capital con el plan de someterla. Caracas se rinde el 27 de abril, después de intensos enfrentamientos, y Guzmán Blanco, vencedor en su primera campaña militar, gana prestigio heroico y la fama de que consigue todo lo que se propone. Es el héroe de abril, el mes de la revolución, la del 19 y ahora la nueva efemérides, el 27, que también será ocasión de espléndidos festejos.

Nadie sabe muy bien qué es la revolución, pero la palabra tiene prestigio, porque invariablemente significa echar del poder al gobierno anterior y a sus grupos de apoyo, y esperar las ofertas de los revolucionarios. Guzmán Blanco adopta con energía la infalible lógica revolucionaria, que descansa en el viejo principio de dividir el mundo entre

los buenos, los revolucionarios que lo cuentan a él como héroe, y los malos, los conservadores que no dan tregua al gobierno, la *soez* oligarquía. El objetivo de su revolución es la regeneración moral, intelectual y material de Venezuela.

El mismo 27 Guzmán convoca un Congreso de Plenipotenciarios de los estados para designar un Poder Ejecutivo provisional y llamar a elecciones, bajo los términos de la Constitución de 1864. La prioridad es legalizar la situación de hecho.

El país parece sometido, pero sigue la resistencia de los caudillos conservadores, y en las propias filas revolucionarias hay cuestionamientos contra Guzmán Blanco, que logra acallar, pero no por mucho tiempo. Venezuela –según la frase que se le atribuye– es un cuero seco, al pisarlo por un lado se levanta por el otro. La prioridad, por lo tanto, sigue siendo la paz, de modo que la campaña militar mantendrá las armas humeantes por varios años más.

Guzmán es consciente de que aquietar a Venezuela no es sólo un problema militar, es también político y pasa por el fortalecimiento de su capacidad de gobernar. En la concepción guzmancista, esto significa ante todo concentrar poder, en otras palabras centralizar. De modo que el héroe de la Federación mantiene la fachada federal, aunque poco se habla del tema, pero su política es centralista. Su gestión se orienta en dos direcciones: ordenar la administración y promover proyectos modernizadores para construir el orden burgués.

En 1870 inicia el primero de sus tres períodos de gobierno: "El Septenio" (1870-1877), le siguen "El Quinquenio" (1879-1884) y "El Bienio" (1886-1888). Es el primer gobernante que, con un claro proyecto de gestión, reúne las condiciones personales para llevarlo adelante: experiencia, una gran capacidad de mando que ejerce sin reservas, y talento de sobra para la gestión política y la administración; un talento que también aplica para acrecentar su poder y fortuna personal. Es también el primer gobernante (¿el único?) que entiende la economía y las finanzas y su importancia para definir el rumbo político.

Pero los proyectos no se sostienen sobre un sólo hombre, o sobre un puñado. Y la personalidad de Guzmán Blanco juega en contra, pese a su preparación y capacidad, no sólo por su talante autoritario y su ego indisimulado, sino por su carácter atrabiliario, intemperante y vani-

doso. Es la combinación de estos rasgos con la exhibición de su gusto por el lujo y por la jerarquía, tal vez vestigios de su "mantuanidad" de origen, lo que multiplica los rencores y el encono en un país donde la vena igualitaria rechaza la ostentación. Por otra parte, también sabe cuándo contenerse, cuándo puede y quiere actuar con iracundia y arrogancia y cuándo le interesa seducir. Medita y procede sin dudar.

"¡Cuánto me quiere Dios!"

Ante el Congreso de Plenipotenciarios en Valencia, Guzmán Blanco se presenta el 15 de junio de 1870 con el ropaje de la modestia, como "el más incompetente para merecer vuestra elección" a la Presidencia, pero los representantes lo escuchan correctamente al revés y lo designan Presidente provisional, con poderes dictatoriales hasta el restablecimiento de la paz.

En el primer gabinete ministerial incorpora conocidas figuras civiles del Liberalismo: su propio padre, Diego Bautista Urbaneja, Francisco Pimentel y Roth, Martín J. Sanavria y Jacinto Gutiérrez. Pero también resalta la importancia de los militares en los cargos de mando y ejecutivos. Los generales José Ignacio Pulido y Matías Salazar, son primero y segundo designados, el general Juan Francisco Pérez, segundo Vicepresidente del Congreso, el general León Colina, jefe del Estado Mayor; Francisco Linares Alcántara, encargado de la Presidencia, mientras el titular está ausente en campaña. Guzmán Blanco sabe que debe tener conformes a los militares, sin embargo, tiene claro que quien manda y dirige es él. Aunque los desafíos a su poder no dejan de entorpecer su mandato.

Las hostilidades en Occidente siguen hasta el último trimestre de 1870, cuando las fuerzas del gobierno vencen en las batallas de Guama y La Mora y aseguran el control de Barquisimeto. Guzmán Blanco quiere celebrar con pompa su victoria y solicita al Arzobispo de Caracas, Silvestre Guevara y Lira, cantar un *Te Deum*, una ceremonia frecuente en estos tiempos de gobiernos liberales. Pero el Arzobispo, aunque de ideas liberales y amigo de los Guzmán, responde que lo hará con gusto cuando se declare una amplia amnistía.

Esta inesperada respuesta enciende el primer gran conflicto no militar. Las relaciones con la Iglesia, hasta entonces armónicas, se resienten rápidamente por el choque entre dos personajes antagónicos. Die-

go Bautista Urbaneja, Ministro del Interior, resentido por no haber obtenido la dispensa para casarse con su hijastra, y Antonio José de Sucre, implacable conservador, sobrino del Mariscal y arcediano de la catedral, llevan el incidente a términos inconciliables. Pese a los gestos conciliadores de Guzmán y de su padre, el conflicto avanza hasta la expulsión del Arzobispo y de otras autoridades eclesiásticas. Se abre una larga querella, que se agrava con la extinción de los seminarios en 1872, la ley de obligatoriedad del matrimonio civil, el cierre de los conventos en 1874, el proyecto de constituir una Iglesia Nacional, el proyecto de autorizar el matrimonio de los clérigos, la prohibición de los enterramientos en templos y capillas y la inauguración en 1876 de un cementerio laico, el Cementerio General del Sur, como único autorizado en Caracas.

El antagonismo no es ajeno a las intemperancias de parte y parte, y al rechazo hacia Guzmán, por su arrogante sentido del poder, quizá también, por ser el jefe de la masonería nacional. Pero es un conflicto típico de los gobiernos liberales de la época, cuando la cultura laica gana terreno y la redefinición de las relaciones Estado-Iglesia pasa por la secularización de algunas competencias tradicionalmente a cargo de las instituciones religiosas, lo que provoca conflictos, incluso guerras, en otros países latinoamericanos. En Venezuela no corrió la sangre, apenas fue un torneo de palabras y un intercambio de correspondencia con el Secretario de Estado del Vaticano, a quien el delegado apostólico en 1883 escribe que: "la Iglesia es combatida en Venezuela, como en todas partes, pero no perseguida".

Ni cristiano ni turco, sino ególatra y nada más, no es verdadero amigo de nadie, es simulador y aparenta modestia, es más vanidoso que estrictamente soberbio, no tolera a quien se le opone y odia a la Iglesia y al clero porque acatan una ley que no es su voluntad, son opiniones de los miembros de la Iglesia sobre Guzmán. El presbítero Miguel Antonio Baralt, vicario apostólico, escribe también que las pequeñas ambiciones de muchas medianías sostienen la grande de Guzmán. Pero el Arzobispo de Caracas, José Antonio Ponte, amigo del régimen, opina que es el hombre que "la Historia admirará".

Otro conflicto, con Holanda, anuncia en 1870 la tónica de otros similares por venir, en el plano de las relaciones internacionales. Los

constantes y viejos incidentes entre gobierno y opositores que afectan las relaciones con Curazao, son la fuente principal de enfrentamientos con Holanda. Uno de estos incidentes interrumpe las relaciones entre 1870 y 1872, situación que vuelve a repetirse en 1875 y luego en 1880. También las relaciones con Estados Unidos, con Gran Bretaña, con Francia, con Colombia, se interrumpen por lapsos e incidentes variados, problemas de fronteras, con Gran Bretaña en el territorio del Esequibo, el pago de compromisos de deudas y reclamaciones, choques diplomáticos. El manejo de estos conflictos muestra una nueva forma de lidiar con las potencias, que pone sobre la mesa la demanda de "que nos respeten como nación independiente", y reta las exigencias de estos países con firmeza, con duro nacionalismo, y con arrogancia frente a la arrogancia.

Estos problemas, sin embargo, no perturban el optimismo predominante. Hay un ambiente festivo en los círculos de poder cuando finaliza 1870, la pareja presidencial ofrece una recepción para 500 invitados en su residencia, el 24 de diciembre, y por primera vez la familia Guzmán Blanco recibe reunida en Caracas el nuevo año. Las fiestas privadas y los infaltables halagos de la sociedad caraqueña al poder oficial indican el reconocimiento de su autoridad y serán un ritual en los próximos años.

La vida en Caracas, salvo por la violencia que amenaza llegar a la capital, transcurre tan desentendida de lo que pasa en otros estados que en febrero de 1871 no dejan de celebrarse los juegos de carnaval con la violencia y el desorden usual. Por otra parte, los festejos por todo lo alto del primer aniversario del 27 de abril muestran que la política en esta época no sólo huele a pólvora, también sabe a champaña.

Pero la guerra continúa. Las fuerzas conservadoras se reagrupan en varios estados de Occidente, y también siguen agitando en Oriente. Al frente de sus tropas desde el 10 de enero de 1871, Guzmán Blanco pasa por Aragua y Carabobo, homenajeado y festejado en todas partes. Los caudillos, los "liberales de Antonio" los llama Antonio Leocadio, atienden los distintos frentes, Joaquín Crespo en Guárico, José Ignacio Pulido en Oriente, mientras Guzmán se instala en Carabobo donde gobierna Matías Salazar, a éstos se unen Juan de Mata Guzmán y el general León Colina. Guzmán dirige los movimientos de tropas y la logística

desde Valencia, y está alerta ante las rivalidades entre sus jefes y las deslealtades latentes.

Su presencia es reclamada en todas partes. Pero el campamento es su prioridad, no sólo porque tiene seguridad en su capacidad para planificar los movimientos y dar órdenes, sino porque no tiene completa confianza en sus generales. Es sobre todo el general Matías Salazar, viejo servidor de la causa liberal, el que levanta incómodas sospechas.

Salazar, el *Encarbonado*, como lo llamaban, inflexible liberal, confiado en el apoyo intelectual de su amigo Felipe Larrazábal, otro enérgico liberal, está convencido de que Guzmán es demasiado capitalino y tiene excesivo apego a los gustos refinados de la alta sociedad caraqueña. En el criterio de Salazar no es el jefe popular que necesita la revolución. Ese convencimiento, sumado a supuestos complejos, y desaires que le habría hecho Ana Teresa en la celebración del 27 de abril, incuban la idea de eliminar la jefatura de Guzmán. Un anhelo que le queda grande.

Corría mayo cuando Salazar decide desertar, pensando organizar una rebelión, pero días después se entregó. Guzmán rehúsa aplicar una condena muy drástica por los costos políticos, y decide expulsarlo del país, con una suma de dinero para sus gastos de vida, después de retirarlo del Ejército y de la Presidencia de Carabobo. Es un vano intento por terminar el problema sin que lo acusen de excesos en el castigo a un jefe liberal. Pero, además, es el primer desafío serio a su autoridad en sus filas, y procura que sea visto como un episodio menor, ya cerrado, tal vez para que no cunda el ejemplo.

En junio reasume la Presidencia, pero otra vez se encienden los fuegos de la rebelión. Matías Salazar, supuestamente exiliado en Estados Unidos, lanza en Curazao un manifiesto revolucionario y se prepara para la guerra. Otra vez lo reclama el ruido de sables porque el engranaje no funciona sin la presencia del líder: "Nadie cumple con su deber si no me tiene encima", se queja Guzmán. En octubre sale en campaña por La Guaira, organiza una escuadra para atacar las fuerzas de Adolfo Olivo en Oriente y Guayana, y zarpa hacia Puerto Cabello, y de allí hacia Apure en dirección al enemigo. La campaña de Apure se extiende hasta enero de 1872, sin batallas importantes, pero con incontables molestias del clima y de una epidemia de parótidas que afecta al mismo Guzmán Blanco.

En enero se enfrenta decisivamente con las tropas conservadoras y logra la victoria, que anuncia con la usual retórica jactanciosa: "Se acabó el canallaje godo", "La oligarquía soez desapareció en Apure", "No dejo enemigo grande ni chico, vencido ni disperso. Todo ha desaparecido". En realidad, no todos: queda Matías Salazar que espera la oportunidad para atacar. Pero igual se siente no sólo triunfante sino elegido: "¡Ah! ¡Cuánto me quiere Dios!", escribe a Ana Teresa, inquieta por la desconfianza que Salazar siempre le ha inspirado. En Caracas Guzmán es requerido por gente de la elite para agasajarlo, el 6 de marzo el gremio mercantil le ofrece un suntuoso banquete en el hotel *León de Oro*.

Sin duda, los hijos y la esposa son su principal interés afectivo, pero los ve unos pocos días. El 16 está de nuevo en Valencia dispuesto a enfrentar a Matías Salazar. Pasa una semana tras otra entre persecuciones y escaramuzas, hasta la batalla final el 29 de abril. Salazar es derrotado, queda sin tropa, ni armas. Triunfante, Guzmán regresa a Caracas donde se canta un *Te Deum* "por la paz". En las calles hay ornamentos, vivas y festejos y en las residencias se brinda por el "héroe de abril" y por los nuevos tiempos. Esta vez Guzmán es implacable, Salazar es enjuiciado y fusilado el 17 de mayo. Ahora no quedan enemigos visibles, al menos por un tiempo. La paz parecía asegurada y se sentía sin duda el preferido de Dios.

Durante más de un año puede dedicarse a gobernar, atiende un homenaje tras otro, bailes, banquetes, desfiles, fiestas, torneos, y se atiende él mismo con baños termales que toma en Guarume, en el estado Guárico, donde tiene intenciones de construir una estación de baños. Pero en septiembre de 1874 está otra vez en campaña para combatir el alzamiento del general León Colina en Coro, "La Colinera". Lo acusan de tirano y déspota, nuevamente el cuestionamiento nace en sus propias filas. En Oriente, otro militar liberal, el general José Ignacio Pulido, encabeza una rebelión.

Cuando el año termina, Guzmán espera en Occidente las fuerzas de Crespo, que se suman a las acantonadas en Coro, en total dispone de 16 mil hombres, para enfrentar a lo que califica como una simple guerrilla, y contradictoriamente sentencia, "toda la República está en perfecta paz". El 31 de enero de 1875 ocupa La Vela de Coro con un núme-

ro de 18.000 efectivos, el ejército más grande de la República, Colina se rinde en febrero, y Guzmán le impone como castigo el destierro, se niega a fusilar a los rebeldes porque con el antecedente de Salazar "habría quedado yo en la historia como hombre cruel y sanguinario". Es lo que quisieran sus críticos para tener argumentos en su contra. La opinión de su padre, que parece inclinarse por un castigo más fuerte, es desechada por su hijo porque "no tiene feliz apreciación en las complicaciones de la Venezuela de ahora".

No es la paz completa lo que viene, pero ninguna otra campaña militar lo requiere fuera de Caracas, por ahora. Hasta que termina el septenio sólo se ausenta para inaugurar algunas obras y recibir homenajes en el interior. Confiesa estar cansado física y moralmente y proyecta viajar con la familia para reponerse. A las exigencias de la política se suman las enfermedades de sus hijos, la muerte de dos de ellos y de su suegro.

La ley y el orden de la sociedad burguesa

Ni las campañas militares ni los conflictos con la Iglesia distraen los planes de gobierno. Guzmán mantiene constante comunicación con los ministros y otros funcionarios, y las decisiones revelan una claridad de miras poco usual. El proyecto es derrotar a los caudillos levantiscos, alcanzar la paz y reestructurar las instituciones del Estado y el sistema legal. La estrategia de cambio persigue una meta globalmente definida como "el progreso", entendido como el conjunto de condiciones legales, materiales, sociales y culturales necesarias para conformar un orden moderno, compatible con las exigencias del sistema de los países más avanzados. Es la versión puesta al día del proyecto de creación de una institucionalidad nacional que viene gestándose desde la Independencia.

Se vive la época del apogeo de la sociedad burguesa, de las grandes fortunas y de las exposiciones universales de los avances tecnológicos, que tanto entusiasman a Guzmán. Esto conforma un mundo visible sobre todo en las grandes ciudades de Europa y Estados Unidos. Familiarizado como estaba con esos cambios, ambiciona una transformación modernizadora de Caracas para darle ese aspecto burgués, evidentemente ausente en la aldea de matriz colonial que era todavía. Su

empeño logra la primera gran reforma urbana del siglo que inicia un proceso de cambios cuyo ritmo amaina al finalizar el guzmancismo.

Las resoluciones del septenio incluyen un conjunto de medidas dirigidas a controlar espacios, a cobrar cuentas a los enemigos, y a crear fortalezas inmediatas en el proceso. Se aprueba una contribución de guerra a conocidos conservadores; se embargan bienes y propiedades de los jefes rebeldes y de quienes los apoyan; se condonan deudas de los trabajadores agrícolas que hubieran tomado parte en la revolución; se ordena la recomposición de los tribunales de justicia; se reorganiza la Universidad de Caracas, "un nidal de godos", y se nombran autoridades; son abolidos los impuestos internos de peajes; se decreta la redención de los censos eclesiásticos que gravaban las propiedades agrarias.

Pero más allá de las medidas de alcance inmediato, otras decisiones legislativas buscan afianzar y unificar las bases institucionales y legales de la República. Se retoma con vigor el proceso de creación de la institucionalización del Estado nacional y de formalización de las rutinas y ceremonias del gobierno. El ritual del mensaje anual al Congreso da cuenta de un caudal desusado de decisiones fundamentales y también de resultados. Entre las primeras, destacan decretos como el de Instrucción Pública, Gratuita y Obligatoria, de 1870, que da fundamento institucional a la educación pública, un elemento fundamental de la política liberal, la prohibición, en 1871, de la circulación legal de las monedas extranjeras y el establecimiento del "venezolano" como unidad monetaria, que crea las bases para la unificación de la circulación monetaria nacional, con el bolívar de plata desde 1879. También se aprecian los resultados como el de las comisiones de estudio de los códigos civil, criminal, mercantil y militar, que el Congreso aprueba en 1873.

La gestión de gobierno demuestra que las ideas y las prioridades de Guzmán Blanco están claras: sin paz no hay recuperación de la producción y el comercio, sin incremento del comercio caen las rentas fiscales y sin aumento de las rentas fiscales, las instituciones del Estado decaen, entre otras cosas porque no pueden emplear funcionarios competentes bien pagados, única forma de bajar la corrupción y de lograr una conducción institucional. Y sin nada de lo anterior, el cré-

dito público desaparece y se alejan inversiones para los grandes proyectos. Pero además de la paz es preciso ordenar y organizar, conocer bien lo que entra y lo que sale, cuánto se debe y cuánto se ha pagado. Eso requiere personal competente, instrumentos para centralizar la información y leyes en el mismo sentido.

En 1871, la creación de la Dirección General de Estadística, anexa al Ministerio de Fomento, suma a la estructura del Estado un instrumento indispensable para contabilizar los recursos del país. El trabajo que se inicia según un plan que circula en todo el país, permite levantar el primer censo de población en 1873, y en 1881 el segundo censo. En 1875 se publica la estadística de los estados, con el título *Apuntes Estadísticos*. En 1884 aparece el segundo *Anuario Estadístico*, esta vez una ambiciosa y cuidada edición de cien mil ejemplares en castellano, inglés, francés, alemán e italiano, que circula en Europa y Estados Unidos. Es un inventario detallado y un cuadro de las condiciones del país dirigido a potenciales inversionistas.

El orden de las finanzas públicas, y desde luego las suyas personales, son una permanente atención de Guzmán. Después de años de agitación política, con gobernantes preparados para la guerra antes que para la gestión de gobierno, penetrar la maraña del acumulado de la deuda pública es un desafío que hay que enfrentar con urgencia. En 1873 culminan las gestiones en Europa de José María Rojas para renegociar la deuda externa: la firma de la Convención Rojas-Turnbull será la primera negociación con resultados claros que van a mejorar el crédito externo venezolano. La necesidad de contar con capitales frescos para iniciar los grandes proyectos, como los ferrocarriles, exige poner la casa en orden.

La primera decisión, y quizá la más trascendente, es la creación de la Compañía de Crédito que se funda sobre la base de un esquema antes ensayado pero que nunca había dado resultados. La institución decretada en diciembre de 1870 es una sociedad que integran cinco firmas comerciales: Eraso Hermanos y Cía.; H. L. Boulton y Cía.; Röhl y Compañía; Santana Hermanos, y Calixto León y Cía. Su función es recaudar y administrar los fondos de las aduanas, la principal riqueza fiscal de la época, y hacer anticipos en las cuentas del presupuesto oficial. El procedimiento consiste en depositar 60% de la recaudación en la cuenta

correspondiente al presupuesto ordinario, y el 40% restante en cuentas destinadas a crédito público interno, crédito público externo, fomento y reclamaciones extranjeras.

Bajo la premisa de que el negocio beneficia a todos, alcanza notables resultados en el saneamiento del crédito público, y en la restauración de la confianza en los compromisos públicos. Este es el primer acuerdo con la comunidad mercantil al que se llega por la alianza informal del sector con el gobierno, bajo los términos que fija Guzmán, para quien los negocios son una pieza fundamental de su estrategia. Tanto los que se realizan en el marco de la institucionalidad del Estado, como las transacciones de su interés personal que hace al amparo del Estado, con sustanciales beneficios para su caja particular. La alianza con los comerciantes tiene como condición que éstos no pueden actuar ni involucrarse en la política. La alianza entre los negocios y la política se conviene bajo los términos de Guzmán. El esquema de la Compañía de Crédito sirve de base a la creación estable del sistema bancario, al declararse extinguida la sustituye el Banco Caracas, y en 1884 al cerrar este Banco se crea el Banco Comercial que es sustituido por el Banco de Venezuela.

La gestión de gobierno tiene un ritmo presuroso que se traduce en frecuentes inauguraciones, nuevas leyes, y proyectos, una política que es asociada al jefe de la Revolución de Abril, alrededor de quien se teje un relato que lo presenta como el héroe de una epopeya que debe ser inmensamente honrado en vida. Se hace rutina el típico despliegue laudatorio de los regímenes personalistas, en la retórica de los actos públicos de aclamación oficial, en la zalamería de los acólitos, en las medallas de oro que le conceden distintos gremios, en los banquetes, los aplausos.

Las efemérides son parte fundamental de la simbología patriota en construcción que se celebra con *Té Deum*, recepciones, obras públicas, estatuas levantadas a los nuevos héroes, los Monagas, Zamora, Falcón, con ceremonias y pompa oficial. El 5 de julio y el 19 de abril se festejan con desfiles miliares, recepciones y discursos, y desde 1873 se intenta asociarlos al homenaje a Guzmán, que recibe el título de *Ilustre Americano Regenerador de Venezuela* el 19 de abril de 1873; en los festejos del 27 de abril de ese año, el programa de actos finaliza en la

noche con el estreno de la opera *Virginia*, del venezolano José Antonio Montero, en el Teatro Caracas, con la asistencia del Presidente, que en esa fecha asume el cargo por elección, y su familia.

El nombre de Guzmán Blanco aparece en escuelas, en paseos, en embarcaciones, el acueducto de Caracas lleva ese nombre, el estado Aragua pasa a llamarse Guzmán Blanco; el "Ilustre Americano" recibe nombramientos públicos como el de rector de la Universidad de Caracas y como académico. El ornato de la ciudad también se suma al interminable homenaje con el levantamiento de dos grandes estatuas, una ecuestre y otra de pie, vaciadas en bronce, que la burla popular bautizó como "El Saludante" y "El Manganzón". En el último año del septenio se suceden los homenajes y los autohomenajes, como la creación de la "Estrella de la Regeneración", con el nombre de Guzmán Blanco en oro, para condecorar a ciudadanos que hubieran contribuido con su gobierno, de la Regeneración.

Las obras públicas son el aspecto visible de su gestión, se vuelve común la procesión de carruajes con invitados a las inauguraciones. El presupuesto destinado a ese fin más que duplica en el septenio y un grupo de arquitectos e ingenieros muy competentes, como Juan Manuel Hurtado, Luciano Urdaneta, Jesús Muñoz Tébar, Esteban Ricard, ejecutan las primeras obras monumentales del siglo XIX. Es, sin duda, un interés político el que mueve las obras públicas, pero también representan un interés genuino por dotar al país de una infraestructura moderna, con caminos, carreteras, acueductos, ferrocarriles, puentes, líneas de telégrafo, facilidades portuarias, mercados, mataderos, edificios públicos, servicios y ornato urbano, baños termales por los que siente pasión, plazas, parques, teatros, iglesias.

Las reformas urbanas se concentran, sobre todo en Caracas, y en menor medida en ciudades como Valencia y Maracaibo. Son parte de la idea del progreso de Guzmán y de su interés en dar forma a la ciudad burguesa, que entiende en términos de realzar su presencia y embellecerla con edificios públicos, imponentes para la época, y también con simples fachadas como la que intenta dar aspecto gótico a la Universidad de Caracas. No falta el homenaje a la masonería a la que adhería gran parte del liderazgo político: el templo masónico de Caracas se inaugura el 27 de abril de 1876. Los católicos que sospechan de

su anticlericalismo quedan compensados con la parcial inauguración del templo de Santa Ana y Santa Teresa, una de las obras más costosas del septenio.

Del enérgico programa de obras públicas queda sin arrancar de manera efectiva la construcción de ferrocarriles, pese al proyecto contratado en 1872 con ingenieros ingleses y las negociaciones con la compañía de Antomarchi Herreros para desarrollar la línea entre Caracas y La Guaira. Excepto por las obras comenzadas antes del septenio, como el ferrocarril Bolívar, entre Tucacas y Aroa, no hay avances en esta materia. Las finanzas del país todavía no dan para emprender la obra más ambiciosa del siglo.

El Capitolio, que inaugura su primera etapa en febrero de 1872, es el anticipo de las obras que vendrán. Ubicado en el sitio del convento de las monjas concepciones, que es expropiado, se levanta en poco más de tres meses, con cientos de obreros trabajando disciplinadamente. La obra se extenderá hacia el norte cuando el decreto de abolición de los conventos de 1874 permita disponer del resto del terreno y se complete en 1879. Con su gran cúpula, sus hermosos jardines, los frescos internos, los espejos y ricos cortinajes, será, como quería Guzmán, "el monumento que simboliza el triunfo de la Revolución de Abril".

Las celebraciones más representativas del elaborado ceremonial que exhibe el espectáculo del guzmancismo tienen en el culto oficial al Libertador una inmejorable ocasión de manifestarse. La programación anual de actos celebratorios se inicia en 1872 con la convocatoria de un concurso sobre *La Gloria de Bolívar* de la recientemente instalada Academia Venezolana de Literatura. El 28 de octubre se festeja por primera vez el día de San Simón con un *Te Deum*, al que sigue la inauguración de la Escuela Bolívar, una procesión, arcos de triunfo en las calles, una exposición de reliquias de Bolívar, y un discurso de Guzmán Blanco que, montado en una tarima frente a San Francisco, celebra sus propios triunfos.

En 1874 la inauguración de la estatua ecuestre de Bolívar en la plaza del mismo nombre es ocasión de una gran ceremonia, y el 28 de octubre de 1876 el traslado de los restos de Bolívar al Panteón Nacional, en la antigua iglesia de La Trinidad, es otra fastuosa celebración que tiene como protagonista a Guzmán Blanco. Los discursos de la jornada

redundan en alabanzas a Guzmán, en deliberada confusión de los dos homenajes. El Arzobispo de Caracas, José A. Aponte, lo hace explícito: "La apoteosis dedicada al Libertador Simón Bolívar es digna del Regenerador". Embelesado en su propia gloria, que tal vez piensa inextinguible, Guzmán decide retirarse. Se celebran elecciones por primera vez bajo la Constitución de 1874, cuyas principales novedades eran el período presidencial de dos años con prohibición de reelección inmediata y el voto directo público, escrito y firmado, claramente un mecanismo de control de las lealtades.

"Que se me espere para todo"

La correspondencia de Guzmán Blanco, en distintos archivos y colecciones, es como una lupa puesta sobre su carácter, sobre todo en los años de su mayor actuación pública. La correspondencia privada, en especial las cartas casi diarias a su esposa Ana Teresa, muchas escritas en campañas militares o en medio de graves conflictos políticos, retratan una personalidad que no desdice de la que pinta su actuación oficial. Pero visto a la luz de lo cotidiano y de las trivialidades casi ridículas en las que insiste, resulta desconcertante el perfil público tan solemne que lo caracteriza. Impresiona, sobre todo la gama variopinta de sus preocupaciones en abierta exhibición, hasta en las minucias, de su naturaleza dominante y controladora; también su talento para seducir y su singular celo por los problemas y nimiedades de su familia inmediata, su atención solícita y tirana, pero también tierna, a la esposa, a los hijos, y a otros familiares de un círculo relativamente estrecho, como él lo quería: "nuestras familias verdaderas" se reducen a "la familia formada por tu padre y tu madre, y la formada por el mío y la mía".

Con la política y la guerra de por medio, vive lejos de la familia, lo que le aflige pero no tiene opción. Sin embargo, pretende que ningún asunto personal se le escape. En plena campaña militar en el septenio envía compras para Ana Teresa, alimentos importados y frutos de la tierra, vestidos para ella y las niñas, paños de mano, unas telas de lino fino, una batista también muy fina (lo que deduce por su precio), servilletas con el mantel "porque no las venden solas"; opina que los butacones de su casa no quedarán decentes porque la tela del forro es ordinaria, y pide que no se tome decisión hasta que él regrese.

El cuidado de los hijos también da lugar a instrucciones: "no deben salir al aire hasta que levante el sol"; Carlota, la mayor, por quien tiene especial afecto porque es bella e inteligente, debe tener una dieta, comer a sus horas, hacer ejercicios, sin agitarse; recomienda adornar la cuna para el tercer hijo que nace a fines de febrero de 1871, durante los preparativos de la campaña militar. Es motivo de alegría que sea varón, el tercer Antonio Leocadio, pero advierte a Ana Teresa que no lo prefiera porque las otras "no tienen culpa de ser hembritas". Guzmán no ha estado presente en ninguno de los nacimientos y en esta ocasión conoce a su hijo en el mes de junio, y en septiembre de nuevo sale de Caracas.

A fines de 1871, recibe dos noticias dolorosas, la muerte de su cuñado Juan Jurado, esposo de su hermana Carlota, y en diciembre la muerte de su madre, después de meses de incertidumbre porque teme que los médicos agraven su salud con remedios para males que no tiene. Su padre le escribe una extensa carta de consuelo que es también un homenaje a su sufrida mujer: "Siéntela mucho y toda la vida. Mejor madre no ha habido y es necesario que seas digno de ella".

Más allá del natural interés por la familia y por seguir siendo parte de ella pese a las separaciones, es evidente el afán por controlar los movimientos, decisiones y hasta sentimientos de las personas de su círculo íntimo. Comenta, más bien reclama, que su mujer omita detalles de su vida; que no le haya puesto un telegrama el 14 de febrero de 1871,"como lo hizo todo el mundo en Caracas". No responde las cartas de su suegra porque le disgustan las visitas que está haciendo y el reproche se extiende a las hijas Anastasia, Tasia, y Ana Teresa; critica que su cuñada Tasia, por quien, según rumores, tiene un afecto muy especial, coquetee con el general José Ignacio Pulido: "Con ligereza no hace nunca camino una mujer", y que "se haga en casa" "estando yo ausente" y a su esposa la amonesta: "U. sabe, o debe saber lo que no me gusta". También reprueba las decisiones sobre reparaciones de una de sus casas porque debe hacerse "como quiero yo", "es necesario que esté yo allá, que se me espere para todo".

Siempre entre Caracas y los distintos lugares del país adonde la Guerra o la política lo reclaman, no lo detienen las quejas de Ana Teresa, aunque dice que su tristeza lo afecta. Pero rechaza el ejemplo de los

maridos que llevan sus mujeres a todas partes: "yo siento repugnancia para hacer lo mismo, porque no me parece decoroso que una Sra. ande arriba y abajo". Por otra parte, la amonesta repetidamente por las visitas que hace y recibe: "U. no tiene por qué rozarse con ningún agente de la política ni de la guerra".

Con un embarazo tras otro, y pese al numeroso personal a su servicio que el mismo Guzmán selecciona, las opciones sociales de su mujer no eran muchas. Incluso controla sus compromisos familiares, tanto para que los atienda como para que los eluda. Si Juan Manuel [Urbaneja, tío de Ana Teresa] muere –le escribe– debe visitar a su abuela en la mañana antes del almuerzo, "tienes la disculpa de que aparte de que ausente yo nunca sales, tu estado [de embarazo] te impide salir". Su distanciamiento con Modesto Urbaneja, otro tío de Ana Teresa, provoca nuevas órdenes que se extienden a la familia: si la suegra o alguno de los niños visitan a la esposa de Modesto: "U. no consentirá que vuelvan a verla a U., ni U. las volverá a ver más". También demanda que le avise cuando la visiten sus hermanas con sus maridos y "si van éstos solos no los recibas". A su casa no debe entrar ningún hombre solo, a excepción de su padre y su suegro.

Los detalles cotidianos no son un asunto menor: la ropa que no le alcanza, el kepis que no le envían, el agua colonia que se le derrama, el dolor de muelas de Ana Teresa y cómo debe curarla el dentista, que no permita que se las extraigan, que se la pueden orificar y debe ser sólo en oro; los encargos de París para Ana Teresa; las botas que se le rompen; los cuidados que deben recibir sus animales, los caballos, el perro, los pájaros. En plena campaña, un incidente absurdo: "Estoy bajo la influencia de una terrible pesadumbre con la pérdida de un botón de los puños de la camisa", al parecer unos gemelos que llevaba siempre consigo, y sigue: "Tengo a todo Valencia buscándomelo con la oferta de $100 al que me lo presente. Haré cuanto humanamente se pueda para recuperarlo", e insiste en que "Este accidente me ha hecho el efecto de una desgracia", pero el dichoso botón apareció, por "milagro".

Son temas infaltables sus dolencias, inevitables por el tiempo fuera del hogar, y los tratamientos: malestares gastrointestinales, dispepsia, trastornos circulatorios, dolores aquí y allá, manchas en la lengua, problemas renales y del sistema urinario, llagas en la boca, "nacidos",

tos, dolor de cabeza. "Tengo tres años en que diariamente tomo medicina". Desconfía de los médicos que por lo general se equivocan: "Los médicos todos, todos son muy ignorantes", escribe. Con frecuencia se automedica, hace diagnósticos y recomendaciones a su esposa e hijos. Aconseja a Ana Teresa tomarse seis botellas de Panacea, un tónico popular en la época, que "te fortificará, te engordará, te limpiará y conservará el cutis, te salvará la dentadura, te contendrá las canas, te conservará muchachita y buenamoza y gorda".

En 1875 y 1876 la salud de los hijos lo mortifica, atribuye sus problemas a Caracas por las malas condiciones sanitarias y la falta de lluvias, es una ciudad invivible, media población está enferma. Ana Teresa pasa meses en Macuto, esperando los beneficios del aire de mar y también en Antímano, donde Guzmán construye una residencia a su gusto. Ni esto, ni las medicinas, ni los cuidados médicos evitan la muerte de su hijo pequeño, Diego Antonio, en octubre de 1876. Es el segundo hijo que pierde, antes muere una niña, Ana Teresa.

Pese al desgaste de la guerra y su salud maltrecha, Guzmán es físicamente resistente, y su capacidad para las decisiones, su memoria siempre alerta y su rapidez mental no sufren mella. En las fotografías del septenio, en ropa militar o de civil, posa con buen porte, alto, de estructura ósea ligera, de rasgos europeos, nariz pronunciada y perfilada, cabeza, manos y pies pequeños, frente amplia, más visible por la calvicie, y barba poblada. Su esposa, Ana Teresa, o Teresa Antonia como la llama a veces, tiene la belleza de las mujeres de linaje español, blanca, de pelo abundante oscuro, rasgos delicados y expresión resuelta pese a la mirada estrábica, el cuello grácil y las formas turgentes, que sus doce embarazos seguramente acentuarían. Guzmán reclama sus quejas, sus celos y a veces su indiferencia, tal vez premeditada, pero es su confidente y la persona de sus afectos más profundos. El carácter firme y paciente de Ana Teresa probablemente mantiene estable el matrimonio, que se vuelve a celebrar el 14 de febrero de 1873, por la nueva ley del matrimonio civil.

La familia es el centro de los afectos permanentes de Guzmán Blanco, y es claro que sólo confía en su gente, sobre todo en su padre, varias veces ministro de sus gabinetes y consejero en las decisiones políticas y en cuestiones de negocios, aunque lo consulta cada vez menos

por su edad avanzada. Su cuñado Simón Ibarra, su hermano Juan de Mata, su hijo mayor Juan, su tío político Diego Bautista Urbaneja, su cuñado Manuel Antonio Matos, pertenecen a su círculo de confianza, pero a la hora de las decisiones poco cuentan.

Los dictados del interés político o de negocios tejen las amistades, o simples relaciones, que siempre sirven para algo, y por lo mismo son poco estables. Además, dada su poca tolerancia con quienes lo contradicen, suelen terminar abruptamente. Al revés, es leal a toda prueba con quienes lo ayudan o ayudan a su familia en circunstancias difíciles. Con José Tadeo Monagas, que conmutó la pena de muerte a su padre, mantiene un sentimiento público de agradecimiento y de solidaridad que se extiende a su familia. Hacia Juan Crisóstomo Falcón, "de quien fui su preferido [...] porque fui su servidor más constante, sin reservas de ninguna clase", tiene sentimientos de inquebrantable lealtad.

Pero son muy pocos los amigos constantes y pocos los que cuentan con su amistad sincera, de igual a igual, aunque su círculo social es amplio, entre funcionarios, políticos, hombres de negocio y adulantes, todos infaltables en las reuniones sociales a las que es tan afecto. Para Guzmán, los agasajos tienen un valor utilitario, anima a los liberales a que organicen comidas, banquetes y bailes en sus residencias como medio para neutralizar enemigos y ganar adhesiones.

José María Rojas es uno de los pocos amigos de Guzmán, el único de su juventud. Residenciado en Europa en los setenta, y, aunque no es un liberal militante, sigue siendo su estrecho colaborador, como diplomático, agente fiscal y gestor de negocios en los que tienen interés común. Pese a que se distancian por varios años entre 1883 y 1893, es el único de su círculo que le habla de tú a tú, y que se anima a recriminarle cuando su ambición de poder desborda. Comparten gustos e inclinaciones, el disfrute de la lectura, de las manifestaciones de la cultura y de los refinamientos de la vida burguesa que en esa época se vivía en París. La ciudad donde los dos se sienten a gusto.

Demoledores y revolucionarios

En 1876 Guzmán decide hacer un alto en su carrera política. Su vida privada se resiente, está cansado física y espiritualmente, según declara, y espera que un viaje con la familia repare el desgaste. Pero la fati-

ga no es sólo suya, el rechazo de la autocracia guzmancista aparece entre los mismos liberales, que se unen a los desatendidos intereses agrarios y a sus enemigos de siempre, en la presión por el cambio.

A la convocatoria de ese año para elegir Presidente se presentan nueve candidatos, todos militares de los "liberales de Antonio", de los que sale electo el general Francisco Linares Alcántara, que se juramenta el 2 de marzo de 1877, con la promesa de continuar la obra del guzmancismo. Ya fuera del gobierno, Guzmán asiste a inauguraciones, banquetes, homenajes y actos de condecoración. Pero arrecian los insultos y denuncias en su contra, el gobierno anula algunas decisiones, como el contrato del Ferrocarril Caracas-La Guaira con Antomarchi Herreros, descalificado por Modesto Urbaneja, su tío político, y también lo acusan de controlar a Alcántara, a quien el Congreso consagra como "Gran Demócrata".

El ambiente hostil acelera el viaje a Europa que Guzmán inicia el 18 de mayo de 1877, con su esposa, su numerosa prole y un séquito de parientes y personal a su servicio. Poco después, molesto, renuncia al cargo de Ministro Plenipotenciario y a otros nombramientos conferidos por los círculos de aduladores.

Los antiguzmancistas denuncian el personalismo del régimen, tanto por Guzmán Blanco como por Linares Alcántara: no hay "otra novedad sino la sustitución de unos hombres con otros. En lugar del Ilustre Americano, tenemos al Gran Demócrata", comenta un diario conservador. La polémica periodística, sobre todo en *La Tribuna Liberal* del general Nicanor Bolet Peraza, un guzmancista arrepentido, la persecución de gente de los círculos de Guzmán, las críticas y burlas sobre Guzmán, la posición poco categórica del propio gobierno, caldean los ánimos y dan fuerza a los partidarios del cambio.

Entre los pocos defensores abiertos de la gestión de Guzmán Blanco se conoce la posición del general Joaquín Crespo que le da firme respaldo en una carta pública; en París, el propio Guzmán escribe *En defensa del septenio*, a comienzos de 1878. Meses antes había dejado Venezuela confiado en que las críticas serían pasajeras, ahora sufre una fuerte decepción. Su vida de placeres mundanos en París se descompone por el abatimiento que le producen las noticias de la radicalización de la reacción antiguzmancista.

La tensión que va en aumento, mientras el gobierno juega a dejar hacer, estalla por la convocatoria a una asamblea constituyente para poner en vigencia la Constitución de 1864, lo que significa restablecer el período de cuatro años y posponer las lecciones previstas para 1878. Desde Trinidad, Joaquín Crespo y Diego Bautista Urbaneja denuncian esto como un golpe de Estado y suenan otra vez los tiros de la revolución. La inesperada muerte del presidente Linares Alcántara no interrumpe el movimiento antiguzmancista. La Constituyente se reúne en diciembre, anula todos los honores a Guzmán Blanco y ordena demoler las estatuas: la ecuestre de la Plaza Guzmán Blanco, y la pedestre del Paseo El Calvario.

Los "demoledores" en el gobierno buscan echar de un todo a los guzmancistas. Desde París, Guzmán Blanco exhorta a los caudillos y factores políticos a levantarse contra Caracas, ofrece enviar armas, municiones y hasta un vapor, y comunica sus planes políticos. En contraste con su lucha contra los caudillos locales y contra la resistencia a la autoridad del poder central en Caracas en el septenio, Guzmán convoca ahora a los caudillos y políticos liberales para que "se pongan en armas [y] protesten contra la usurpación de Caracas".

La "Revolución Reivindicadora" estalla en Valencia y sus tropas avanzan hacia Caracas; en pocos días los liberales demoledores se enfrentan con los revolucionarios en una feroz batalla en la ciudad de La Victoria. Nada dividía a estas facciones más que el rechazo intransigente de Guzmán Blanco de unos y la defensa a ultranza de otros. La derrota de los demoledores deja a Guzmán otra vez como jefe supremo, aunque no hay héroe reivindicador porque otros han dado la batalla por él. Próximo a cumplir 50 años, el héroe de abril se dispone a dejar París para intentar pisar a Venezuela por todos los lados. El país esperaba para "aclamar al Ilustre Americano", como anuncia el general Gregorio Cedeño, jefe de las fuerzas revolucionarias.

Una fugaz autocrítica aparece en una de las cartas de Guzmán cuando, después de defender su gestión, acepta que fue "una falta quizás" aceptar las lisonjas, pero, explica con improbable ingenuidad: "yo creí que todo aquello era verdad", y agrega que "me pareció que se hacía para crear un prestigio invulnerable, indispensable para consolidar

aquella difícil obra". Así escribe al general Jesús María Aristeguieta, el 3 de enero de 1879.

Guzmán, se creía merecedor de los homenajes con total seguridad en sí mismo y en su capacidad para manejar el país y sus hombres. Es una capacidad que se apoya en su inteligencia, su preparación general, su intuición y su experiencia, no en los libros. Su biblioteca de más de 5000 volúmenes, responde más al interés en la propiedad de una biblioteca importante que distingue a todo hombre culto, como se veía a sí mismo, que a su condición de lector avezado. Sus intereses son variados, tiene gran curiosidad, muy buena memoria y los libros reafirman, complementan y dan solidez a su actuación y a sus convicciones.

Ana Teresa Ibarra de Guzmán con una de sus hijas

Misión **suiza**

"Yo diviso horizontes felicísimos para Venezuela"(...) "yo recomiendo a la consideración pública, las instituciones de la libre y feliz Suiza", así ve y proyecta Guzmán el porvenir de su país en el mensaje escrito en París el 7 de enero de 1879, "A sus conciudadanos".

Después de la humillación sufrida por los "demoledores", regresa como el salvador de Venezuela, no sólo porque así se ve en la desmesura de su ego, sino porque se lo dice la comitiva de venezolanos que lo recibe en St. Thomas. Aclamado y adulado, arriba a Puerto Cabello el 21 de febrero, llega a Valencia para agradecer la gesta revolucionaria, y sigue por mar hacia La Guaira. Caracas, declarada campamento militar, espera que el director supremo de la revolución reorganice la República. Esta vez trae en sus maletas un nuevo modelo para armar: "la suiza".

En 1879 se inicia la segunda época de la Regeneración, "El Quinquenio", que tiene ahora como meta la reforma institucional para despersonalizar el poder, según el modelo suizo; la urgencia y bondades del proyecto constitucional que propone es su caballito de batalla. Intentará también concretar ahora importantes proyectos que el país espera y también organizar el espectáculo de la "Apoteosis de Bolívar", que es también la suya. En el plano personal proclama su aspiración de que, finalmente, Venezuela lo libere de su papel de salvador para dedicarse en Europa a la educación de sus hijos y a la vida familiar.

Modelo para armar

Guzmán entra a Caracas el 25 de febrero de 1879, aclamado por los de arriba y por la población en las calles. Después del tradicional *Te Deum* pasa por la Casa Amarilla, y llega a su casa de la calle de Mercaderes. Al día siguiente toma posesión del gobierno y nombra los ministros, entre ellos, sólo dos militares: el jefe de las tropas de la Revolución, el general Cedeño, en Guerra y Marina, y su cuñado, el general Andrés Simón Ibarra, su secretario particular. El mensaje: ésta no es una revolución de caudillos compitiendo entre sí.

El nuevo proyecto de Guzmán es cambiar las instituciones "sustituyendo el Derecho político de la Confederación Helvética al Derecho público de los Estados Unidos de la América del Norte, que hasta ahora nos ha servido de norma, sin el buen éxito alcanzado por nuestro modelo". Es una nueva visión de los problemas. No son los caudillos, ni los conservadores los enemigos del progreso, sino las instituciones que no funcionan, el modelo no sirve. Suiza es el nuevo referente, y Guzmán está seguro de que su modelo institucional será adoptado porque nada se opone a sus decisiones. Ordena que se imprima y distribuya la Constitución suiza para que los representantes del Congreso de Plenipotenciarios de los Estados, que se reúne el 27 de abril, se familiaricen con el modelo.

Pero no todo es mirar hacia adelante como parece. Guzmán no olvida fácilmente, acostumbra a cobrar las cuentas, como queda demostrado en una publicación que circula con el título de *Para mis hijos. Lista de los enemigos de mi nombre y de mi gloria que, amotinados en forma de convención revolucionaria, derribaron en un día de anarquía las estatuas que me había levantado la gratitud de los pueblos de Venezuela.* La lista es el genio y la figura de Guzmán. Los demoledores son sus enemigos, las estatuas, una justa expresión de gratitud, y para sus enemigos va el mensaje: quien las hace las paga, así fuera legando sus nombres a la descendencia. El impreso es mal visto incluso entre gente de su círculo, así que intenta suavizar el mensaje en una circular y también publica la lista de los amigos leales. Pero hay mar de fondo.

En el plano público-privado no cesan los homenajes, banquetes y otros agasajos como parte de la estrategia de aceptación de quienes tienen poder, o lo buscan, o le hacen carantoñas. De Francia, Guzmán

trae personal que le sirve en su residencia y un "cocinero [que] ha producido gran sensación en todos mis convidados"; a diario almuerza y cena con ocho, diez y hasta doce invitados, y organiza banquetes a militares, diplomáticos y distintas personalidades. La pomposidad y el estilo jactancioso, por otra parte, parecen más ostensibles que antes; los asombrados caraqueños ven a Guzmán pasear a caballo, vestido en uniforme de Mariscal de Francia, aunque proclama su superioridad sobre los mariscales franceses. Pero esto sólo agrega anécdotas al gusto de Guzmán por la ostentación de su rango y jerarquía, aunque en este caso fuera un rango prestado.

El 27 de abril, fecha de festejos y ocasión para exhibir galas y condecoraciones, convencido Guzmán, en su indisimulable mantuanismo, de que la ostentación de los símbolos de poder intimida e impone respeto y acatamiento, se instala el Congreso de Plenipotenciarios de los Estados, con diputados seleccionados sólo entre guzmancistas. Guzmán reitera su objetivo: "mi misión es realizar la segunda parte de la Regeneración; es decir, fundar el gobierno de la república federal, con impersonalidad absoluta". El Congreso debe darle forma legal a estas ideas: reducir los estados de veinte a siete; reformar el poder judicial dando más fuerza a las cortes de los estados; dejar las garantías y derechos individuales y el Poder Legislativo igual; reformar el Poder Ejecutivo a imagen de la Constitución suiza: crear un Consejo Federal integrado por los legisladores electos, entre quienes se seleccionaría el Presidente cada dos años.

Por lo pronto, el Congreso restablece la Constitución de 1874, anula las actuaciones anteriores y ordena reponer las estatuas demolidas. Guzmán, sin embargo, se hace el desentendido y demora la reinstalación de los "muñecos". Seguramente esperando el clamor popular, y también para no mostrarse muy personalista cuando se empeña en cambiar las instituciones, al modo de Suiza. Eso excusa su propio pecado.

Los viejos problemas, sin embargo, siguen ahí: los rumores de alzamientos, las rivalidades, el rescoldo de los viejos conflictos, y su voluntad de control. Así que divide al país en cinco distritos militares a cargo de generales guzmancistas con un plan de acción inmediata para casos de alteración del orden. Sin duda sigue el mar de fondo y de vez en cuando se agita la superficie. Pero nada grave pasa.

Esperando el milagro suizo

Predomina la paz y, como de costumbre, Guzmán se ocupa de los temas privados: la familia, las enfermedades de los hijos, la compra de juguetes para que su hijo Bernardo Antonio, enfermo en Europa, lo recuerde; su disgusto por las visitas constantes del médico a su casa en París "estando yo ausente"; los achaques y debilidad de su padre; las propiedades, la hacienda "Guayabita" en Turmero, que siempre visita, la casa contigua en Caracas que quiere comprar para ampliar la suya, el envío a Ana Teresa de queso de mano y casabe; los gastos de su suegra.

La situación de paz merece un comentario contundente en la carta del 5 de marzo a Ana Teresa que sigue en Francia con la familia: "No hay partido: todo es Guzmán Blanco". Tan bien marcha todo que en año y medio espera cumplir con su programa, "Estoy haciendo mi milagro", aunque poco después se queja del desastre que ha dejado el gobierno de Linares Alcántara. Además, tiene interés en demostrar que no exige lealtad a sus colaboradores, y lo prueba nombrando jefe civil y militar de Guayana al conservador Federico Dalla Costa.

La actividad de gobierno es intensa. Guzmán está en pie a eso de las seis de la mañana y a diario reúne a su gabinete a las nueve para atender la agenda de trabajo que incluye: contratos, nombramientos, inauguraciones, nuevas leyes. Su plan inmediato es encaminar la gestión y dejar un encargado para buscar a su familia que reside en una villa en Royat, cerca de Clermont-Ferrand. El viaje es autorizado por el Congreso que le aprueba viáticos por cien mil venezolanos. Anuncia que regresará en dos meses, pero lo hace seis meses después.

Para muchos, la verdadera razón del viaje es su desmedido gusto por los halagos y homenajes que espera recibir. En Martinica, primera escala del *Ville de Brest* que lo lleva a Francia, lo agasajan con una recepción oficial y fiestas populares. Agradecido, regala a la isla ocho mil francos. En Saint Nazaire lo reciben las autoridades, hay salvas de cañón, desfile, presentación de armas, procesión de carrozas, brindis con champagne; en París también lo esperan con honores, el presidente Jules Grévy lo recibe en audiencia pública y lo obsequia con un banquete en el Palacio del Elíseo. Guzmán retribuye con un banquete.

Finalmente se reúne con su gente: la esposa, los hijos, la suegra, cuñadas, cuñados, y un séquito que va y viene, el personal de servicio,

los maestros de los niños, los funcionarios y amigos venezolanos; el más asiduo y más cercano es José María Rojas, culto y con muy buenos contactos y tan arrogante y jactancioso como él. Los meses pasan en Europa entre Royat, sus estancias en París, un viaje al balneario de moda en Deauville en agosto, el ritual de las aguas termales, esta vez en Pougues-les-eaux, donde pasa una temporada con su hijo Antonio Leocadio, que pide que le escriban en francés y no en español; a su servicio están Leonardo y "el negro" Juan Sabroso, que cuida a su hijo y se quieren y entienden bien. Allí recibe a sus cuñados Manuel Antonio Matos y su esposa María. También pasa unos días el académico colombiano José María Torres Caicedo, que al parecer controla las lecciones de Leocadio, un lujo de tutor.

En septiembre, asiste en Bruselas al III Congreso de Americanistas, lo reciben a su llegada autoridades y edecanes del rey, "una verdadera ovación" del pueblo que colma la estación; el rey está ausente, pero le escribe a Ana Teresa: "dicen que viene hoy sólo por obsequiarme mañana". El rey efectivamente lo agasaja con una comida.

Lee con atención las informaciones de Venezuela, pero demora el regreso, pese a que le reclaman la imprudencia de su alejamiento. Se siente seguro, tanto que escribe "no creo que el país pierde con mi ausencia", y cavila que si a su regreso todo marcha bien y en paz, estaría en libertad de volverse a Europa definitivamente. Si, al contrario, encuentra al país en guerra civil, significará que no es posible la paz, ni el orden, ni el gobierno, y "que debemos [la familia] abandonar la patria de un modo definitivo".

Ni siquiera uno de los más grandes escándalos de su gestión, el *affaire* del "Protocolo Rojas-Pereire", perturba su voluntad de ver las cosas desde la distancia. El macroproyecto de grandes concesiones e inversiones en Venezuela propuesto por el célebre financista Eugenio Rodrígues Pereire, que se conoce en septiembre, lo firma en París José María Rojas por instrucciones de Guzmán. Las fuertes críticas en Caracas, incluyendo las de su padre Antonio Leocadio, son respondidas con encendida arrogancia por Guzmán, pero el Protocolo no pasa.

La enfermedad de uno de los hijos, Diego Antonio, que dura meses, y toda la preparación de la mudanza retrasan la vuelta a Caracas. Noches antes, José María Rojas le organiza un suntuoso banquete en el

Grand Hotel de París, con asistencia de grandes personalidades del mundo de la política, los negocios y las letras, de Francia y países latinoamericanos. A fines de noviembre está de regreso en Venezuela.

Después de los agasajos y actos de bienvenida que tanto disfruta, reasume la Presidencia a tiempo para el homenaje a Bolívar en el año 49 de su muerte. De Francia trae de obsequio dos magníficos candelabros de Bacarat para el Panteón, y también ordena editar las memorias del general Daniel F. O'Leary, el edecán del Libertador. Comienza 1880 con el ritual de una gran celebración oficial en el Palacio Federal y un baile en la Casa Amarilla. Aunque los rumores de alzamientos no cesan, el nuevo año se inicia en paz, pero antes de terminar enero estalla la rebelión de Pío Revollo en Ciudad Bolívar, "ya tenemos el toro en la plaza" anuncia Guzmán a sus ministros. En pocas semanas, el movimiento es dominado y Revollo es degradado y puesto en prisión, hasta que Guzmán lo indulta en 1886.

En la hacienda Guayabita, conferencia a mediados de enero de 1880 con los cinco delegados militares sobre las reformas constitucionales. Guzmán procura convencer de que la despersonalización del poder, obra de la nueva Constitución, resolverá el problema político y alejará las revoluciones que nacen por un exceso de poder del Ejecutivo. Como si pudiera así exculpar sus propios excesos de poder, insiste en que la reforma institucional y el debilitamiento de los poderes del Presidente evitarían las perversiones que rodean el cargo. En marzo, pasado un año de la Revolucionaria Reivindicadora, el Congreso practica el escrutinio de las elecciones presidenciales y confirma a Guzmán para los siguientes cuatro años. Se dedica entonces a debatir el modelo *à la suiza* y, una vez aprobadas las reformas, son remitidas para la consulta a las Legislaturas de los Estados.

Mientras se cumple el procedimiento, avanza el programa de obras públicas: se inaugura el teatro más imponente de Caracas, el "Guzmán Blanco" (hoy Municipal) en los terrenos de la iglesia de San Pablo; se firma el nuevo y definitivo contrato de construcción de los ferrocarriles La Guaira a Caracas y Puerto Cabello a Valencia. Los proyectos y las inauguraciones siguen señalando la gestión guzmancista como la más eficiente del siglo. Con el nombre Guzmán Blanco bautiza una y otra vez, acueductos, puentes, edificios, y la patria agra-

decida, ignorando las protestas de Guzmán, levanta más estatuas en su honor.

La gestión reafirma su impronta también en la creación de los instrumentos de información y memoria de los recursos y actuaciones administrativas y en la composición de los símbolos llamados a sensibilizar la identidad nacional: el *Libro Amarillo*, que presenta cada año lo actuado en el Ministerio de Relaciones Exteriores; el segundo censo de población; el canto *Gloria al Bravo Pueblo*, de Juan Landaeta, adoptado como Himno Nacional.

La Constitución, "la suiza", finalmente es presentada para el ejecútese el 11 de abril de 1881. Bajo sus disposiciones disminuye el poder del sufragio; el voto es directo, público y obligatorio para los miembros del Congreso, pero el Presidente se escoge cada dos años entre los miembros del Consejo Federal integrado por representantes de los estados, que, a su vez, disminuyen de veinte a nueve. Al recibir la nueva Constitución, Guzmán Blanco exclama "Nuestra obra está cumplida", y declara "para siempre abrogado el poder personal". Dispuesto a demostrar consecuencia, se esfuerza, ayudado por su padre, en persuadir a sus seguidores de la sinceridad de su rechazo a una nueva Presidencia, pero sus no convencidos seguidores vencen su voluntad, y lo eligen para un nuevo mandato.

El general Antonio Guzmán Blanco durante su retiro en París

El personalismo **despersonalizador**

Uno de los argumentos de Guzmán en favor de las reformas constitucionales señala que todas las "revoluciones" buscan conquistar la Presidencia por el poder y privilegios del cargo; todos aspiran a ser Capitán General, afirma. Por lo tanto, debilitando la Presidencia se eliminan las ambiciones y el personalismo. Tan pronto como se aprueba la Constitución, Guzmán da como un hecho que el personalismo es anulado, sin duda sobrevalorando las reformas como solución a los problemas políticos.

Desde luego, poco cambia en los hechos con la nueva Constitución, los rumores y los episodios insurreccionales, y el poder e influencia asociados a la Presidencia, continúan. Guzmán recibe denuncias de conspiraciones, que niega, con ingenuidad o cinismo, porque ya no hay caudillos, ni posibilidad de guerrillas y la alternabilidad funciona. Pero aclara: por las dudas "yo vivo preparado para todo".

Vivir preparado para todo significa afrontar una realidad que resiste la guzmanización y que a veces se deja y a veces no. El país ha vivido casi dos décadas atrapado entre el guzmancismo de los proyectos que intentan modernizar y fortalecer las instituciones, el crédito del país, las comunicaciones, los servicios y la apariencia de las ciudades, y el que alimenta las críticas de la oposición dominada por el personalismo, los abusos de poder, la corrupción, las manifestaciones de vani-

dad y la egolatría. La ambición que proclama Guzmán es despersonalizar el poder a través de la nueva Constitución, que es irónicamente producto de su ejercicio personalista, porque es obvio que nadie más que él cree en las bondades de "la suiza". Las dos últimas gestiones, entre 1879 y 1887, evidencian que el personalismo está más vivo que nunca en el sistema político.

Tradicionistas francos y evolucionistas solapados

Sin duda, la retórica de Guzmán es fecunda en el intento de fabricar mitos; en marzo de 1882, al asumir la Presidencia bajo la nueva Constitución, declara que el pueblo "es hoy ya dueño verdadero de sus destinos" y que su "personalidad no entra para nada en la situación". Las corporaciones oficiales lo oyen y lo aplauden, pero saben que todo sigue dependiendo de la voluntad del Presidente; la realidad, como la resume Francisco González Guinán, uno de sus seguidores más consecuentes, es que "la presencia del señor General Guzmán Blanco a la cabeza del Gobierno inspiraba plena confianza a todos los gremios sociales".

Precisamente, el argumento de que él es garantía de los negocios lo aferra al poder. Con su característica arrogancia escribe tiempo después que sólo él puede atraer inversiones porque "mis antecedentes me han dado la notoriedad y el crédito necesarios para que todos los centros monetarios de Europa me oigan". Es su doble discurso: el país no lo necesita pero su presencia es imprescindible.

En el "Quinquenio" y en el "Bienio" se aprecia claramente que el personalismo guzmancista divide a los liberales, por un lado los tradicionistas francos, los fieles al tradicional liderazgo de Guzmán, y los evolucionistas solapados que promueven tímidamente un Liberalismo que evolucione más allá de la presencia del Ilustre Americano. Este es el tema central de la política venezolana hasta que Guzmán queda desplazado del poder.

Aunque el país ha alcanzado un orden legal, burocrático y fiscal más completo y moderno que antes, los cambios son más débiles en otros aspectos. La sociedad y la economía, sin duda menos desdibujadas, siguen siendo débiles frente a los arbitrios del Estado, aunque el proyecto descansa en la concepción liberal de una sociedad dotada de recursos propios de crecimiento sin intervención de los gobernantes

de turno, un proyecto que la Constitución de 1881 supuestamente contribuiría a fortalecer.

La agroganadería y la ocasional explotación de otros recursos: oro, sarrapia, dividive, son la base económica. La agricultura es fundamentalmente café y cacao, dos productos que tienen demanda en el mercado internacional de productos no esenciales. Además, tanto el cacao que está en decadencia, como el café, en ascenso, tienen precios inestables y condiciones de producción siempre amenazadas por distintas circunstancias locales, como la invasión de langosta en 1883, o internacionales, como las caídas de precios. No obstante que las condiciones económicas generales son mejores y la administración fiscal es más eficiente, la precariedad está siempre al acecho. El insuficiente apoyo financiero y la falta de estímulo a la producción son dos grandes debilidades del guzmancismo.

No falta uno que otro alzamiento, o "revolución", como la de 1882 que dura dos semanas y le permite a Guzmán mostrarse magnánimo al conceder salvoconducto a dos nietos del general José Tadeo Monagas, implicados en el movimiento. La petición de la abuela de los jóvenes Giuseppi reactiva el recuerdo de la vieja deuda con quien había salvado la vida de su padre. Pero fuera de episodios como éste y de las tensiones políticas que crea su presencia, Guzmán ejerce con flema el poder, y acepta con naturalidad los homenajes, que también recibe su padre, honrado con una estatua en la plaza de San Jacinto, rebautizada en su honor "El Venezolano". En largos recorridos inspecciona e inaugura obras públicas y visita sus posesiones en poblaciones de los estados vecinos, donde, acompañado por un numeroso séquito que incluye a sus hijos mayores, recibe un agasajo tras otro.

La contabilidad de la política del progreso suma y sigue: se aprueban los códigos de procedimientos criminales, militar y de hacienda, las leyes de organización de los territorios del sur; el gabinete sanciona un contrato tras otro para explotar los ricos recursos naturales del país, o impulsa distintos proyectos de inmigración o servicios. Las puertas del mundo moderno siguen abriéndose, sobre todo a la tecnología que acorta distancias: en 1882 se inaugura el teléfono en Caracas, también corre el tranvía entre el Palacio Federal y Puente Hierro, atravesando el río Guaire, y se adelanta la construcción de los ferrocarriles.

Sus proyectos personales, no desligados de los públicos, son: acrecentar y consolidar su fortuna personal y reforzar la retícula de sus relaciones con grupos económicos y la alta sociedad europea; y en esto los resultados son de extraordinario provecho para sus intereses.

Bolívar endiosado y Guzmán aclamado

El programa más cuidadosamente diseñado y más pomposo de los que Guzmán cumple durante sus tres gobiernos es, sin duda, la Apoteosis de Bolívar, que celebra el centenario del nacimiento del héroe. La preparación está a cargo de la Junta del Centenario que crea el decreto del 9 de septiembre de 1881; la integran, Antonio Leocadio Guzmán, Arístides Rojas, Agustín Aveledo, Pablo S. Clemente, Fernando S. Bolívar, Andrés A. Level, y Manuel Vicente Díaz.

La Apoteosis es concebida como una exhibición del progreso venezolano y, por lo mismo, es también, o más, una celebración del régimen y de la persona de Guzmán Blanco. González Guinán, Presidente de la Cámara de Diputados, inaugura las sesiones de 1883 diciendo: "Los grandes hombres no concluyen, se complementan; y Guzmán Blanco ha venido a ser, para bien de Venezuela y honra de la América, el complemento brillante de Bolívar" (...) "La gloria de Bolívar necesitaba marchar acompañada de la gloria de Guzmán Blanco". La Apoteosis no pretende sólo deificar a Bolívar, sino glorificar también a su complemento, Guzmán Blanco.

La celebración comienza el 23 de julio de 1883 con el ritual del *Te Deum*; la ciudad está llena de personalidades, altos funcionarios, miembros de las comisiones de países extranjeros, invitados de Guzmán Blanco, gente de la política, de la cultura y de los negocios. En la noche, los fuegos artificiales y una novedad –la iluminación eléctrica– pone a brillar la ciudad. El 24, día del natalicio, una procesión sale del Palacio Federal al Panteón, donde Guzmán declara inaugurado el Centenario en "la nueva Venezuela, la Venezuela transformada, esta Venezuela de hoy; esta es la Venezuela que en la mente del Eterno debía hacerle la más digna apoteosis al semidiós de Sudamérica". En la noche, en el teatro Guzmán Blanco, comienza la Apoteosis con un discurso leído por el joven Antonio Leocadio Guzmán Ibarra, seguido de música y otros discursos.

El acontecimiento dura más de un mes, y en cada día de la primera semana hay un programa especial de actos, un día se instala en el Paraninfo de la Universidad Central, donde el día anterior se ha inaugurado una estatua del Libertador, la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la española con los académicos, general Guzmán Blanco y Antonio Leocadio Guzmán; otro día se identifica con una placa la casa natal del Libertador; el 1 de agosto se inaugura la Santa Capilla, una modesta imitación de la iglesia de igual nombre en París. Pero hay dos obras centrales que son el orgullo de Guzmán Blanco: el Ferrocarril La Guaira a Caracas y la Exposición Nacional.

El ferrocarril es su empresa más ambiciosa, que logra arrancar con el contrato otorgado al norteamericano William Anderson Pile, en 1880. Este aventurero, sin títulos ni avales excepto su palabra, finalmente construye y entrega en dos años la línea de ferrocarril que une el puerto con la capital, sin duda una proeza de trabajo jamás vista en el país. El compromiso era que la locomotora entrara a Caracas para la celebración del centenario de Bolívar y, efectivamente, el 25 de julio en la mañana, llega a Caracas y sale a La Guaira con la familia presidencial, los ministros y otras personalidades a bordo. En Macuto se sirve un almuerzo con brindis y discursos, y al día siguiente suben a Caracas en el tren. Es la primera línea de pasajeros y se exhibe como el símbolo de la era de progreso que ha entrado en Venezuela.

El 2 de agosto hay una doble inauguración: se abre el Palacio de la Exposición acondicionado por el ingeniero Jesús Muñoz Tébar frente al Capitolio, y se instala la exposición al modo de las que se celebran periódicamente en las grandes ciudades del mundo para exhibir el progreso de las naciones. Guzmán, muy afecto a tales exposiciones, aprovecha esa ocasión para mostrar cuánto habían progresado los 2.121.988 venezolanos de entonces bajo su ilustrada conducción.

La Exposición Nacional del Centenario, que recibe más de 62.000 visitantes, exhibe una profusa muestra de todo lo que se produce o circula en el país o tiene razón de ser en función del prestigio de Venezuela y del régimen de Guzmán. Termina la Exposición, después de un mes, con las premiaciones y el homenaje a Guzmán que recibe una medalla de oro con un bajorrelieve de Bolívar y del mismo Guzmán en

cada cara y en el reverso la inscripción: La *Junta Directiva del Centenario a Guzmán Blanco, Autor de la Apoteosis de Bolívar.*

En los meses que faltan para terminar el quinquenio en 1884, la maquinaria de producir progreso no se detiene: continúan las inauguraciones, los decretos de nuevas obras y las resoluciones. Se inauguran la línea telefónica entre Caracas y La Guaira, el alumbrado a gas para Caracas, los baños de Macuto, las líneas férreas hacia El Valle, de Maiquetía a Macuto, de la Ceiba a Sabana de Mendoza, proliferan las resoluciones administrativas, se aprueban nuevos ferrocarriles, nuevos contratos, disposiciones sobre títulos de deuda pública. Guzmán pasea por los estados Aragua y Carabobo entre enero y febrero de 1884, entre inauguraciones y honores y banquetes.

En los conciliábulos guzmancistas se habla de la sucesión presidencial pero sin mucha pasión, habida cuenta de que los dos nombres que suenan, Francisco González Guinán y el general Joaquín Crespo, corresponden a los tradicionistas francos. El 29 de abril el Consejo Federal elige a Crespo, y Guzmán se retira tranquilo al saber que cuenta con uno de sus firmes leales. Como era de esperarse, Crespo lo nombra Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Gran Bretaña, Bélgica, España, Italia y ante su Santidad el Papa, además tiene el cargo de agente fiscal en Francia y autorización para contratar acuñación de moneda.

El 2 de junio de 1884, después del banquete de la lealtad, último de otros suntuosos agasajos de despedida, viajan Guzmán y su familia, con dos niños más: Roberto Antonio, que sobrevive a su gemelo Vicente Antonio, y la menor de las hijas, Ana Teresa, nacida el año anterior, que lleva el mismo nombre de su madre y de su hermana fallecida en la infancia; son doce personas que se embarcan rumbo a Nueva York. Unas semanas después reciben la noticia de la muerte de Simón Ibarra, hermano de Ana Teresa; es un fuerte impacto para toda la familia, la que viaja y la de Caracas, que ya ha sentido en 1882 la muerte de otro hermano, Roberto Ibarra No es la única pérdida familiar ese año: el 13 de noviembre muere Antonio Leocadio Guzmán, pero a sus 83 años es un desenlace esperado.

Los Guzmán Ibarra permanecen varias semanas en Nueva York, donde Guzmán Blanco es agasajado, se entrevista con el Secretario de Es-

tado, y asiste a la inauguración de la estatua del Libertador en Central Park y otra en Washington. Luego siguen viaje a Europa. En Londres presenta credenciales diplomáticas a la reina Victoria, pero sin resultados en las gestiones diplomáticas sobre el conflicto territorial del Esequibo, en Guayana. En cambio logra resolver el conflicto con Francia por desacuerdos sobre la deuda venezolana, que mantenían rotas las relaciones entre los dos países.

Su familia se instala en la villa de Royat, y con ellos se reúne entre viaje y viaje, pero por lo general la comunicación es por carta, también el medio para tratar temas urgentes como la enfermedad de Diego Antonio, y los problemas de salud de Ana Teresa. Los viajes de Guzmán son parte de sus funciones diplomáticas, pero cada viaje es aprovechado para entablar relaciones e ir nutriendo la red de sus contactos. En noviembre de 1884, asiste en Madrid a las exequias del rey Alfonso XII, y allí permanece casi un mes. La Real Academia lo recibe y él, que tiene aspiraciones literarias, se siente realmente halagado. A fines de diciembre se reúne con la familia en Royat hasta enero de 1885.

En Caracas se discute otra vez la sucesión presidencial. Crespo, fiel guzmancista, encabeza el movimiento de la aclamación que pide el regreso de Guzmán. La actividad electoral está en marcha a mediados de 1885, cuando vuelve el juego de ocasiones anteriores: Guzmán Blanco en el papel del que se niega a aceptar "la Presidencia, aún siendo unánime la simpatía de los pueblos"; los guzmancistas, en representación de la voz de los liberales más puros, los "regeneradores, reivindicadores, tradicionistas", y finalmente los liberales evolucionistas, es decir no guzmancistas, y los antiguzmancistas históricos, los conservadores, unidos en impedir un nuevo capítulo de la epopeya guzmancista. A la vez dos métodos en la oposición, los que combaten con la pluma y los que confían más en la pólvora.

Guzmán Blanco que encarna, más que ningún otro político de la historia venezolana, los excesos del personalismo, proclama su empeño en convertirse en el adalid del impersonalismo, del poder de la política sin nombre y apellido, "a la suiza". Y los guzmancistas juegan a convencerlo usando su mismo argumento. González Guinán dice: "por sus antecedentes, por su posición política, por su poderosa

intelectualidad y por hallarse a la cabeza de un inmenso partido [Guzmán Blanco es] el llamado a crear el impersonalismo y a impulsar a Venezuela por los amplios senderos de la verdadera República. De aquí la universalidad que asumiera su candidatura para el período de 1886 a 1888".

El antiguzmancismo se manifiesta en la prensa que se convierte, otra vez, en el principal instrumento del debate político. Pero también se vuelve a hablar de revolución, el general Venancio Pulgar, el veterano caudillo zuliano, trata de formar desde Trinidad un movimiento para invadir por la costa venezolana con exiliados de Santo Domingo. También se repiten los ataques a los monumentos a Guzmán Blanco, esta vez empiezan en Valencia. En Caracas, los estudiantes de la Universidad protestan contra el milagrero del régimen crespista, Telmo Romero; y es encarcelado un grupo de jóvenes por organizar en marzo de 1885 una parodia de los homenajes a Guzmán que llaman "La Delpiniada" por Francisco Delpino, un aspirante a poeta que toman como sujeto de la burla. Pero todo parece ahogado por la marea de la aclamación. Los revolucionarios, derrotados, marchan al exilio otra vez y uno de los buques armados, es confiscado y rebautizado *Guzmán Blanco.*

Las manifestaciones guzmancistas no son sólo orquestadas a lo largo del país, también en el exterior; los comerciantes de Nantes, Saint Nazaire, y Hamburgo, que tratan con Venezuela, piden a Guzmán un nuevo sacrificio. La Prensa Asociada de Venezuela, que agrupa a 67 periódicos, se suma al "concierto de la Aclamación". La prensa guzmancista publica los pronunciamientos en favor de Guzmán en *El voto de Venezuela*, un lujoso volumen de 1500 páginas de cantos dorados, encuadernado en piel con inscripción repujada en oro, presentado en un estuche de madera pulida forrado internamente en terciopelo. Por supuesto, el libro ocupa un lugar especial en la biblioteca de Guzmán Blanco, de la que estaba muy orgulloso.

En diciembre escribe desde París: "Esas elecciones [las primarias] son las que han de darme los elementos de Administración que necesitaré". La aclamación le gana la batalla a la dudosa resistencia de Guzmán. Al concluir el gobierno de Crespo, se instala el nuevo Consejo Federal, el 26 de marzo, que al día siguiente elige por unanimidad al

general Guzmán Blanco para el período presidencial 1886-1888. Durante más de un año el país ha estado en suspenso deliberando sobre la sucesión y ahora por varios meses más esperará la llegada del gran despersonalizador que permanece en París.

Venezuela no está en su mejor momento. Fuera de la paz, un bien que se aprecia sólo cuando falta, no había mucho más que acreditarle a la gestión de Crespo, la economía castigada por los bajos precios del café y de otros productos, la plaga de langosta, las cosechas mediocres y el desempleo; el programa de obras públicas en decadencia. Acontecimientos como la llegada de la pianista Teresa Carreño, para ofrecer una serie de conciertos, eran una nota de alegría que contrastaba con otras, como la muerte del editor Fausto Teodoro de Aldrey, director de *La Opinión Nacional*, y de Matea Bolívar, la aya del Libertador, que el 29 de marzo de 1886 llega a su fin, a una edad que nadie sabe a ciencia cierta si son 113, o 120.

Otro asunto que provoca fuertes comentarios públicos remite al viejo tema de las trampas de Guzmán Blanco, y la complicidad del régimen para acrecentar sus bienes personales. En esta ocasión, Guzmán incorpora a su patrimonio una de las mejores propiedades del país, la hacienda de cacao Chuao, en Choroní, estado Guzmán Blanco, patrimonio de la Universidad Central, que es sacada a remate por disposición de la ley que elimina las propiedades de las universidades entregándoles a cambio papeles de deuda pública, supuestamente para mejorar su financiamiento.

Sin sorpresas, en el remate hay una sola oferta por 750.000 bolívares, de Antonio Victorio Medina, administrador de Guzmán Blanco, que actúa por cuenta de su jefe. Su otro administrador en Venezuela por estas fechas, Lorenzo Badillo, acaba de ser designado Ministro de Crédito Público, otra rama de la economía en la que Guzmán tiene fuertes intereses por sus compras de papeles de la deuda pública.

La opinión desfavorable sobre esta operación, sin embargo, no tiene ningún efecto en circunstancias en que el país espera al salvador y organiza los actos de bienvenida. Guzmán llega el 27 de agosto a La Guaira, cinco meses después de su designación ¿Por qué la demora? Hay razones de peso. Su hija mayor, de 18 años, Carlota, es ahora la duquesa de Morny, por su matrimonio, el 1 de julio pasado, con Char-

les Auguste, duque de Morny, hijo del fallecido duque de Morny, hermanastro de Napoleón III, y de una princesa rusa. El esposo de Carlota es nieto de la reina Hortensia de Holanda y bisnieto de Josefina de Beauharnais, la esposa de Napoleón Bonaparte. Por el lado materno, es bisnieto del zar Nicolás I de Rusia. Al igual que Antonio Leocadio, casi seis décadas atrás, el matrimonio vincula a los Guzmán con una familia de alto quilate social. Pero en este caso son palabras mayores.

Como en el caso de la abuela de Carlota Guzmán Ibarra, la alcurnia no viene acompañada de otros beneficios apreciables. El duque tiene más títulos que bienes. Su padre, un personaje de novela fallecido 11 años atrás, inicia su fortuna y su carrera política en Clermont-Ferrand, y alcanza gran poder en la política imperial, Ministro, Presidente de la Asamblea, miembro del Consejo Privado de Napoleón III, vinculado a los negocios del ferrocarril, de la minería, de bienes raíces, fue fundador del balneario de Deauville, socio de los banqueros Pereire, director del *Crédit Mobilier*, y personaje muy conocido de la gran sociedad parisina. Sin embargo, a su muerte, la herencia se enreda en vericuetos legales y para la fecha de la boda Charles no ha recibido su parte.

Guzmán prepara la boda de su hija con gran cuidado. Tanto por la figuración social como por las precauciones que toma para preservar los bienes de Carlota del riesgo de casarse con un hombre acostumbrado a la buena vida y con más habilidad para gastar fortuna que para incrementarla. De modo que hace un minucioso contrato de partición de bienes, seguramente confeccionado por sus abogados, y sin duda bajo su dirección, como era de esperarse por su talento y la experiencia de negocios.

El gobierno de la Aclamación, con Guzmán a la cabeza, dura apenas un año. Ciertamente no tiene ya el mismo interés en gobernar, y como justificación insiste en que las metas de su gestión han sido alcanzadas, la obra de gobierno y los resultados de la Constitución de 1881 así lo demuestran.

Encerrado en su propia egolatría, Guzmán no atiende los signos cada vez más evidentes del desgaste de su liderazgo. Recibe los usuales y frecuentes agasajos y lisonjas viendo con cierta displicencia los intentos de alzamiento, esta vez en los Andes, las tensiones entre los guz-

mancistas que rivalizan por obtener su apoyo a las ambiciones que mal disimulan, e incluso el intento de asesinarlo en el que ni siquiera hay violencia porque los supuestos confabulados huyen sin intentar la acción. Las relaciones con el general Crespo, que le ha servido fielmente, se enfrían por el maltrato que el caudillo llanero juzga estar recibiendo y la ignorancia de sus buenos servicios a la hora de señalar al sucesor. Crespo, ofendido, viaja a Europa con su familia, en la falsa creencia –según Guzmán– de que "Venezuela va a tener para él una aclamación semejante a la mía, o más espléndida".

Su agenda distendida le permite viajar por los estados vecinos con el séquito que usualmente lo acompañaba, y que ahora incluye a su yerno, el duque de Morny; asiste a homenajes, bailes, banquetes, inauguraciones y visita e inspecciona sus haciendas; las reuniones de gabinete diarias se hacen con frecuencia en su casa de Antímano, hasta donde llega desde Caracas una línea férrea que inaugura el 27 de abril de 1887, para alivio de los ministros que antes debían recorrer los diez kilómetros por caminos polvorientos; visita los baños y la residencia de Macuto; pasa días en su hacienda de café Guayabita, su favorita "la más perfecta de Venezuela", en la que tiene mucho invertido y cuida con esmero.

Sólo destaca en ese año de gestión muy plana un nuevo y grave incidente con Gran Bretaña por la ocupación ilegal del territorio que recorre el río Esequibo, dentro de las fronteras de Venezuela. El incidente lleva a la ruptura de relaciones en 1887 que se extiende por un buen número de años. Guzmán consolida en este conflicto su ganada fama de defensor de los intereses territoriales frente a las potencias. Este incidente, sin embargo, lo devuelve a una realidad: pese a la Constitución, Venezuela no es Suiza.

Entre sus últimos actos, Guzmán contribuye con doce mil bolívares para costear el obsequio al papa León XIII en el 50° aniversario de su ordenación sacerdotal, es otra muestra de la inconsistencia de algunas de sus posiciones. También hace donación al país de las pertenencias del Libertador que habían estado en posesión de su padre, la condecoración el Sol del Perú, medallas, un par de pistolas, uniformes, prendas de vestir, plumas de escribir y otras reliquias. Cierra así el capítulo de las deudas de su padre con el país.

A mediados de 1887, la discusión sobre las candidaturas electorales del Liberalismo cobra gran animación con el lanzamiento de varios nombres. Guzmán Blanco prepara su retirada desde muchos meses antes de terminar el último bienio de gobierno, y se sabe que el candidato para las elecciones de diciembre tendrá que contar con su anuencia. Pero esta vez el próximo Presidente no será un simple guardián del cargo que vigila al país mientras su verdadero dueño descansa en Europa y prepara su regreso al poder. La separación del gobierno, en un acto formal, ocurre el día 8 de agosto, y queda como Presidente encargado el general Hermógenes López que ocupaba el primer puesto en el Consejo Federal. El 10 Guzmán Blanco se embarca con rumbo a París, vía Nueva York, esta vez para siempre.

Las puertas de la política venezolana se le cierran contra su voluntad. Alejado del escenario de su gran pasión, la política, y del único lugar donde es reconocido y aclamado como el hombre más poderoso, se instala en Europa donde podrá disfrutar, como en ninguna otra parte, de su enorme fortuna y de su familia, a costa de todo lo demás.

Guzmán Blanco, c. 1887

Vida y muerte **en París**

Guzmán llega a París el 31 de agosto de 1887, cumple así la promesa a sus tres hijos varones de mayor edad, que estudian en Inglaterra, de volver en un año. Su intención, sin embargo, no es alejarse definitivamente de Venezuela, aunque sabe bien que su presencia allí no es indispensable como repite, esta vez a Crespo, en carta del 8 de noviembre de 1886: la Aclamación sólo ha sido un sacrificio, y el país no lo necesita. Como no sea para asuntos de finanzas.

Sin embargo, en la misma fecha le escribe a su yerno que "en Venezuela no es posible realizarse nada sin mi colaboración aunque sea moral". En su lógica esto indica su convicción de que su palabra es decisiva a la hora de las candidaturas políticas y de los contratos de negocios.

En Caracas quedan pocos afectos de la familia cercana, parientes políticos, sus hermanas y sobrinos. Por otra parte, su casa personal en Caracas, de Conde a Carmelitas, con muebles, cristalería, vajillas, cuadros, platería, biblioteca y todas sus pertenencias, queda al cuidado de gente de confianza, en espera de su regreso en meses o unos pocos años. Pero pasa el tiempo y es motivo de preocupación la seguridad y la conservación de sus posesiones, sobre todo los cuadros, los libros finamente encuadernados, y otras pertenencias, y también las tumbas familiares. A fines de 1889 se intensifica la reacción contra los

guzmancistas, y, temiendo un asalto, deciden trasladar algunas pertenencias a la casa de Manuel A. Matos, y otros objetos son repartidos entre familiares. Los libros son llevados a otra casa y una parte depositada después en Antímano.

Sus administradores, Lorenzo Badillo y Antonio V. Medina, son los que por más tiempo y mejor atienden sus bienes, pero también controlan sus intereses el general Lorenzo González Bravo y Rafael Martínez. Durante un tiempo se ocupan su cuñado Luis Vallenilla y sus concuñados Francisco Barros Parejo y Manuel Antonio Matos, pero las relaciones se resienten, al menos con Matos, por diferencias políticas y de criterios administrativos. La casa comercial H. L. Boulton & Cia. lleva en Venezuela la contabilidad mayor de sus intereses, y en Europa distintas casas como Pío Gil y Bainbridege-París, en Francia, y Fred Huth & Co., en Londres, llevan cuentas de otros diversos ingresos y gastos.

El minucioso registro en cuentas diarias desde fines de los 70 asienta hasta el mínimo centavo que entra y sale, desde las limosnas y el gasto en comida de los perros, hasta ingresos por ventas de botellas vacías. Y al mismo tiempo se registran egresos por cientos de miles de pesos e ingresos también en grandes cifras. Su capital alcanza en 1891 casi treinta millones de pesos, en casas y otras propiedades alquiladas, haciendas de café, ganado, siembras, dinero en préstamo, papeles de deuda pública interna y externa, inversiones en Venezuela, en Europa y Estados Unidos, en explotaciones mineras, en ferrocarriles, en bancos y fondos colocados a interés en distintas instituciones financieras.

Sus administradores le rinden puntual cuenta que revisa minuciosamente y reclama cualquier inconsistencia, al mismo tiempo que da órdenes sobre distintas operaciones. Hacia 1890 liquida sus papeles de deuda en Venezuela y sólo le quedan sus casas y haciendas. Pero la hostilidad creciente le crea dificultades, no sólo porque su palabra ya no cuenta en la política y en los negocios, sino porque sus hombres de confianza, Badillo y Medina, son detenidos y nadie quiere administrar sus bienes por temor a represalias.

La reacción antiguzmancista había comenzado a manifestarse poco después del viaje de Guzmán a Europa. Proyectos como el de un nuevo Banco Francoegipcio, con sus socios franceses, y la conversión de la

deuda interior en deuda exterior, son rechazados con gran disgusto de Guzmán, y también resienten los liberales su propósito de ser el Gran Elector en las convenciones partidistas que él ha recomendado para resolver sobre las candidaturas. Aunque Juan Pablo Rojas Paúl, el candidato de Guzmán, es elegido por el Consejo Federal, la reacción contra Guzmán Blanco no tarda, y en este caso se inicia con una manifestación de estudiantes el 27 de abril de 1889, que gritan vivas a Rojas Paúl y mueras a Guzmán Blanco, sin que nadie se los impida.

El presidente Rojas Paúl empieza por dejar hacer, pero a medida que las manifestaciones toman fuerza y avanza el año es claro que no tiene intenciones de seguir acatando la voluntad de Guzmán. El 25 y 26 de octubre los estudiantes derriban las estatuas de Guzmán Blanco y de su padre. En noviembre es asaltada la casa de Guzmán en Macuto, y el paseo y otras obras son destrozadas. Estos hechos marcan el fin de la influencia de Guzmán Blanco.

En esas circunstancias los bienes de Guzmán están en riesgo, mucho más porque sus administradores están acosados o temen ser víctimas de represalias. Un tiempo después decide enviar a Venezuela a sus dos hijos mayores –Antonio Leocadio y Bernardo Antonio– para ocuparse de las propiedades pero, a juzgar por una carta del primero, no confía demasiado en el buen criterio de ellos. Los dos habían crecido a la sombra de la influencia y de la fortuna del padre que los había acostumbrado a la buena vida, sobre todo apreciada por Bernardo. Además, no demostraban tener ni los mismos intereses ni el mismo talento del General.

La familia vive en el sector más selecto de París, a unos metros del Arco de Triunfo y de la avenida *Champs Elysées*, en el 25 *rue la Perouse*. Es una gran propiedad en la que Guzmán invierte grandes sumas para acondicionar pisos y ventanas y para amueblarla con gusto. Algunos muebles y objetos apreciados han sido trasladados desde Caracas. Entre los cuadros destacan los retratos de Guzmán Blanco y de Ana Teresa pintados por Federico Madrazo, el famoso retratista español de la época. La residencia, sin ser lujosa, es amplia, señorial y funciona con el protocolo y el estilo que se observaba en las casas aristocráticas: con mayordomo y personal uniformado, días de recibo y otras formas de la etiqueta.

En la misma calle y a pocos metros vive su consuegra, la princesa Sofía Troubetzkoï, viuda del duque de Morny. Carlota no es la única hija que ingresa en la nobleza por matrimonio: Mercedes también contrae matrimonio en 1895 con un aristócrata, el marqués de Noé. Nada indica, sin embargo, que por esos vínculos tuvieran puertas abiertas a la aristocracia europea, que en esa época apenas se entreabría para alianzas de conveniencia.

Ciertos rituales del comportamiento aristocrático, el personal doméstico entrenado, el protocolo del trato, institutrices y tutores para los niños, los paseos por Champs Elysées y los grandes bulevares parisinos, las comidas en los mejores restaurantes, como *Maxim's*, la asistencia a las carreras en el hipódromo de Longchamps, las cabalgatas en el Bois de Boulogne, las compras en las casas de más prestigio, los baños termales en ciudades de gran belleza y de ambiente señorial como Carlsbad –hoy Karlovy Vary en la república checa–, o en los balnearios como Deauville, no necesariamente representaban una estrategia de acercamiento social a la cerrada aristocracia francesa. Tal vez más simplemente eran una expresión actualizada, europeizada, revitalizada y maximizada del viejo y casi desaparecido mantuanismo caraqueño.

Las relaciones de los Guzmán Ibarra siguen siendo casi exclusivamente con venezolanos, familiares, viejos amigos, gente de los círculos guzmancistas. Salvo por los matrimonios de Carlota y Mercedes, los cuatro hermanos que formaron familia se casaron con venezolanos, todos, salvo en un caso, con gente de la familia Ibarra; Antonio Leocadio y Ana Teresa con primos carnales, Bernardo Antonio con una sobrina de su tío político el general Manuel Antonio Matos, y Simón Antonio es el único que al casarse entra en una familia sin relación con la suya. Es también el único que no tiene hijos. Los otros hermanos mueren solteros.

En contraste con los placeres mundanos que pueden permitirse en París, la familia vive afectada por frecuentes noticias y situaciones que son motivo de tristeza, preocupaciones e inquietudes. En 1889 muere Anastasia de Ibarra, la madre de Ana Teresa, el 9 de septiembre muere uno de los hijos mayores, Andrés Antonio, a los 15 años. Curiosamente, con fecha del día siguiente, el 10, un joven de 19 años, Olimpio Senor, escribe en francés desde Fort de France a Guzmán Blanco. Se presenta

como su hijo, de la relación que tuvo con Adelaide Senor en La Guaira; a los dos años su padre lo había visitado en St. Thomas y de tanto en tanto recibía de Guzmán algún dinero a través del Cónsul. Pero en los últimos nueve años "sufro horriblemente del abandono en que Ud. me ha tenido", y le solicita protección para enfrentar la vida y no morirse de hambre. Es la única noticia de este hijo, el segundo fuera del matrimonio del que se tiene noticia cierta. Los rumores señalan que habría otros. En ese año dramático de 1889 los Guzmán Blanco reciben al primer nieto, Auguste de Morny. La segunda, Anna Teresa, llega en 1890 y el tercero, Antoine, en 1896. Los tres eran hijos de Carlota de Morny.

Parte de su tiempo lo dedica Guzmán a escribir y ordenar sus papeles. No escribió sus memorias, lo que parece desconcertante, dado que tenía tiempo y recursos para hacerlo. Pero, con excepción del general Páez, ningún otro Presidente venezolano, ni antes ni después, lo ha hecho. Entre otros libros que publica en estos años figuran: *En defensa de la causa liberal*, *Apoteosis del general Páez*, *A la Nación*, *Correspondencia de Guzmán Blanco*, *Muerte del general Zamora*, *Exhumación y apoteosis del general Zamora*, y varios sobre el tema de límites con Guayana.

En los noventa llegan más noticias desagradables. En 1895 muere su hermana Rosarito, en 1897 su hermano Juan de Mata, y en 1899, pocos meses antes de su propia muerte, ocurre la de su entrañable cuñada Anastasia. Además, desde 1893, comienzan a llegar malas noticias sobre el rendimiento de sus inversiones que lo llenan de inquietud. Las casas y haciendas en Venezuela le daban un 5% de renta, apenas suficiente para el mantenimiento y para pagarle a sus administradores, Badillo y Medina, que hablan de una situación ruinosa en el país: Guzmán se queja de que está muy mal y se está comiendo el capital. Los precios del café, el principal rubro de la economía venezolana, bajan considerablemente, sobre todo desde 1895, y no hay recuperación por el resto del siglo. También sus inversiones en valores en Europa dan una ganancia muy baja. En 1895 le dice a su yerno, el duque de Morny, quien le solicita un préstamo, que apenas recibe un 3% de renta por estos papeles.

Esto no basta para sus gastos, que son muy elevados. El estilo de vida y sus compromisos familiares exigen un desembolso mensual alto.

Mantiene a toda su familia, a los hijos, y a algunos familiares en Caracas, como su tía Ramona Blanco, y su cuñada Anastasia. Su hija Carlota recibe 1000 pesos mensuales, y su yerno solicita préstamos con frecuencia. "Mi deseo es ayudarte en todo lo que pueda a reconstituir tu fortuna", le promete en 1886, pero el poco talento del duque para las empresas le impiden salir adelante. Su otra hija, Mercedes, no figura tanto en la contabilidad, lo que indica que vivía con más independencia. Los acreedores, además, lo acosan con cuentas por pagar de sus hijos, especialmente Bernardo, que tiene deudas en restaurantes y casas de comercio. Además, las cuentas de los médicos que atienden diversas afecciones de Ana Teresa y del enfermizo Diego Antonio, que muere soltero en 1920. Y, desde luego, su propia salud que se deteriora.

Su inmensa fortuna decae y no vuelve a ser lo que era. El valor de su patrimonio se reduce a fines de los noventa en alrededor del 30%. No es pobre de ninguna manera, pero se ha empobrecido en términos relativos. Su voluntad de crear una fortuna que le sobreviviera y asegurara el porvenir de su familia, fracasa. Es probable que esto influyera negativamente en su salud que se deteriora rápidamente. Muere el 28 de julio de 1899 por una dolencia del estómago que las fuentes no identifican y es enterrado en el cementerio de Passy. El Presidente de Venezuela, Ignacio Andrade ordena trasladar sus restos al Panteón Nacional en Caracas, pero, aunque Ana Teresa acepta, las circunstancias políticas lo impiden. Hasta que un siglo después, en 1999, su cuerpo es exhumado y trasladado a Caracas.

Epílogo

De los tres grandes personajes que marcan el siglo XIX venezolano, Bolívar, Páez y Guzmán Blanco, es este último el que, con notable claridad en cuanto a las metas y la estrategia a seguir, logra alcanzar el dominio más prolongado y más completo del país. Le toca gobernar a una sociedad acostumbrada a obedecer: primero al rey, luego a los caudillos. Pero es también una sociedad levantisca que se comporta como un cuero seco. Guzmán sabe dónde pisar y somete al país, mediante una combinación de fuerza, inteligencia y astucia. En su padre, entregado desde siempre a la política, tiene una escuela a tiempo completo, de modo que cuando llega a la arena política ya tiene buena experiencia acumulada. Su sentido del poder descansa en su singular talento natural, en su capacidad para entender la economía, y en el uso consciente del efecto intimidante que tienen las jerarquías, la fortuna personal y los símbolos que la acompañan, que le viene de su raíz mantuana. Sin embargo, el cuero seco se vuelve a soltar y en los años finales en París comprueba la decadencia de su obra. Si toda muerte llega en medio de la inevitable melancolía que acompaña al balance de una vida, la de Guzmán, lejos de su patria, testigo del derrumbe de su proyecto nacional, de la disminución de su patrimonio personal, y con la sensación de que, pese a su numerosa descendencia, no tendría continuadores ni en la política ni en la preservación e incremento de su fortuna, debió ser una despedida con pocos consuelos.

- **Bolívar, Simón**. *Obras Completas*. Caracas, Librería Piñango, vol. I-III, s/f.

- **Castellanos, Rafael Ramón**. *Guzmán Blanco en la intimidad*. Caracas, Seleven, 1988.

- **Congreso de la República**. *Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX*. Caracas, Ediciones del Bicentenario del Nacimiento del Libertador, 1983, tomos, 6, 10 y 11.

- **Díaz Sánchez, Ramón**. *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. Caracas, Ediciones "Hortus", 1953.

- **Floyd, Mary**. *Guzmán Blanco, La dinámica de la política del septenio*. Caracas, Biblioteca Nacional-FUNRES, 1988.

- **González Deluca, María Elena**. *Negocios y política en tiempos de Guzmán Blanco*. Caracas, 2001.
  _____. "Los negocios de Guzmán Blanco". En: Quintero, Inés (Coordinadora). *Antonio Guzmán Blanco y su obra*. Caracas, Monte Ávila editores, 1994.

- **González Guinán, Francisco**. *Historia Contemporánea de Venezuela*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1954.

- **Guzmán Blanco, Antonio**. *Correspondencia de Guzmán Blanco*. París, Imprenta Pablo Dumont, 1879.
  _____. *En Defensa de la Causa Liberal*. París, Imprimerie de Lahure, 1894.

- **Ker Porter, Sir Robert**. *Porter's Caracas Diary*. Caracas, Fundación Otto y Magdalena Blohm,1966.

- **Ladera de Díez, Elizabeth**. *Contribución al estudio de la "Aristocracia Territorial" en la Venezuela colonial. La familia Xerez de Aristeguieta, siglo XVIII*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990.

- **Polanco Alcántara, Tomás**. *Guzmán Blanco. Tragedia en seis partes y un epílogo*. Caracas, Grijalbo-Academia Nacional de la Historia, 1992.

- **Rondón Márquez, R. A**. *Guzmán Blanco, "El Autócrata Civilizador"*. Caracas, Tipografía Garrido, 1944, 2 tomos.

- **Wise, George**. *Caudillo. A Portrait of Antonio Guzmán Blanco*. Westport, Conn., Greenwood Press, 1970.

Personaje, personalidad, persona e historia 9

Raíces que marcan. Linaje y país 11
Musas rebeldes y caballeros 11
De la lealtad monárquica a la fe republicana 14
El desafío de ser aceptado 17
Audaz y oportuno 18
El emisario 20
La tabla de salvación 23

Nace el político. Y se hace 27
El país de la niñez 28
Vida familiar y obligaciones escolares 32

Antoñito cabalga junto al padre 37
Responsabilidad filial 37
Un giro inesperado 41

Apremios y reproches 45
La aventura del millón 45
Mesa sin pan y tropa sin capitán 48

Elocuente y seductor 52
El arte de las buenas relaciones 52
La hora de las decisiones 54

La revolución como oportunidad y escuela 59
Tiempo de entrar en acción 60
Hombre de pluma y de espada 65

Construyendo poder 70
Guzmán Blanco "es otro yo" 71
Milagro y ocasión 73

Mientras volvemos a caber todos **78**

El Héroe de Abril sobre el cuero seco **83**
"¡Cuánto me quiere Dios!" **85**
La ley y el orden de la sociedad burguesa 90
"Que se me espere para todo" **96**
Demoledores y revolucionarios **100**

Misión suiza **104**
Modelo para armar **105**
Esperando el milagro suizo **107**

El personalismo despersonalizador **111**
Tradicionistas francos y evolucionistas solapados **112**
Bolívar endiosado y Guzmán aclamado **114**

Vida y muerte en París **123**

Epílogo **129**

Bibliografía **130**

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / lldemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres

30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo
51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isaac J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frías / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
59. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.
Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.
Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.
Eugenio Montejo

Antonio Guzmán Blanco

Biblioteca Biográfica Venezolana

María E. González D.

Al trazar el perfil de Antonio Guzmán Blanco, María Elena González Deluca resalta tres rasgos del gran caudillo: talento político, experiencia militar y fortuna personal. Para que no falten claves, lo señala como "el único presidente de prosapia en toda la historia republicana". El talento político lo cultiva a la sombra del padre, Antonio Leocadio, personalidad singular, fundador del Partido Liberal, intelectual de vida turbulenta. En la Guerra Federal se entrena en lo que la escritora considera experiencia necesaria, "en una época en que la pólvora era infaltable en la política"; poco después, en los sesenta, conoce el arte del gobierno y echa las bases de su fortuna personal. Tendrá así las tres condiciones que le permitirán consagrarse, según la visión de González Deluca, como el "gobernante más poderoso del siglo XIX".

Retengamos esta observación: "De los tres grandes personajes que marcan el siglo XIX venezolano, Bolívar, Páez y Guzmán Blanco, es este último el que, con notable claridad en cuanto a las metas y a la estrategia a seguir, logra alcanzar un dominio más prolongado y más completo del país". Esta biografía explora la genealogía del Ilustre Americano, el matrimonio del padre con Carlota Blanco, una bella aristócrata arruinada, pariente del Libertador. De ahí la prosapia del caudillo: venía del árbol de las "nueve musas", tan bellas, de costumbres liberales, unas monárquicas, otras republicanas, todas sin prejuicios.

Autora celebrada de *Negocios y política en tiempos de Guzmán Blanco*, (2001), González Deluca ha escrito una biografía admirable del personaje, desde sus años de poder y de gloria, sus riquezas y refinamiento de estilo, su obra de modernización, su control absolutista de políticos y caudillos, hasta la decadencia y la muerte en el destierro parisino, donde ofició como un monarca, casando sus hijas con nobles europeos.

Simón Alberto Consalvi

ISBN 980-395-109-2

J-00012242-3
EL NACIONAL

J-00002949-0
BANCARIBE